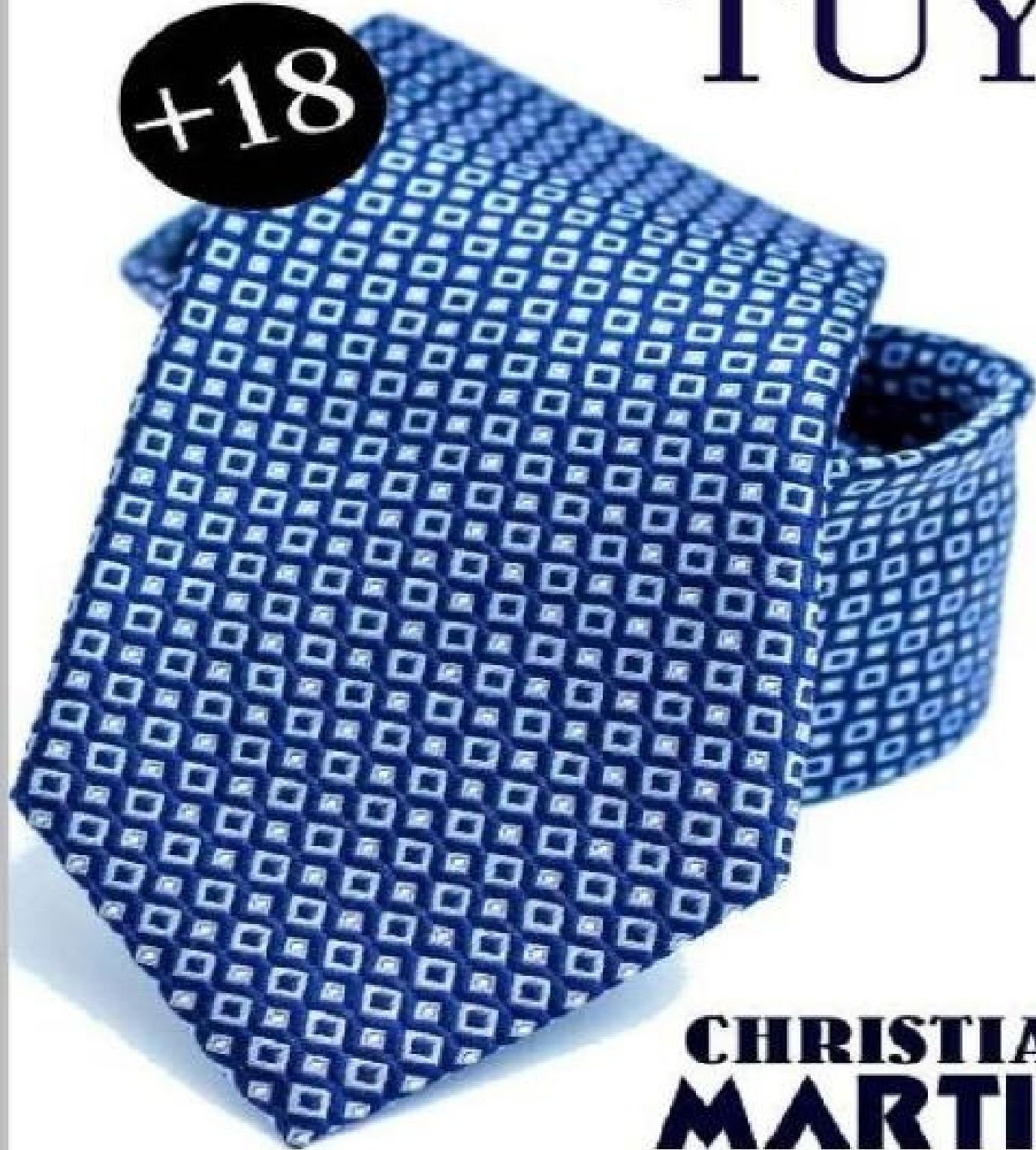


SOLO TUYA

+18



**CHRISTIAN
MARTINS**

SOLO TUYA

+18



**CHRISTIAN
MARTINS**

Solo Tuya

Serie: "Seré solo para ti"

Christian Martins

EDICIÓN ABRIL 2017

**RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE
PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES
DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS**

LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR

CUALQUIER

MEDIO

O

PROCEDIMIENTO,

INCLUIDOS

LA

REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA

DISTRIBUCIÓN

DE

EJEMPLARES

MEDIANTE

ALQUILER

O

PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2017 CHRISTIAN MARTINS

AGRADECIMIENTOS

Sospecho que ésta será la hoja de agradecimientos más larga que ha existido jamás. Ni si quiera sé cómo comenzarla, así que procuraré ser breve y no aburrir demasiado al lector.

Si no me conoces, si te has saltado “Seré solo para ti” y has decidido empezar directamente por “Solo tuya”, te diré que espero que esta historia te enamore de tal manera que te lances a leer la anterior. Si no es así y sí la leíste, gracias por darme esta segunda oportunidad y confiar de nuevo en mí. Espero que Lorenzo y Victoria consigan volver a calar hondo en tu corazón.

“Solo tuya” es un pequeño pedazo de todas mis lectoras; gracias a ellas, he sacado fuerzas y motivación para escribirla en tan solo unos meses. Gracias a todas por haber estado ahí cada día, cada momento. ¡Esta historia es más vuestra que mía!

Gracias, también, a todas las que formáis el grupo de “Las chicas de Christian Martins” porque no solo sois una parte muy importante de mi día a día, si no que os habéis convertido en una familia para mí. Gracias #familiamartins, ¡sois las mejores!

Hace un mes algunas de vosotras... (*Ana Isabel Guirao, Vanesa Beltrán, Paky Carrascosa, Mónica Archimedes, María Remedios Quiros, Ceci Cross, María Rivera, Alis Paris, Nilda Marina, María Ángeles Rubio, Mari Romero, Vanessa Alba Salvador, Patricia Sepúlveda, Ana Belén, Pilar Sanabria, Sandra Bermúdez, Susana Giménez, Noemí Casco, Yohana K Ortega, Yanira García Fernández, Sonia Navarro, Sensi Pulido, Vanesa Guisande, Paqui Ruiz Benete, Maria Cebollero, Mari Carmen Martínez Oto, Marta Álvarez, M*

Isabel Espalza, Beatriz Morales, Ainoam Islas, Rosa María Soriano, Esther Segura, Dayana Rosas, Concha Amores Amores, Frella Lucia, Yolanda Martin, Conxa Sanz, Patricia Gomez, Jeny Salinas, Susi Peláez, María Edelia, María Moreno, Yolanda Cardero, Silvina Araceli, Marlen Iveth,) ... me dejasteis comentarios en el Facebook con sugerencias para esta segunda parte. Fueron tantos los mensajes que no podía quedarme con tan solo uno, así que he intentado hacerlos un guiño a cada una de vosotras. ¡Espero que el resultado os guste mucho!

¡GRACIAS!

Capítulo 1

Victoria sabía lo que era el amor. Después de luchar, rendirse, llorar y reír en su busca, por fin podía decir y gritar a los cuatro vientos que lo había encontrado. Hacía pocos días que se había casado con el sexy y atractivo empresario de Innova Original Agency; su jefe. Y la vida, por primera vez desde hacia muchísimo tiempo, le sonreía.

Se sentía afortunada de haber encontrado el cariño que todo el mundo ansía tener en la vida, el compañero de viaje con el que compartir cada uno de los sentimientos que sufría. Y su suerte tenía nombre y apellido: Lorenzo Moretti. Desde hacía varios meses vivía con el estómago repleto de mariposas, la piel erizada constantemente y sentía que no podía ser más feliz de lo que era en ese periodo de su vida.

Mientras terminaba de organizar la maleta para el viaje de bodas, se preguntaba a sí misma qué sería aquello que había hecho para merecer semejante dicha.

—¡He terminado!

Escuchó el grito de Luka desde el salón.

Victoria salió de la habitación, con la maleta aún abierta de par en par, mientras repasaba mentalmente cada objeto y prenda que debía llevar consigo misma.

En el salón de su apartamento estaba su cuñado, Luka, al que había conocido en el mismísimo instante en que dio el “sí, quiero” a Lorenzo, con los ojos vidriosos y enrojecidos y el ordenador colocado sobre sus piernas. Estaba sentado en el sofá junto a su novia, Samara.

Victoria no había tardado demasiado en cogerles cariño a ambos.

Cuando llegaron a Madrid, Luka y Samara decidieron alojarse en un hotel cercano a ellos pero, después de las buenas migas que Vicky había hecho con sus cuñados, Lorenzo sugirió que se trasladasen a la habitación de invitados del apartamento y a ella le pareció una idea brillante. Lorenzo y su hermano

habían pasado los últimos días juntos y Vicky había sido testigo de la buena relación que tenían, a pesar de que hacía muchísimo tiempo que no mantuvieran contacto entre ellos.

—¿Has terminado? —preguntó Vicky, sorprendida.

Samara sonreía tiernamente mientras observaba la pantalla del ordenador.

—¡Guau! Este hombrecito mío es un verdadero artista... —dijo con acento brasileño

—. Y un sensiblón, también.

Victoria se sentó junto a ellos, ansiosa por observar el vídeo.

—¿Lo puedo ver ya? —preguntó con nerviosismo.

Luka asintió y pulsó el botón de “play”.

Una impresionante novia vestida de blanco con un traje de palabra de honor inundó la pantalla del portátil. Al fondo, observándola, estaba su marido, Lorenzo. Las imágenes fueron sucediéndose una detrás de otra: la ceremonia con su padre acompañándola hasta el altar, los votos, el cóctel, los aperitivos en el jardín, sus padres abrazándola y felicitándoles, Samara presentándose a ambos por primera vez, su mejor amiga, Mónica, sentada junto a su novio mientras se deshacía en un mar de lágrimas, la tarta, el baile nupcial... Cuarenta y cinco minutos después, Victoria y su cuñado, Luka, se secaban las lágrimas mientras Samara se moría de risa observándoles.

—Sois tal para cual —decía la brasileña entre risitas, mientras les pasaba un paquete de pañuelos—. No seáis así, que no es para tanto.

—Sé que no es mucho —le dijo su cuñado— que no es el regalo que podríais esperar, pero no tenemos para más, así que espero que sea suficiente. Lorenzo es mi hermano y por mucho que pasemos en la familia, siempre le querré. Y ahora tú también eres mi hermana, y no puedo estar más orgulloso ni feliz de que haya encontrado a una mujer como tú para compartir su vida.

Victoria se lanzó a sus brazos.

—No digas tonterías —murmuró llorosa—, es el mejor regalo que nos podrías haber hecho.

Observó a Samara y le agarró de la mano sin deshacerse de los brazos de Luka.

—Muchas gracias a los dos, de verdad —ronroneó, mientras absorbía con la nariz y se secaba las lágrimas—, sois increíbles.

La puerta de la calle, cerrándose de golpe, resonó en el pequeño apartamento que se encontraba hasta entonces sumido en el silencio. Los tres presentes se giraron para saludar al recién llegado. Lorenzo, vestido con un despampanante traje de Armani, cruzaba el umbral hacia el salón con el maletín del trabajo y una sonrisa de satisfacción en el semblante.

—¡Ya está, se acabó la oficina! —exclamaba, feliz—. ¿Preparada para el viaje, preciosa?

Victoria saltó a sus brazos.

—¡Más que preparada! —respondió eufórica, mientras se fundían en un beso.

—Bueno, bueno, bueno... ¿No pensáis dejar nada para la luna de miel? —rió Samara.

Aquella tarde Luka y Samara regresaban a Brasil y Lorenzo y Victoria comenzaban su luna de miel en México. A las cuatro de la tarde, después de despedirse de la ciudad comiendo un cocido en la mejor tasca de todo Madrid, se dirigieron al aeropuerto.

—¿A dónde más iremos? —le preguntó Victoria en el taxi.

Luka y Samara les seguían en otro.

—Es una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas —ronroneó con voz seductora— dímelo, anda...

Vicky besó el cuello de su marido con delicadeza y ternura.

—No vas a sacármelo. Es una sorpresa y seguirá siéndolo hasta que llegue el momento.

Sentenció Lorenzo, mientras separaba a Victoria de su cuello.

—No vas a conseguir sacarme información.

Victoria resopló y decidió resignarse. Sabía que Lorenzo había preparado algo más que el viaje a México porque le había obligado a llenar seis enormes maletas de ropa.

Dos de ellas viajarían en el avión hacia las playas caribeñas con ellos y el resto se habían quedado en el salón del apartamento. Él le había explicado que ya había pensado en todo y que llegado el momento “alguien” las enviaría a su siguiente destino.

—Está todo en orden, no tienes de qué preocuparte —le había dicho.

Pero su preocupación no iba a desaparecer de buenas a primeras.

Observó el espejo retrovisor central del taxi y comprobó que el conductor dirigía el vehículo con la concentración plena en el tráfico mientras tarareaba los últimos éxitos que resonaban en la radio.

—¿No me lo vas a decir? —susurró en su oreja, mientras deslizaba su mano por la rodilla de él.

Notó el cuerpo de su marido tensarse y una sonrisa tonta y traviesa afloró en su semblante. Victoria continuó subiendo la mano hasta acariciar su miembro mientras respiraba roncamente en la oreja de él.

—No es el lugar correcto —respondió Lorenzo con seriedad.

Ella le ignoró.

—¿Quieres que me detenga?

No hubo respuesta.

Observó el gesto de placer que el rostro de Lorenzo reflejaba mientras ella, con suavidad, masajeaba su ya erecto miembro por encima del pantalón. Él abrió los ojos y le agarró la mano para detenerla.

—¿Quiere jugar, señora Moretti? —sonrió.

Ella asintió pícaramente. Le encantaban aquellos juegucitos que se traían entre manos.

Él, tomando de ejemplo los actos de ella, introdujo la mano entre sus desnudas piernas, bajo el vestido. No se anduvo con tonterías ni preliminares y la dirigió derecha a su ropa interior. Pellizcó su clítoris por encima de las braguitas de encaje y, con un dedo, retiró la ropa interior de su sexo haciéndola a un lado. Se sorprendió cuando la notó húmeda en tan poco tiempo y, después de dedicarle un leve y superficial masaje, introdujo un dedo dentro de ella. Vicky se sobresaltó y tensó sus piernas.

—No te muerdas el labio, preciosa, o tendré que pedirle que pare el taxi —le susurró en el oído.

Lorenzo comenzó a meter y sacar su dedo mientras masajeaba suavemente el clítoris de Victoria. En aquel tiempo que llevaban juntos, había aprendido qué era lo que le gustaba y cómo hacer que alcanzase el orgasmo si él lo deseaba.

—¿Te gusta así? —le preguntó.

Victoria asintió con la cabeza mientras notaba cómo el sensual masaje que su marido le estaba entregando aumentaba de ritmo por momentos. Le miró a los ojos y encontró el deseo ardiente en sus retinas mientras él continuaba con sus movimientos. Sacó los dedos y comenzó un masaje circular y lento por encima de su palpitante sexo. Percibió cómo el calor había inundado su cuerpo por completo de una manera casi dolorosa y sintió la necesidad de colocarse a horcajadas sobre él y tenerle por completo.

Recordándose a sí misma dónde se encontraban, contuvo las ansias y suspiró hondo para dominar todo el remolino de sensaciones que se habían adueñado de su sistema nervioso.

—Estamos casi —anunció el conductor.

Victoria y Lorenzo se observaron con complicidad mientras él retiraba con suavidad la mano y colocaba correctamente su ropa interior.

—Tengo otra sorpresita para no aburrirnos en el avión...

Ella le miró con curiosidad.

—¿Te he dicho que odio las sorpresas?

—Ésta te encantará, te lo prometo.

Capítulo 2

Coloca Habían llegado al aeropuerto con unas cuantas horas de antelación para poder acompañar a Luka y Samara. Lorenzo parecía algo taciturno con la marcha de su hermano pequeño aunque, después de todo,

era totalmente comprensible que le extrañase.

—Prometo aparecer más pronto que tarde —dijo Luka con un guiño de ojo y una palmadita en la espalda de su hermano.

Él analizó su frase unos instantes y respondió:

—Mi casa siempre tendrá las puertas abiertas para vosotros dos, de verdad.

Victoria sabía por qué lo decía. Los padres de Lorenzo, que venían de familias poderosas y adineradas, no aprobaban la relación que Luka mantenía con Samara ni aceptaban el estilo de vida que ambos compartían.

—Lo sé —respondió emocionado—, nuestra casa también está abierta para vosotros.

Y Brasil es precioso, de verdad.

Samara corroboró la afirmación de su novio con una amplia sonrisa que se extendía de oreja a oreja.

—Muchas gracias por todo y enhorabuena de nuevo por el compromiso —se despidió ella.

Después de los habituales abrazos, les desearon un buen viaje y Samara y Luka embarcaron rumbo a su país con la promesa de regresar pronto a Madrid en los labios.

—¿Crees que debería de haberle ofrecido dinero? —le preguntó Lorenzo a Victoria uno vez se quedaron a solas.

—¿Por qué crees que deberías haberlo hecho?

—No lo sé. Sé que no tienen gran cosa.

Lorenzo suspiró, sumido en sus pensamientos.

—Yo les he visto bastante felices. Si tu hermano necesitase dinero, ¿no crees que te lo hubiese pedido?

—No, no lo creo. Creo que mis padres le han machacado tanto que por simple orgullo no pediría un céntimo jamás.

Victoria apretó con cariño la mano de su marido.

—Tu hermano está bien y es mayorcito para tomar sus propias decisiones. Si necesitase algo, creo que te lo hubiese dicho.

El asintió, aparentemente complacido con la respuesta de ella.

—¿Me piensas dar mi sorpresa antes de embarcar? —continuó, procurando dejar atrás el tema y pensar en algo más feliz.

Lorenzo sonrió con picardía y sacó del bolsillo de la chaqueta un paquete de tamaño mediano envuelto

con un brillante papel de regalo negro. Atado con un pequeño lacito había una tarjeta. Victoria sonrió y leyó la nota: “ve al baño. Abre el paquete.” Elevó las cejas y entrecerró los ojos con gesto misterioso.

—¿Ve al baño y abre el paquete? —leyó en voz alta, seductoramente.

Él asintió.

—Exacto. Ve al baño y abre el paquete.

Se levantó silenciosamente y, sin borrar la sonrisa del rostro, se dirigió a los servicios.

Lorenzo observó cómo su mujer se alejaba de él y una punzada de felicidad le oprimió el pecho. Era perfecta y era suya.

Como era habitual, los servicios públicos de los aeropuertos siempre estaban hasta arriba. Aunque el baño de los hombres se encontraba semivacío, el de las mujeres contaba con bastante cola de espera. Vicky tenía a tres chicas por delante de ella, así que decidió abrir el paquete mientras esperaba su turno. Lo desenvolvió con cuidado y se encontró con otra pequeña nota pegada con un pedacito de celo sobre una caja negra.

“El mando lo tengo yo”, decía. Abrió la caja y se encontró con un pequeño aparato un poco más grande que su dedo gordo. Lo observó con curiosidad y se preguntó qué esperaba Lorenzo que hiciera con aquel “instrumento”.

—Es muy morbosos —dijo la chica que tenía tras ella.

Vicky se giró para observarla con los mofletes enrojecidos por la vergüenza. La chica, que aparentaba unos veinticinco años de edad, le guiñó un ojo y añadió:

—Supongo que tu novio se habrá quedado con el mando, ¿no? A mí me lo regaló mi ex

—continuó—, y no veas qué gustazo te da... Notas como cosquillitas ahí abajo y es super excitante.

Victoria asintió, sin poder ocultar la vergüenza que sentía al respecto. Suspiró aliviada cuando dos de los baños públicos quedaban libres y llegaba su turno.

—¡Disfrútalo! —le dijo la chica.

Vicky susurró un leve “gracias” y corrió a refugiarse al interior del servicio. Sacó el pequeño aparato de la cajita y lo inspeccionó bien: no era demasiado grande y contaba con una pequeña cuerquita en uno de los extremos. El otro extremo tenía una punta redondeada dotándolo de forma de “bala” de metal. Victoria supuso que la cuerquita sería para facilitar su retirada llegado el momento. Sonó su móvil y comprobó que se trataba de Lorenzo: “¿ya te lo has puesto? Estoy deseando jugar con la señora Moretti.”

Respondió con rapidez: “Todavía no. Estoy inspeccionando mi nuevo regalo”. Pulsó el botón de enviar mientras notaba cómo el aparatito comenzaba a vibrar en su mano izquierda. Lorenzo ya había comenzado a jugar sin esperar su respuesta. Se quitó las braguitas y, sentada sobre la tapa del retrete introdujo el aparato vibrando intermitentemente en su interior. No tardó en sentir el placentero cosquilleo del que le había hablado la chica de la cola recorriendo sus extremidades. Experimentó la excitación adueñándose

de ella en el mismo instante en el que su nuevo juguete detenía la vibración.

Con las piernas temblorosas por aquella extraña sensación, salió del servicio y regresó a la mesa de la cafetería en la que le aguardaba su marido.

—¿Divertido? —preguntó él.

—Muy divertido —respondió ella con picardía.

—Tenemos demasiadas horas de avión por delante...

Él le guiñó un ojo.

Victoria amaba y odiaba por partes iguales que su marido fuese tan experimentado...

en el ámbito sexual. Se preguntaba, en ocasiones, si existía una sola postura del kamasutra que Lorenzo no hubiese probado y se sorprendía a sí misma respondiéndose que seguramente no; no existía. Resultaba muy doloroso imaginarse que todas aquellas

“técnicas” las había estudiado con otra mujer que no era ella, pero Victoria solía evitar auto-torturarse y procuraba alejar todos aquellos pensamientos cada vez que le invadían la mente. El episodio de Laila en sus vidas la había marcado por completo y, aún sabiendo que se pertenecían el uno al otro, le costaba confiar totalmente en su marido. Laila, una ex novia rabiosa de Lorenzo, había intentado destruirles en repetidas ocasiones, sin éxito.

—Es nuestra puerta de embarque —anunció, mientras señalaba la pantalla que detallaba los próximos vuelos.

Victoria dejó atrás sus pensamientos y se apresuró a recoger su bolso y su maletita de mano. Lorenzo la imitó y juntos se encaminaron hacia la puerta correspondiente.

—Deberíamos haber traído pastillas para dormir —dijo Victoria, que con tan sólo pensar en el largo viaje que tenían por delante se ponía enferma—, va ser horrible.

—Vamos a estar entretenidos, te lo prometo.

Fueron los primeros en embarcar porque viajaban en la zona VIP del avión. Unos lujosos asientos de cuero grises les sorprendieron en una pequeña cabina apartada del resto de los pasajeros. Lorenzo se sentó con parsimonia y comenzó a revisar las instrucciones de emergencia con concentración.

—¿Sabes que eres la única persona en el mundo que se lee ese papelito? —se burló ella.

—Seré el único superviviente si llega el momento —bromeó—, tranquila, a ti te rescataría.

Vicky, totalmente fascinada por su viaje en la zona VIP, comenzó a trastear en los mandos del asiento. Se podía tumbar, subir, bajar, mover..., cualquier cosa imaginable.

Una de las azafatas acudió a saludarles nada más despegar para ofrecerles comida, champán, etc. Lorenzo aceptó una copa y Victoria pidió un botellín de agua.

Frente a los asientos había colocadas dos grandes televisiones que emitían en ese instante la película de “Grease”. Victoria la había visto millones de veces y aún así, le encantaba. A Lorenzo no le terminaban de gustar los musicales ni acababa de considerarse un hombre romántico.

—Se puede cambiar y poner lo que queramos —dijo, distraído, mientras revisaba un panfleto de “próximos destinos”.

Había terminado de examinar el de las emergencias.

—No pasa nada, por mí está bien así —respondió ella—, además, me he traído un par de libros para entretenerme.

Vicky se acercó a él y estiró la cabeza por encima de sus hombros para poder fisgar aquello que leía.

—¿Ya estás pensando a dónde huir cuando te pida el divorcio?

Él sonrió, travieso.

—Estoy pensando a dónde será nuestro próximo viaje...

Sujetó a Victoria con delicadeza y le besó los labios.

—¿Qué sugieres?

Una imagen del festival de colores de la India captó la atención de ella y lo señaló sin pensárselo dos veces.

—Ya tenemos próximo destino.

Vicky le besó el cuello y regresó a su asiento.

—Entonces, ¿no me dirás a dónde iremos después?

Él negó meneando la cabeza de un lado a otro.

—¿Ni una pista?

Lorenzo repitió el gesto.

—¿Iremos a la India?

Soltó una carcajada y volvió a negar con la cabeza.

—Una pista pequeña, por favor... —suplicó.

—Vamos a hacer un viaje al pasado —dijo, al fin.

Vicky, aparentemente satisfecha, se quedó pensativa en su asiento mientras los protagonistas de “Grease” danzaban y cantaban frente a ella con sus características chaquetas de cuero negras.

—Por favor, abróchense los cinturones y manténganse en sus asientos hasta que la luz roja que tienen sobre sus cabezas se apague. Les comunicamos que vamos a atravesar una pequeña tormenta y que podríamos sufrir leves turbulencias.

Una de las azafatas apareció en el compartimento.

—¿Tienen los cinturones abrochados?

Lorenzo asintió en silencio y Vicky le imitó.

Definitivamente, odiaba los aviones. Y mientras comenzaba a sentir el malestar y los nervios apoderándose de ella, un leve zumbido inundó el habitáculo. Lorenzo había pulsado el botón de encendido del nuevo juguete y Victoria sentía cómo sus entrañas se deshacían en un cosquilleo de placer.

—¿Nerviosa? —preguntó juguetonamente.

—Un poco —respondió ella.

Lorenzo sonrió, le enseñó el pequeño mando negro que guardaba en la palma de la mano y regresó la mirada al panfleto de viajes.

—Estoy deseando llegar a esa lujosa habitación de hotel que nos tienen preparada...

—ronroneó él.

Ella notó cómo aumentaba la vibración que sentía en su interior. Aquel aparatito era muy placentero y excitante y, mientras las turbulencias agitaban el avión, Lorenzo la hacía enloquecer sin siquiera tocarla agitando todo su interior.

Capítulo 3

El hotel era un sueño hecho realidad. La suite privada que Lorenzo había reservado para la luna de miel era prácticamente más grande que el apartamento en el que vivían en Madrid. Contaba con un lujoso baño, una pequeña salita de estar y una señora habitación con una cristalera que daba a una terraza con vistas al mar. El personal del hotel había decorado la cama con pétalos de rosa y había tenido el detalle de dejar un ramo de flores y una botella de champán lista para disfrute de ambos. Desde allí, no se escuchaba ni un solo sonido a excepción del arrullador murmullo del oleaje arrastrando las arenas blanquecinas del Caribe. Si de algo podían quejarse, era del excesivo calor que hacía. Las temperaturas altas y el porcentaje tan elevado de humedad hacían imposible alejarse de una sombra más allá de unos minutos. Vicky se colocó el bikini y, a pesar del sueño que sentía por el cambio de horario, descendió por las escaleras privadas con las que contaba la terraza de la habitación. Una pequeña piscina con forma ovalada emergía junto a un tramo de selva que, si cruzabas, accedía a un pedazo de playa privada que tenían reservada solo para ellos dos.

Se sumergió en las aguas templadas de la piscina y desde allí llamó a Lorenzo.

—¡Voy! —gritó él, mientras se colocaba un diminuto traje de baño.

Ni siquiera se habían molestado en deshacer las maletas para los próximos diez días.

Victoria continuaba preguntándose a dónde le llevaría para culminar la luna de miel, pero sabía de sobra que por mucho que insistiese no terminaría sacándole la información.

—¡Date prisa!

Lorenzo dobló la ropa con rapidez y revisó el teléfono móvil. Le había prometido a Victoria que aquellos días iba a dejar el trabajo de lado, pero se le hacía imposible no preguntarse qué tal iría todo en la empresa con la única supervisión de Alessia, su hermana. Se sorprendió al comprobar que el único mensaje que contenía no provenía de la oficina: “estoy deseando verte, cariño. Se me harán eternos estos once días”.

Borró el mensaje para evitar que ella pudiese verlo y guardó el teléfono dentro de la bolsa de viaje.

Descendió las escaleras mientras observaba a su mujer nadando en la piscina. Llevaba un minúsculo bikini de tanga (que sin duda alguna no le permitiría llevar a una playa pública) y una tira negra que a duras penas cubría sus pechos. Victoria buceó y sacó la

cabeza del agua. Parecía una sirena. Una sirenita muy sexy. Justo cuando se iba a introducir en el agua, tuvo una idea y se dio la vuelta para regresar a la habitación.

—¿A dónde vas? —le preguntó ella mientras chapoteaba y se refrescaba del exorbitante calor que hacía allí.

—Otra sorpresa, cielo —le respondió con un guiño.

No tardó ni dos minutos en regresar con dos copas vacías y la botella de champán en la mano. Colocó todo en el borde de la piscina y se introdujo en el agua junto a ella.

Vicky nadó a su encuentro y le rodeó con los brazos y las piernas. Lorenzo la aprisionó contra su cuerpo y la besó con pasión.

—¿Qué te parece todo esto? —le preguntó, mientras le acariciaba la espalda bajo el agua.

—Es impresionante.

—¿Está a la altura de la señora Moretti?

—Desde luego —respondió ella, mientras extendía los brazos—, es el paraíso.

—No tenemos que hacer nada si no queremos. Ni si quiera salir del hotel.

Ella sonrió, complacida.

—Podemos pasar los próximos diez días en esta pequeña playa privada, comiendo, bebiendo y haciendo el amor.

—Me gusta ese plan —ronroneó él.

Victoria se lanzó a sus labios y le besó apasionadamente. Él notaba cómo la lengua de ella le buscaba,

excitada. Se echó hacia atrás y, con una mano libre, rebuscó sobre el borde de la piscina. Vicky, que estaba demasiado concentrada en fundirse con su marido, no notó lo que éste estaba tramando hasta que la vibración del juguete se reactivó dentro de ella. Un escalofrío recorrió su cuerpo y el cosquilleo tan placentero y familiar comenzó a invadirla por completo.

—¿Es acuático? —preguntó ella, asombrada.

—Creo que si no lo fuera, ya lo sabríamos.

Ella asintió y, aún más excitada que antes, retomó su anterior tarea. Lorenzo desabrochó la pequeña tira del bikini que cubría los pechos de su mujer y capturó un pezón con la boca. Estaba hinchado por el contraste del calor del exterior con el agua y aquello le enloqueció. Mordisqueó uno y después el otro. Comenzó a subir lentamente por el cuello de Victoria hasta alcanzar sus labios. Le mordió y ella gimió. Llevó una de sus manos a su tanga y tiró de los lazos laterales que lo mantenían sujeto para liberarlo. Observó, tras ella, el pequeño bikini flotando por la piscina. Contempló a su

mujer, desnuda, aprisionada y enroscada contra su cuerpo y bajó una mano a su sexo.

Introdujo un dedo en su interior mientras continuaba mordisqueándole los pechos y sintió la leve vibración de la bala. Buscó el cordón para extraer el aparato y tiró de él para sacarlo. Vicky echó la cabeza hacia atrás disfrutando del gozo mientras se dejaba hacer cualquier cosa por su marido.

—¿Te ha gustado mi regalo? —le susurró al oído.

Ella asintió silenciosamente entre gemidos.

Lorenzo separó los labios vaginales de su mujer y colocó la bala vibratoria entre ellos, moviéndola suavemente hacia arriba y abajo.

—Creo que me encanta —murmuró ella.

Sintió cómo desabrochaba los bóxers de él para igualar la situación. Le ayudó a que le quitase el bañador y, cuando volvió a enroscarse contra su cuerpo, aprovechó para penetrarla con una embestida. Victoria gritó de placer y Lorenzo la dejó disfrutar sabiendo que allí, en mitad de la nada, nadie les estaría escuchando ni observando.

Vicky comenzó a subir y bajar suavemente, con su cuerpo pegado al de él. Lorenzo sentía cómo el placer de tenerla le volvía loco y cómo el orgasmo se acercaba lentamente. Aquella situación, el calor, la piscina, los dos cuerpos desnudos juntos, su excitante mujer tomando las riendas de la situación...

La apartó de golpe y la observó.

—No te imaginas lo mucho que te quiero... —ronroneó.

Vicky sonrió a modo de respuesta mientras Lorenzo se sentaba en el borde de la piscina. Ella se acercó, aún en el agua, y se colocó entre sus piernas para poder masajear sus testículos mientras con la boca jugueteaba con su pene sin llegar a introducirlo dentro. Comenzó a lamerlo lentamente mientras masajeaba con las manos la base y observaba cómo Lorenzo entrecerraba los ojos y apretaba los puños por el placer.

Lorenzo la agarró por los hombros y la elevó hasta que quedó a horcajadas sobre él.

Ella se sentó en su regazo, mientras notaba cómo su erecto miembro se introducía en su interior hasta alcanzar su vientre. Empezó los movimientos circulares hacia adelante y atrás que tan loco volvían a su marido y, sabiendo que ambos se acercaban al éxtasis, aumentó el ritmo mientras se agarraba a sus hombros para poder acelerar.

—Lorenzo, Dios... —murmuraba, mientras notaba cómo su cuerpo entero se deshacía

—. Oh, sí... ¡Me encantas!

Él entrecerró los ojos y dejó que el placer le envolviese por completo mientras ella jadeaba y alcanzaba el orgasmo.

Abrazados el uno al otro, volvieron a introducirse en el agua y pasaron la tarde al cobijo de la sombra y de la tranquilidad que aquel precioso lugar emanaba.

A las siete de la tarde Victoria se había quedado dormida en una de las tumbonas que había junto a la piscina. Lorenzo la aupó en sus brazos y la llevó hasta la cama de la habitación. Se tumbó junto a ella y, olvidándose de poner el despertador, la acompañó en un sueño puro y reparador.

Capítulo 4

Coloca Luka había echado de menos su hogar y nada más entrar por la puerta se dejó caer en el sofá.

—Estoy destrozado —le dijo a Samara.

—Yo también, así que no seas quejica —respondió ella, mientras le tiraba de un brazo para apremiarle a que se levantase de allí—, aún tenemos que deshacer las maletas.

Él protestó, molesto, y se acurrucó aún más en el sofá.

Viajar siempre resultaba agotador, por muy enriquecedora que hubiese sido la experiencia. Aunque, si debía ser sincero con sus propios pensamientos, aquella escapada a la boda de su hermano no había resultado enriquecedora emocionalmente.

Había sido... un cambio en él. Desde que se había despedido de Lorenzo y de Victoria y había cogido el avión de vuelta, no había podido dejar de pensar en ellos y en la vida que tendrían. Quizás se estuviese haciendo viejo y por eso envidiaba aquello que su hermano había empezado poco a poco a construir. Una vida formal, familiar. La vida que sus padres siempre habían querido que él llevase. Un trabajo serio, una mujer de bien, una casa bonita... Ser una persona responsable. Siempre había creído que aquella vida que su familia había deseado y planeado para él desde su infancia llevaba consigo una especie de encarcelamiento a la que, sí o sí, debías someterte para poder disfrutar de sus privilegios. Un encarcelamiento al que hasta entonces, no había estado dispuesto a someterse. Observó a su novia, que vaciaba las maletas en el cesto de la ropa sucia que, por alguna extraña razón, estaba en la pequeña salita de su piso.

—¿Qué hace eso ahí? —preguntó.

—Vete tú a saber... nos fuimos con prisa.

Ella continuó la tarea sin prestarle atención.

Luka observó su pequeño hogar y una punzada de celos hacia su hermano le invadió por dentro. Era un piso modesto, más bien pobre. Samara y él se habían mudado en el último año cuatro veces buscando siempre la mejor ubicación junto a la playa para encontrar los mejores picos que surfear, sin importarles el estado y la ubicación del piso al que entraban a vivir. Tenían el salón hecho un desastre, repleto de polvo y desordenado por completo. Luka recordó que la mañana que salían a coger el avión habían madrugado para surfear y coger unas olas antes de marcharse de Brasil. Se preguntó cuánto tiempo podrían mantener aquel estilo de vida, trabajando en bares y chiringuitos de playa por una miseria con el único fin de sobrevivir y surfear buenas

olas.

Se levantó del sofá con todos aquellos pensamientos taladrándole la cabeza y cogió un traje de baño y la tabla de surf, que ya tenía el invento (cuerda que va de la tabla al pie del surfista para no perderla en las caídas) atado a ella.

—¿De verdad? —le preguntó Samara con gesto de pocos amigos—. Acabo de decirte que hay que deshacer las maletas.

—Deja la mía como está y ya lo haré luego —respondió, mientras salía del piso despidiéndose con un portazo.

No quería pagar todo aquello que sentía en su interior con Samara, pero por alguna extraña razón también estaba enfadado con ella. Consigo mismo y con ella. ¿Por qué no habían decidido formalizar su vida antes?, ¿es qué no tenían ya una edad para tomar ese tipo de decisiones? Le costaba admitir que, quizás, sus padres hubiesen tenido razón en algún momento de aquellos largos años. Recordaba todas las veces que su madre le había dicho que aquellas decisiones que tomaban por él y aquellos consejos que le imponían eran tan sólo porque buscaban su buen porvenir y futuro.

Se desnudó, colocó la ropa hecha un ovillo sobre la arena y, tras ponerse el traje y atarse el invento al tobillo, salió corriendo hacia la orilla. A pesar de que eran más de las ocho de la tarde, todavía hacía calor y sintió refrescante el agua salada contra su piel. Se introdujo en el mar y cuando el agua alcanzó la altura de su cadera, se tumbó sobre la tabla y comenzó a remar al pico mientras pasaba las olas por encima. Se sentó en la tabla de surf y observó el horizonte en el que cielo y mar se perdían para fundirse en una línea azulada difícil de distinguir. Una serie de olas se acercaba a él y comenzó a remar. Allí, en mitad de la nada, se sentía libre y dueño de sí mismo. Tan sólo existían él y la naturaleza salvaje de la que nació la vida humana. Notó la fuerza de la ola arrastrándole junto a ella y se colocó de un salto de pie. Surfeó la pared de aquella derecha kilométrica que tanto le había costado encontrar y, con el subidón de adrenalina a flor de piel, comenzó la remontada al pico cuando la ola le abandonó.

Estaba oscureciendo, pero aún no quería regresar a casa y enfrentarse a la dura mirada acusadora de Samara.

—He encontrado a la mujer de mi vida y es lo mejor que me podía haber pasado jamás

—le había dicho su hermano el día de la boda, con los ojos empañados por la emoción

—. No tengo miedo de nada, Luka. La vida me sonrío y yo quiero sonreírle a ella.

Quiero formar una familia, quiero darle un buen futuro a Victoria. Quiero vivir tranquilo en una casa y ser feliz. Y quiero que en esa familia y en esa vida feliz estés tú, hermano.

La voz de Lorenzo en su cabeza resonó como si se encontrasen el uno frente al otro.

Alcanzó el pico y volvió a sentarse en la tabla. Había comenzado a refrescar un poco y

notaba los pies fríos moviéndose en el agua. Sin darse cuenta, allí sentado en el mar, había tomado una decisión. Tenía que cambiar de vida. Quería cambiar su estilo de vida. Deseaba una familia, deseaba cosas buenas que también le hiciesen sonreír. Y si Samara quería formar parte de ellas, se alegraría.

Salió del agua cuando prácticamente había anochecido por completo. Un grupo de chicas adolescentes había comenzado a hacer una pequeña hoguera junto a sus pertenencias. Se acercó hasta allí y, con cuatro pares de ojos clavados en su espalda, se desnudó y se secó al aire libre. Escuchó las risitas de las chicas y un pequeño silbido que decidió ignorar. En sus años más jóvenes, seguramente, habría optado por seguirles el juego. Se vistió, aunque aún estaba un poco húmedo y, con la tabla agarrada bajo el brazo y el invento enroscado en las quillas, tomó el camino hacia su hogar provisional. Había decidido que, a pesar de lo libre que se sentía llevando aquella vida, debía cambiarla y comenzar a pensar en un futuro. La decisión estaba tomada.

Capítulo 5

Se despertó con el sonido arrollador y envolvente del oleaje. Lorenzo estaba a su lado, con un brazo estirado sobre ella y dormido profundamente. Se preguntó cómo había llegado hasta la cama la noche anterior y no fue capaz de recordarlo. Lo que no había olvidado era el chapuzón de la piscina. Se deshizo de la sábana y tomó un sorbo de agua de la botella que tenía en la mesilla. Procuró no hacer demasiado ruido ni movimientos bruscos para no despertar a su marido mientras salía de la cama. Se calzó unas sandalias cómodas y se tapó el cuerpo con un fino pareo que evitaría que pasase calor.

Estoy en la playa.

Te quiero

Vicky

Dejó la nota sobre la mesilla de él y salió de la habitación. El asfixiante calor del Caribe inundó sus pulmones y sintió cómo su cuerpo comenzaba a sudar. Se dio cuenta en aquel instante de que en la habitación se estaba genial. Cruzó el tramo de selva que separaba su suite de la playa privada; era un pequeño paseo de madera rodeado de vegetación y fauna animal que el ser humano había decidido mantener y conservar tal y como correspondía. La playa estaba desierta y la arena era virgen. Kilómetros y kilómetros hacia ambas direcciones se extendían sin el rastro de ningún otro hombre o vida. Victoria se acercó a la orilla y dejó que las cálidas aguas del mar jugasen con sus tobillos. Sin duda alguna, aquel lugar era el verdadero paraíso. Se sentó en la orilla para contemplar su alrededor, con los pensamientos volando en algún lugar muy lejos de allí.

Una mano acarició su espalda y Vicky se sobresaltó. Era Lorenzo.

—Buenos días, preciosa —susurró él, mientras se sentaba en la orilla junto a ella—.

¿Has dormido bien?

Ella asintió.

—Mejor que bien —respondió—, esto me encanta.

—A mí también —confesó— creo que va a ser nuestro pequeño rincón.

—¿Nos podemos permitir que este sea nuestro pequeño rincón? —preguntó con una risita.

—Nos podemos permitir todo lo que queramos.

Victoria apoyó su cabeza en el hombro de su marido. A veces se olvidaba de lo adinerados que eran. Aunque, en realidad, ni siquiera era consciente ni sabía a ciencia cierta hasta dónde ascendían la cantidad de ahorros que poseían. Lorenzo tenía un gestor que le administraba todos aquellos asuntos y Victoria nunca se había entrometido en ellos. No les faltaba de nada y el nivel de vida que llevaban era... más alto de lo que jamás había podido soñar.

—Hoy iremos de excursión —dijo Lorenzo, distrayéndola de sus pensamientos.

—¿De excursión? —repitió, mientras jugaba con la arena entre sus dedos y observaba las aguas cristalinas de las que estaban rodeados—. ¿A dónde?

—A una isla semidesierta. Te encantará.

—¿Y cómo iremos hasta allí?

—No te preocupes por nada. Antes de venir le pedí a Manuel que nos preparase una lancha. La tenemos disponible las veinticuatro horas del día durante la estancia.

—¿A Manuel?

—Manuel es mi contacto aquí.

—¡Ah!

Victoria no se sorprendió de que su marido tuviese contactos hasta en el mismísimo edén. A aquellas alturas, nada le sorprendía.

—¿Vamos a desayunar? —le preguntó.

Lorenzo se levantó del suelo y agarró a Vicky de la mano. La observó aquella mañana y, una vez más, fue consciente de la belleza tan singular que ella poseía. Había engordado unos cuantos kilitos aquellos últimos meses, pero estaba todavía más guapa que antes. Tenía los mofletes sonrojados por el calor y el pareo pegado a su cuerpo sudoroso transparentando sus desnudas curvas y sus pechos. Se estremeció y

sintió que comenzaba a excitarse con tan solo observarla.

—Venga, anda, vamos —le apremió ella, que había notado el deseo en su mirada—, me muero de hambre.

Caminaron abrazados hasta la habitación a pesar del calor que hacía. Vicky se deshizo del pareo, se colocó un bikini, unos shorts y una camiseta de tirantes. Lorenzo se vistió con un traje de baño y otra camiseta de tirantes bastante fresca y finita, acorde con ella.

—Tenemos que comprar viseras o nos moriremos de una insolación —dijo, recordando que no habían llevado ni un solo gorro para protegerse de los rayos UVA.

Ella asintió. Desde luego tenía razón.

Bajaron a desayunar al restaurante VIP del hotel y un enorme buffet les recibió.

Devoraron el desayuno sin mediar palabra entre ellos y Victoria se sorprendió al comprobar que todo aquello estaba riquísimo. Siempre había escuchado que la comida no era muy buena en sitios como aquel, pero tanto el zumo de naranja, como las tostadas, el revuelto y el bacón... Todo tenía un sabor impresionante. Subieron a la suite y Lorenzo llamó a Manuel para que les acercase la lancha. Mientras éste acudía a su encuentro con ellos, la pareja aprovechó para vaciar las maletas, poner en orden aquel espacio en el que convivirían los próximos días y comprar un par de viseras en la recepción del hotel (que tenía de todo lo habido y por haber).

Manuel resultó ser un hombre cincuentón de lo más encantador. Les acercó la lancha hasta la playa y antes de marcharse les hizo prometer que aquella noche cenarían en su casa con su familia. Se notaba por cómo hablaba a Lorenzo que le adoraba, seguramente por el buen sueldo y las buenas propinas que le daba mientras se encontraba instalado en aquel lugar de vacaciones. Se subieron a la lancha tras despedirse y, con una mochila cargada de provisiones y un capazo hasta arriba con crema solar y toallas se dirigieron a la isla semidesierta, llamada Holbox.

—Es una reserva natural y prácticamente no tiene habitantes —le contó él, mientras manejaba la pequeña embarcación.

Victoria, tirada al sol y disfrutando de la brisa marina, prestaba atención a lo que su marido le iba narrando.

—Es prácticamente virgen, aunque en los últimos años ha comenzado a ser bastante explotada por el turismo —continuó—, la zona a la que te voy a llevar todavía es natural y salvaje.

Y así fue. Treinta minutos después estaban en mitad de una preciosa isla desierta rodeada de selva, arenas blancas y aguas cristalinas.

Colocaron las toallas y una sombrilla y se sentaron en la arena virgen. Antes de comer, nadaron en las aguas de Holbox y disfrutaron de todas las especies marinas con las que compartieron aquel pequeño entorno natural del que eran parte. Pasaron el día allí y regresaron por la tarde para poder darse una ducha tranquilos y despejarse un poco en la suite antes de ir a cenar a casa de Manuel.

Victoria se vistió con un discreto y sencillo vestido blanco ibicenco y Lorenzo le hizo juego con una

camiseta de algodón muy finita. Para sorpresa de Vicky, Lorenzo no solo había reservado una lancha, también un coche. Condujeron hasta Playa del Carmen y Victoria se quedó fascinada por lo bien que se desenvolvía su marido allí. La familia de Manuel, su mujer y dos hijas pequeñas, resultaron ser tan encantadoras como él y la velada transcurrió sin incidentes. Vicky quedó encantada con la humildad y el cariño que desprendía aquella gente y no tardó mucho en enamorarse de los habitantes de aquel lugar. Tomaron algo en un local que Manuel les había recomendado encarecidamente y regresaron a la suite agotados por aquel intenso día.

Capítulo 6

Samara se deshizo de las sábanas y abrazó el cuerpo desnudo de su novio. Desde que habían vuelto de Madrid, lo notaba extraño y distraído. Quizás, como tantas veces le había explicado antes de aquel viaje, su familia le afectaba demasiado y de mala manera. Le besó con suavidad la nuca y siguió bajando con una escalera de besos por su espalda. Samara se preguntó si seguiría dormido o tan solo se encontraba fingiendo.

Estiró la mano por encima de su cadera para dar con su miembro, que todavía no había terminado de endurecerse. Lo masajéó suavemente, provocándole. Luka se removió y se apartó de ella.

—No me apetece. Tengo sueño.

Samara sonrió, traviesa.

—Creo que tu aparato no está demasiado de acuerdo contigo —señaló.

—No me apetece —repitió con seriedad.

Suspiró hondo y sintió cómo la angustia removía su pecho. ¿Qué le pasaba a Luka? No entendía por qué se comportaba así con ella ni qué se le pasaba por la cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Necesitaba poder entenderle para que aquella situación no la superase.

—Ya te lo he dicho, tengo sueño.

La voz de su novio sonó distante y cortante y Samara sintió que se le helaba la sangre brasileña que corría por sus venas. Se consideraba una mujer de carácter difícil de entristecer o angustiar, pero Luka siempre había sido su punto débil. Su kryptonita.

—¿Me vas a decir qué ocurre o no? —insistió.

Él se incorporó y se vistió los calzoncillos. Ella se mantuvo inmóvil, tumbada en la cama, expuesta y desnuda.

—No quiero seguir viviendo aquí —respondió él.

Samara resopló.

—¿Por eso te estás comportando tan raro?

Él movió la cabeza de un lado a otro sin pronunciar una sola palabra.

—¿No? —preguntó, mientras sentía cómo aquella conversación comenzaba a crisar sus nervios.

Luka no respondió, se puso en pie, se vistió los pantalones y un niqui y salió de la habitación. Samara se envolvió con la sábana de la cama e, irritada con la situación y la rabia hirviéndole la sangre, le siguió.

—¿A dónde vas? —preguntó, elevando su tono de voz más de lo que pretendía.

Notaba que comenzaba a comportarse de una manera histérica y descontrolada. Luka sabía que no estaba obrando adecuadamente, pero... ¿cómo iba a decirle que quería regresar a Italia? Necesitaba pensar la manera adecuada para enfrentarse a esa conversación y todavía no se sentía capacitado para soltar la noticia a bocajarro.

Seguramente, Samara intentaría persuadirle y hacerle cambiar de opinión. Pero él había tomado la decisión y la mantendría hasta el final. Aquello iba a destrozarla, lo intuía.

—Me voy a dar un paseo.

Samara se adelantó y se colocó frente a la puerta del piso.

—No vas a ninguna parte —sentenció con un hilillo de voz—. Te vas a quedar aquí y vas a hablar conmigo.

Se conocían desde hacía demasiados años y Luka sabía muy bien que estaba muy afectada. Si salía por la puerta, la dejaría allí sola, destrozada y dolida. Pero si se quedaba, la conversación empeoraría muchísimo y terminaría peor.

Sin mediar palabra, la apartó con fuerza pero, a su vez, con suavidad, y se marchó del apartamento.

Samara era incapaz de entender nada. Cuando la dejó sola, cogió su teléfono móvil y buscó en la agenda el número de Victoria. Marcó la llamada y el contestador le informó de que “el teléfono al que llamaba no estaba disponible o se encontraba fuera de cobertura en esos momentos”. Suspiró agobiada, necesitaba que alguien le ayudase a entender la situación, pero no tenía la confianza suficiente como para llamar a Lorenzo.

En cambio, aquellos últimos días en Madrid había estrechado lazos con Vicky y sentía que, tal vez, ella podría ayudarle a entender qué era lo que le había cambiado tanto a su novio mientras habían estado allí. Recordó que se encontraban en plena luna de miel y,

resignándose, dejó de insistir. Esperaría a su regreso para hablar con ella y mientras tanto, procuraría llevar lo mejor posible aquella situación.

Luka caminó hasta el rompeolas y se sentó a observar el mar. Sacó el teléfono móvil y, haciendo gala de todo el valor que almacenaba en su interior, marcó el número de teléfono que tanto había llegado a detestar y se tragó el orgullo. La pasiva voz de su madre le respondió al otro lado de la línea.

Capítulo 7

Lorenzo se despertó asfixiado por el calor. Pasaban los días y no terminaba de acostumbrarse a él. Victoria, en cambio, parecía haberse adaptado con mayor rapidez.

Se despabiló temprano para poder llamar por teléfono a Manuel sin que ella se percatase. Aquel día, le había organizado otra “pequeña sorpresa” con la que esperaba asombrarla. Quería que jamás olvidase la luna de miel que habían pasado en el Caribe.

Vicky se despertó a media mañana, un poco decepcionada con la hora tardía. Tenía la sensación de desaprovechar los días durmiendo, pero le era imposible levantarse antes después de acumular tanto cansancio durante el día y de acostarse a altas horas de la madrugada. Se puso un vestido largo y unas sandalias y salió en busca de su sexy italiano, que leía un libro tirado en una tumbona, bajo el cobijo de una enorme sombrilla.

—¿Ya te has despertado, dormilona?

Ella sonrió. Odiaba tener que admitir que él era mucho más madrugador que ella. En realidad él solía ser mucho más perfecto de lo que ella era en casi todo.

—Haberme despertado... —protestó con un mohín.

Lorenzo observó a su mujer de hito a hito. ¿Cómo podía estar tan guapa nada más despertarse?

—Cámbiate de ropa, cielo —le pidió—, hoy tengo otra sorpresa para ti y no vas apropiada para la ocasión.

—¿Otra sorpresa? —repitió, mientras recordaba la bala vibratoria que le había regalado en el aeropuerto.

Él sonrió y volvió a centrar la atención en la lectura.

—Vístete como si fuésemos a ir a la selva —gritó, mientras Vicky regresaba a la suite.

¿A dónde narices pensaba llevarla Lorenzo? Viniendo de él podía esperarse cualquier cosa. Aquel viaje, que había esperado que fuera de lo más normal y común (playa, hamaca, sol, relax) estaba resultando bastante emocionante y diferente. Un paraíso perfecto que jamás lograría abandonar completamente, pues sentía que una pequeña parte de ella ya se había quedado arraigada en aquellas playas tan únicas y especiales.

Mientras se cambiaba de ropa, observó una enorme bolsa junto a la cama colocada.

Seguramente, la habría preparado Lorenzo para la “excursión” que iban a realizar.

Estuvo tentada de inspeccionar lo que contenía su interior pero, a pesar de todo, se contuvo y decidió no desilusionar a su marido fastidiándole la sorpresa. En el fondo, aquellos pequeños detalles que tenía con ella le encantaban.

Lorenzo subió justo en el mismo instante en el que terminaba de vestirse.

—¿Estás lista?

—Sí.

—Pues vámonos.

Victoria era incapaz de creer que Lorenzo hubiese preparado todo eso para asombrarla. ¡Aquello no lo habría podido imaginar ni en sus mejores sueños! Después de cuarenta minutos de coche, llegaron a un pequeño aeropuerto donde una avioneta les esperaba en un hangar. Era pequeña y biplaza, ¡y estaba reservada para ellos dos!

Resultaba que el guapo y perfecto italiano que tenía por marido también sabía pilotar avionetas...

El vuelo fue impresionante, con unas preciosas vistas de los acantilados de Yucatán.

Mientras surcaban los cielos, Victoria sintió la necesidad de hundirse en el pecho de su marido y echarse a llorar. Jamás habría podido imaginar que un hombre le concedería aquel placer en la vida.

Para sorpresa de Vicky, aquello no terminaba allí. Aterrizaron en una pequeña isla donde un enorme quad (también biplaza) les esperaba para recorrer la jungla y descubrir nuevos paisajes. Lorenzo colocó la bolsa que cargaba en la parte trasera del vehículo y ayudó a subir a su mujer.

—Ponte el casco —ordenó.

Vicky obedeció. ¿De verdad iba a recorrer la selva maya en un quad? Suspiró hondo y se recordó a sí misma que poder vivir aquello era mucho más que un privilegio que no cualquiera podía contar. No era el momento de convertirse en una cobarde.

Lorenzo se subió en él y cogió los mandos del vehículo. Notaba cómo Victoria se aferraba con fuerza y nerviosismo a su cintura y tuvo que reprimir una pequeña risita.

Arrancó el quad y salió disparado hacia la selva. Sintió la adrenalina subir por su columna vertebral mientras su mujer se aferraba con fuerzas y pegaba su cuerpo contra él. La tierra virgen e inexplorada se levantaba polvorienta al paso de ellos y Lorenzo sentía cómo sus ropas se iban llenando de barro hasta arriba. Llevaban diez minutos de viaje en quad, atravesando ramas, arbustos, charcos y todo aquello que les aparecía en el camino.

—¿Quieres que pare? —preguntó alzando la voz por encima del ruido del motor.

—¡No! —respondió Victoria con una sonrisa de oreja a oreja.

¡Se lo estaba pasando en grande! Le encantaba cómo aquel trasto de cuatro ruedas se elevaba en el aire cada vez que pasaban un bache y un subidón le recorría por completo la columna.

Alcanzaron un pequeño claro entre cedros rojos y negros y Lorenzo paró el quad.

—¿Hemos llegado? —preguntó.

Observó su alrededor sin atisbar nada más que la vegetación que los rodeaba. Allí no parecía haber nada

en absoluto por lo que detenerse.

—Casi, casi —respondió él, divertido.

Se bajaron del quad y lo dejaron “aparcado” junto a una descomunal palmera. Lorenzo abrió la bolsa que había colocado en la parte trasera y comenzó a sacar artilugios de ella: gafas de buceo, neoprenos, chapines, linternas acuáticas, etc.

—Toma —dijo, mientras le entregaba a su mujer un traje corto de buceo—, pónitelo sobre el bikini.

—¿No me vas a decir a dónde vamos, no?

—Si te lo cuento, no será una sorpresa.

Caminaron unos metros entre la maleza y Victoria comenzó a sentir cómo se asfixiaba de calor dentro de aquel traje de neopreno. Agradeció enormemente que la cueva a la que Lorenzo la llevaba no se encontrase demasiado lejos del “lugar de aparcamiento”.

Efectivamente, el asombroso y sorprendente emplazamiento al que la llevaba era una pequeña cueva alejada de la población en mitad de la jungla.

—Manuel colabora con un equipo de espeleólogos y me ayudó a dar con su ubicación.

Estoy seguro de que te encantará.

Vicky asintió. Estaba convencida de que así sería.

En la entrada, Manuel (que había sido avisado de ante mano) les había dejado una canoa rojiza y un par de remos.

—Tienes que cogerla por detrás y ayudarme a cargar con ella. Será un poco incómodo al principio. La cueva está oscura y embarrada por la humedad y no hay demasiado espacio, pero tan solo serán unos minutos y habremos pasado el tramo de mayor dificultad.

—Lorenzo, ¿me estás hablando en serio?

Victoria se quedó plantada en la entrada de la cueva con los brazos en jarras. El único pasadizo que podía vislumbrar desde allí, era estrechísimo y estaba sumido en la total oscuridad. Pensó que de ninguna manera podrían pasar esa canoa por aquel estrecho.

—¿Confías en mí?

Ella negó con la cabeza, muy seriamente, y él le respondió con una carcajada. Dejó la canoa que había comenzado a mover y se acercó hasta su mujer para atraparla por la cintura.

—Jamás olvidarás este lugar —murmuró en su oreja, mientras apretaba su cuerpo contra el de ella—, confía en mí, por favor.

—¿Qué remedio! —rió, con poca seguridad—. Creo que no quieres que sobreviva a la luna de miel...

Ayudó a su marido a apurar la canoa y, en fila india, cada uno agarrándola por cada extremo, se adentraron en el téntrico y oscuro agujero subterráneo. El techo, decorado de estalactitas, resultaba amenazador. Lorenzo tenía que caminar de costado y con la cabeza gacha para no chocar contra ninguna. La canoa debían llevarla de costado y el angosto pasadizo parecía ceñirse más a ellos por cada paso que daban. El agua había comenzado a filtrarse en el suelo y alcanzaba las rodillas de Victoria. Lorenzo caminaba decidido de frente, con una linterna en la cabeza que iluminaba el pasadizo.

—Deberíamos haber traído casco... —se quejó ella, mientras notaba cómo las aguas seguían aumentando de nivel y prácticamente alcanzaban sus caderas.

—Ya casi estamos.

Lorenzo se detuvo en seco y observó a Vicky, que comenzaba a estar hundida de pies a cabeza y agradecía por primera vez el traje de agua que su marido le había dado.

—Este es el peor tramo de todos. No es tan estrecho, pero el agua alcanzará el nivel de nuestros hombros y es un poco complicado caminar por aquí. Arrastraremos la canoa por la superficie hasta llegar al final, donde encontraremos un pequeño orificio. Lo pasaré yo primero y me ayudarás a transportar la canoa hasta el otro lado. Luego pasarás tú. ¿Entendido?

—¿Nos damos la vuelta?

Lorenzo sonrió, aunque temía que no fuera una broma.

—Último esfuerzo, cielo. Confía en mí.

Vicky puso los ojos en blanco y asintió con desesperación.

Continuaron caminando y, como bien había predicho Lorenzo, el nivel del agua alcanzó sus hombros y la barbilla de Victoria. Tenía que caminar de puntillas para no tragar aquella agua templada. La oscuridad resultaba pesada y pensó que, si la obligaba a caminar por allí otros diez metros más, terminaría por desmayarse. Llegaron hasta el agujero del que Lorenzo le había hablado y, a horcajadas, su marido lo atravesó. Aupó con todas las fuerzas que pudo la canoa por encima de su cabeza y pasó la pequeña embarcación al otro lado. Después se introdujo en el agujero y cayó sobre Lorenzo.

Estaban hundidos de pies a cabeza...

—Cariño, espero que este lugar sea tan mágico para ti como lo va a ser para mí —

murmuró su marido, mientras se apartaba con los brazos abiertos para mostrarle aquel espacio a su mujer.

Victoria se quedó petrificada. Estaban en un enorme cenote de aguas cristalinas donde la luz se colaba por pequeños orificios creando un efecto parecido a pequeñas lucecitas que flotaban por doquier en todas las direcciones. El cenote era inmenso e impresionante y Victoria notó cómo los ojos se le encharcaban sin poder contener las ganas de llorar.

—Te quiero... —susurró emocionada.

Lorenzo la abrazó, complacido y satisfecho con su reacción.

—Ven, vamos a subir —le dijo, mientras colocaba los brazos en la canoa y se metía dentro de ella.

Ayudó a su mujer a subir detrás de él y sacó los remos que había guardado en un lateral. Se quitó el traje de neopreno y ella le imitó. Comenzaron a remar con suavidad, dejando que la canoa se arrastrase a su antojo entre las aguas sin corriente. Victoria no podía decir una sola palabra; estaba impresionada. Aquel, desde luego, era el mejor regalo que Lorenzo le había hecho jamás. Hacía unos días habían visitado otro cenote de gran tamaño y fama, pero el turismo había hecho mella en él. En cambio, en aquella brecha sagrada se sentía una diosa privilegiada.

—Dicen que estas aguas son curativas, rejuvenecedoras, mágicas...

—Desde luego que siento la magia...

Vicky se acercó hasta su marido y le abrazó por la espalda.

—Gracias, de verdad.

El se giró, soltando los remos en el bote. La besó con pasión y apremio mientras ella se colocaba cómodamente sobre su regazo. Comenzó a mecerse suavemente sobre él, mientras el beso se alargaba en un baile frenético entre sus labios y sus lenguas. Vicky le acarició el fuerte y duro torso y él sintió cómo la excitación que su atractiva mujer le causaba comenzaba a crear su efecto en sus terminaciones nerviosas. Ella notó cómo su miembro se endurecía y la pasión aumentó. Le desató el bikini con suavidad y la apartó de él para que se levantase.

—Desnúdate del todo, cariño —suplicó, con los ojos inyectados en el deseo.

Aguantando el equilibrio en la canoa, se sacó la parte de abajo del bañador y le observó.

—Eres perfecta... —murmuró con voz ronca.

Le agarró de una mano y la atrajo hasta él. Con la yema de los dedos, recorrió cada parte ardiente de su cuerpo y se detuvo a jugar en sus pequeños pero firmes pechos.

La besó con pasión y después se levantó en la balanceante embarcación manteniendo el equilibrio y evitando realizar movimientos bruscos. Colocó a Vicky de rodillas en el suelo, con los pechos apoyados sobre diminuto banco de la canoa. El se colocó, también arrodillado, justo tras ella y después de comprobar que se encontraba húmeda y preparada para recibirle, la embistió. Tal vez fuese por el ambiente o quizás por el lugar mágico en el que se encontraban, pero notaba cómo la excitación que sentía había aumentado descontroladamente y con rapidez y, mientras observaba la desnuda espalda de Victoria y apretaba con las dos manos su trasero, notaba cómo el orgasmo comenzaba a apoderarse de su cuerpo. Escuchó los gemidos de su mujer y se dio cuenta de que ella se encontraba en la misma situación.

—No puedo más... —murmuró con voz ronca, mientras apretaba las uñas en sus nalgas.

—Lorenzo, Lorenzo... —sollozó Victoria en un suspiro mientras el clímax la alcanzaba.

Se tumbaron uno junto al otro, desnudos, en la canoa y dejaron que ésta se deslizase a su antojo mientras

contemplaban aquel pedazo de cielo que el cenote filtraba entre la maleza y las columnas que formaban las estalactitas y estalagmitas que se unían entre sí.

—Jamás olvidaré este lugar, cariño —ronroneó Victoria.

—Yo tampoco —respondió, mientras acariciaba con delicadeza la cabeza de su mujer.

Capítulo 8

Una vez en el taxi, Victoria sintió cómo se le empañaban los ojos. No quería marcharse de aquel lugar tan especial y tampoco quería que su luna de miel terminase aún. Sabía que Lorenzo había planeado otro viaje para ellos, pero por muy especial que ése resultase, jamás igualaría las experiencias que había vivido junto a él en aquellas aguas caribeñas.

—¿Me dirás a dónde vamos?

Él sonrió con picardía y con gesto de niño travieso.

—¿Qué me darás a cambio si te lo digo?

—Lo que el señorito quiera...

Se dieron un pequeño beso suave y superficial y Lorenzo añadió:

—Nos vamos a Milán.

—¿A Milán?, ¿a Italia?

Él asintió.

—Pensé que te gustaría conocer la tierra de tu marido —dijo, mientras estudiaba la reacción de Victoria—. Por eso lo de “viajar al pasado”.

No parecía muy contenta con la respuesta.

—¿No te apetece ir?

—Sí, claro... —murmuró pensativa—, es que Milán es completamente diferente a esto y...

—No te preocupes —interrumpió, mientras apretada su mano—, aquí vamos a volver muy a menudo.

—Está bien —admitió— ¡A conocer Milán!

Nada más pisar el aeropuerto, Victoria sintió la angustia apesándole el pecho. No podía decirle a Lorenzo que no quería visitar su ciudad, pero si debía de ser sincera consigo misma, tener que volver a ver a los padres de su marido le provocaba verdadero pavor. Recordó su boda y cómo éstos la habían despreciado (tanto a ella como a su familia) y se habían marchado de allí sin despedirse de nadie. Sabía de sobra que no era del agrado de los padres de él.

Vicky regresó en sus pensamientos al instante en el que todo el mundo quería dar la enhorabuena y charlar con los novios y, entre tanto ajeteo de por medio, seguía sin haber tenido una sola ocasión para conocer a sus suegros. Los primeros en acercarse a ellos para felicitarles habían sido, para sorpresa de ambos, unos emocionados y alegres Luka y Samara. Lorenzo abrazó a su hermano pequeño con emoción y éste le devolvió unas palmaditas de apoyo. Vicky se sorprendió de lo mucho que se parecían, aunque Luka era bastante más moreno y un poco más bajito que su esposo. Samara, la novia brasileña de Luka, resultó ser un encanto de mujer.

—No me hagas llorar hoy, hermanito —bromeó Luka— que para una vez que nos vemos...

Recordó que Alessia, la otra hermana de Lorenzo, había aparecido junto a ellos, con el rímel corrido de llorar y los ojos rojos e hinchados. Felicitó a los novios con el corazón y después se lanzó a por Luka y lo llenó de besos. En aquel instante Victoria no necesitó demasiado para comprender que toda la distancia que había entre los hermanos estaba formada por sus padres.

—Quiero conocerlos —le pidió a Lorenzo, mientras los camareros servían cócteles y aperitivos en el jardín—. Se van a sentar en la mesa presidencial con nosotros y aún no les conozco. Son mis suegros.

Lorenzo asintió.

Los encontraron apartados del resto, charlando en una esquina de los jardines con unos primos segundos de Lorenzo a los que había invitado a la ceremonia por simple compromiso.

La madre de Lorenzo, Alessandra, vestía un vestido granate con una enorme pameña de alas desproporcionalmente anchas que le hacía juego. Era delgada y de rasgos finos.

Los ojos, ligeramente achinados, quedaban perfectamente armónicos con una pequeña nariz afilada. Filippo, su padre, llevaba un discreto y elegante traje azul marino que parecía costar un dineral. Un peno canoso peinado con sumo cuidado a un lado y una barba perfectamente afeitada delataban el tiempo y el dinero que tenían para cuidarse

bien. Cuando Lorenzo les presentó a su mujer, éstos se mantuvieron entre la indiferencia y el pesar. Ninguno de los dos parecía querer que la conversación fluyera, así que, hastiado con la situación, Lorenzo agarró a Vicky por la cintura y se dio media vuelta.

—Hijo —dijo Filippo, en un exquisito y perfecto español—. Jamás entenderé cómo has podido llegar a juntarnos con esta gente.

Lorenzo suspiró hondo y Victoria creyó que se le saltaban los ojos de las cuencas.

—Vámonos, Vicky —respondió, mostrándose impertérrito ante las palabras de su padre—. Es la misma historia de siempre.

Vicky le siguió, consternada por aquello que acababa de escuchar. Y aquella fue la última vez que los vio en la ceremonia.

Pisó el suelo al bajar del avión y sintió que las piernas se le deshacían como si fueran un flan. En realidad, su cuerpo entero parecía hecho gelatina. Lorenzo no paraba de preguntarle qué era lo que le sucedía y por qué estaba tan callada, ¿pero cómo iba a decirle que no quería estar allí ni ver a sus

padres? Era obvio que iban a quedar con ellos, lo sabía de sobra. Después de la boda, Lorenzo le había dicho que con el tiempo la cogerían cariño y entenderían porqué la había escogido para compartir su vida.

Salieron del aeropuerto y encontraron un enorme todoterreno negro de ventanas tintadas esperándoles, cargado con las maletas que habían dejado en la sala del apartamento de Madrid.

—Te prometo que lo pasarás genial, de verdad —dijo Lorenzo, que parecía realmente preocupado con el súbito estado de ánimo taciturno de ella.

—Claro... —murmuró sin convicción.

Se subieron al vehículo y Lorenzo comenzó a circular con soltura.

—Tenemos un piso cerca de Montenapoleone —le dijo, sonriente—, estoy seguro de que te encantará estar allí.

—¿Montenapoleone? —preguntó ella, pues no conocía nada de aquel lugar y todo le sonaba extraño.

—Es una de las principales calles de compras que hay en Milán. Estoy seguro de que te lo pasarás bien por esa zona; hay de todo.

Vicky notó cómo su marido se esforzaba por animarla.

—Prada, Gucci, Versace... Cualquier firma que puedas imaginar, la encontrarás allí.

Ella sonrió a modo de silenciosa respuesta.

No tenía ganas de ir de compras. En realidad, no tenía muchas ganas de nada.

—Creo que deberías habérmelo contando —dijo, al fin.

—¿Contarte el qué?

—Que veníamos a Milán. Creo que debería haberlo sabido de antemano.

Lorenzo suspiró con la mirada fija en la carretera.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó irritado.

Era obvio que ambos sabían qué era lo que ocurría.

—Después de cómo reaccionaron tus padres en nuestra boda, creo que deberías haber hablado conmigo de un viaje como éste. Y creo que deberíamos haberlo dejado para otro momento y no para nuestra luna de miel.

Lorenzo resopló de nuevo, mientras marcaba el intermitente y arrinconaba el coche en una esquina de la cuneta.

—No tenemos que verles si no quieres —sentenció—. Sé que no se comportaron correctamente, pero también sé cómo son y que no tienen maldad.

Victoria puso los ojos en blanco.

—¿En serio?

—Mira, te voy a ser sincero —dijo, al final—, pensé que te iba a gustar conocer mi ciudad, el lugar donde nací, mis raíces. Además, tenía que venir sí o sí para resolver un pequeño asunto de la empresa y no quería que eso entorpeciera nuestro viaje de luna de miel.

—¿En serio? —repitió, completamente indignada—. ¿Estamos aquí por trabajo?!

—No —respondió Lorenzo, cortante—. Estamos aquí porque quería que conocieses Milán. No me ausentaré más que unas horas en los próximos días, así que creo que decir que estamos aquí por trabajo es bastante inadecuado. Podía haber esperado a regresar a Madrid y haber hecho el viaje nada más llegar, pero quería hacerlo contigo.

Quería que los dos estuviésemos aquí. Esto es especial para mí, Victoria.

Vicky apretó los dientes con ira. Se sentía engañada. ¿Así que aquel era su asombroso viaje? ¡Pues menuda sorpresita! Decidió no responderle más para que la conversación no empeorase.

Lorenzo apretó el volante y retomó la circulación. No sabía por qué Victoria se había tomado tan mal aquello. Realmente había resultado un fracaso total y después de los maravillosos días que habían pasado en México no sabía muy bien cómo afrontar

aquella situación. Antes de subirse al coche, justo después de bajarse del avión, había revisado su teléfono móvil en el baño. Mientras conducía, recordó las palabras que su madre le había escrito en el mensaje: “estoy deseando verte. Te espero hoy para cenar”. Sintió que la situación se le escapaba de control y notó la rabia creciendo en su interior. Sabía que Filippo, su padre, no se había comportado bien con su mujer, pero en realidad, jamás se había comportado bien con nadie que no fuera de la familia. Su madre, Alessandra, no tenía la culpa de nada. Además, Victoria ahora era de la familia y le gustase o no a su padre, tendría que aceptarla como a uno más. Después de aquella reacción, ¿cómo iba a decirle a Vicky que habían quedado con su madre para cenar?

Suspiró hondo y condujo sumido en el silencio hasta llegar al garaje subterráneo de la vivienda que poseían allí.

Capítulo 9

—¿Diga?

Luka tragó saliva antes de contestar.

—Hola mamá, ¿cómo estás?

Escuchó la respiración entrecortada de su madre y por un instante pensó que ésta iba a colgarle el teléfono.

—¿Cómo estás tú, hijo? —preguntó, aturdida todavía por escuchar la voz de su hijo más pequeño.

El día que Luka salió disparado con aquella mujer, Alessandra creyó que jamás volvería a hablar con él.

—Estoy bien, mamá. Creo que tengo que volver a casa.

Se hizo el silencio unos segundos y después escuchó el llanto de su madre al otro lado de la línea y algo en su interior se retorció de dolor. Sabía que, a pesar de todo, sus padres jamás dejarían de ser su familia y que muy en el fondo él les había causado demasiada angustia.

—Il mio bambino piccolo...

Luka sonrió con ternura mientras recordaba aquellos buenos momentos que había

pasado junto a su madre y sus hermanos a lo largo de su niñez. No habían sido demasiados, pero los pocos que poseía los conservaba con sumo cariño.

—No tengo dinero para volver, mamá. Me he dejado todo en la boda de Lorenzo.

La conversación duró una hora y diez minutos. Cuando colgó, supo que no podía demorarse en hablar con Samara y regresar a Milán. Su padre, Filippo, había sufrido un infarto y estaba gravemente hospitalizado. Alessia estaba allí, en Milán, ayudándole a su madre y encargándose de la empresa lo mejor que podía. Cuando Luka preguntó por su hermano, su madre le contó que estaba de camino a Italia, pero que desconocía el estado tan delicado de su padre. Había preferido darle la noticia en persona nada más llegase allí. Luka sintió que algo estallaba en su interior al escuchar todas aquellas palabras. La familia Moretti volvía a reunirse y le fue imposible no recordar el último encuentro en el que su padre le había echado de casa junto con su novia, Samara.

Intentó borrar los malos pensamientos de su cabeza mientras regresaba a casa. Sabía que iba a encontrar a Samara llorando desconsoladamente después de la última discusión que habían tenido, pero no podía seguir rehuendo la situación; debía enfrentarse a ella lo antes posible.

Subió las escaleras hasta la tercera planta con parsimonia, como si los pies le pesasen muchísimo y tuviese la suela de los zapatos repleta de plomo. Cada paso hacia arriba le suponía un reto. Escuchó el sonido del edificio: el llanto de un bebé, una pareja discutiendo en la lejanía, los Rolling Stones sonando de fondo en alguna vivienda no muy lejana...

Abrió la puerta y encontró a Samara en el sofá sentada. Estaba vestida y tenía una pequeña bolsa de equipaje sobre el regazo. Luka sintió las lágrimas a punto de estallar, pero se contuvo. Sabía de sobra lo que le estaba por venir; una escenita en toda regla con la amenaza de marcharse.

—Me voy —dijo Samara con seriedad.

Había hecho aquello en numerosas ocasiones y Luka sabía de sobra que no era más que una técnica para captar su atención. En una o dos ocasiones había cumplido su palabra y se había marchado un par de días a casa de alguna amiga, pero por lo general, todo terminaba en simples amenazas. Luka solía querer evitar aquel tipo de discusiones y, al final, cedía por el simple hecho de eludirlas.

—Yo también —respondió.

Samara lo miró fijamente sin entender a qué se refería.

—¿Te vas? —preguntó aturdida.

Tenía el rostro manchado de desconcierto.

—Sí, vuelvo a Italia.

Se quedó en silencio, mirándole de hito a hito. Seguramente, preguntándose si estaba hablando en serio o era una amenaza más al igual que la de ella. Luka se esforzó por guardar la compostura mientras observaba el gesto de dolor que marcaba el rostro de su novia.

—¿Vas a venir conmigo? —preguntó en un pequeño impulso de valentía.

En realidad, conocía perfectamente la respuesta.

—No.

Samara se levantó del sofá mientras las lágrimas se deslizaban descontroladamente por sus mejillas. Dejó la bolsa en el suelo del salón y caminó hasta el dormitorio. Se encerró con un remarcado portazo y dejó a Luka allí plantado, en silencio.

La siguió hasta allí y abrió la puerta. No podía marcharse y dejar las cosas de esa manera tan horrible. Después de tantos años juntos, ni Samara ni él se merecían aquello.

Estaba hecha un ovillo debajo de las mantas. Luka se tumbó a su lado y la abrazó en silencio.

—Ven conmigo, por favor —susurró, mientras escuchaba el llanto intermitente de su novia—. Tenemos que cambiar nuestra vida, los años empiezan a...

—Me gusta nuestra vida —le interrumpió.

Luka suspiró.

—Quiero poder tener y poder darte una buena vida.

—¿Y necesitas a tus padres para eso?

Se quedaron en silencio, abrazados. Por alguna extraña razón, Samara sentía en su interior que daba igual lo que dijera o dijese a su novio, pues éste ya había tomado la decisión y nada podría hacerle cambiar de opinión. Le conocía demasiado bien.

—Mi padre ha tenido un infarto. Está grave.

Ella sollozó, dolida, y le suplicó:

—No me dejes, por favor.

Capítulo 10

De alguna extraña manera, Lorenzo siempre conseguía animarla y cambiar su humor.

Habían llegado al piso que poseían allí y había logrado dejarla completamente estupefacta. A Vicky se le hacía raro pensar que aquel desconocido habitáculo también le pertenecía a ella.

—Quiero redecorar todo—dijo, nada más entrar.

Él se deshizo en una carcajada que inundó el piso.

Tenía ciento cincuenta metros cuadrados. Nada más entrar, a la izquierda, había una cocina en forma de “L” y todas las modernidades que se pudieran imaginar. Si continuabas de frente, encontrabas un salón enorme que se dividía en dos: una pequeña sala de estar con un sofá cheslong con su correspondiente televisor de pantalla plana, y un espacio reservado para un impresionante piano de cola negro que se extendía ocupando todo el ancho del lugar.

—¿Tocas el piano? —preguntó, anonadada.

—Lo tocaba de pequeño —contestó Lorenzo— mi madre nos obligaba a mis hermanos y a mí a asistir a clases de música. Mi hermana se decidió por el arpa, mi hermano pequeño quería tocar la guitarra y yo..., bueno, el piano siempre me ha parecido un instrumento muy elegante.

Vicky estaba anonadada. No conocía aquella faceta de su marido.

Si continuabas el pasillo de frente, encontrabas dos baños y tres habitaciones: un enorme dormitorio con un vestidor, un pequeño gimnasio y una biblioteca.

—Podemos adaptar una de ellas para la niña —bromeó Lorenzo.

—¿Para la niña? —Vicky soltó una carcajada.

Desde luego, no se sentía ni remotamente preparada para ser madre, así que agradeció que tan solo se tratase de una broma.

—Entonces, ¿qué habitación redecoramos primero?

—Ninguna —respondió con sinceridad—. Me encanta tal y cómo está, la verdad. Es perfecto.

Lorenzo la atrapó entre sus brazos y la aupó mientras giraba en su propio eje. La besó en el aire y volvió a recordarse a sí mismo la fortuna que le había tocado con aquella mujer.

—Te quiero —susurró— te quiero mucho.

Ella le respondió con un beso en la punta de la nariz. Aquel gesto tan peculiar, había sido la forma de expresar lo que el uno sentía por el otro cuando se conocieron.

—Siento haber decidido venir aquí sin consultártelo antes —admitió.

No quería estar enfadado con ella.

—Siento haberme enfadado contigo —cedió Victoria—. Por cierto, si nos vamos a quedar aquí, creo que va siendo hora de que active el teléfono en el extranjero...

Supongo que Mónica y mis padres querrán saber cómo estamos.

Él asintió.

—Sí, es buena idea. Yo ya tengo activadas las llamadas y no me ha entrado nada estos días pero... Aún así, activa el tuyo. Quiero quedarme aquí una temporada..., me gustaría que conocieses tantísimos lugares...

Lorenzo bajó a su mujer al suelo y ésta agarró su bolso.

—Voy a darme una ducha de mientras —dijo, mientras observaba cómo Vicky caía inmersa en su iPhone.

Ni una, ni dos, ni tres llamadas. Necesito cinco intentos para que los imbéciles de su compañía telefónica le activasen la línea de teléfono en Italia. Ocho mensajes invadieron la pantalla de su teléfono móvil y procedió a revisarlos. La mayoría eran llamadas perdidas de sus padres y alguna que otra de Mónica. Se sorprendió cuando encontró un mensaje de Samara: «necesito hablar contigo, es importante. Llámame

cuando leas esto». También tenía llamadas perdidas suyas. Respirando profundamente y evitando pensar cuánto le cobrarían por llamar desde el extranjero al otro lado del charco, marcó su número y pulsó el botoncito verde de llamada.

—¿Victoria?

La voz de Samara sonaba extraña, ronca.

—Sí, Samy, soy yo —respondió, mientras apretada el teléfono con el hombro contra su oreja para poder liberar las manos—. ¿Qué ocurre?, ¿estáis bien?

Abrió las maletas de par en par en la cama de matrimonio de uno cincuenta que había en mitad del dormitorio. ¿Dónde narices iba a meter tantísima ropa?

—No... no estoy nada bien —respondió su cuñada, mientras se sorbía la nariz.

¿Estaba llorando?

—¿Qué ocurre? Cálmate y cuéntame...

—Luka me ha dejado —le interrumpió Samara, mientras comenzaba a sollozar.

Vicky suspiró hondo y se preparó para aquella larga y dolorosa conversación. Por lo general había sido ella la que se deshacía en un mar de lágrimas al otro lado de la línea, pero en las pocas ocasiones en las que le había tocado escuchar y dar consejo, nunca se le había dado del todo bien. No servía para decirles a las personas qué hacer o cómo actuar, porque, si debía ser sincera, cuando se encontraba perdida ni siquiera ella sabía qué hacer consigo misma.

—Cuéntame qué ha pasado, Samy...

Abrió los armarios de la habitación. Sabía que iba a ser una hora de llamada (como poco) y decidió ir avanzando con la tarea mientras hablaba con Samara. Para su suerte, se sorprendió al comprobar que Lorenzo no tenía mucha ropa allí guardada; tan solo un par de trajes y camisas.

—No tengo ni idea. Volvimos de Madrid y él empezó a comportarse de una manera un poco extraña... Pensé que, quizás, el haber visto a sus hermanos, a sus padres... No lo sé, puede que de alguna manera le habría afectado, pero...

—Cálmate y no llores —le susurró Victoria en tono tranquilizador—, no puedo entender qué es lo que dices si no dejas de llorar y te tranquilizas un poco...

Mientras colocaba las camisetas de tirantes en las cajoneras, escuchó la respiración descompensada de Samara al otro lado del teléfono. «Pobrecita», pensó, se la veía realmente afectada. Victoria había pasado por bastantes malos tragos hasta encontrar a su marido y sabía perfectamente qué se sentía al ser traicionada por alguien que amabas. En realidad, incluso con su marido le había tocado sufrir.

—Me ha dejado, después de todo lo que hemos pasado juntos, se vuelve a Italia...

—¿Cómo? —preguntó Vicky, sorprendida—. ¿Viene a Italia?

Samara parecía más calmada.

—Sí, está de camino. El padre de Luka y Lorenzo ha tenido un infarto y está muy grave, y...

—¡Samy, para! —exclamó, consternada—. ¿Filippo ha tenido un infarto?

—Sí...

Soltó la ropa que tenía en la mano y la dejó caer al suelo. Se sentó en los pies de la cama, procurando pensar y procesar la noticia que Samara le estaba dando.

—¿Está muy mal?

—No... yo no..., yo no sé si..., no sé nada más.... —tartamudeó Samara entre sollozos

—pero me ha dejado y...

—Samy, tienes que calmarte —suspiró Vicky, que no sabía qué decir a todo eso—.

Quizás Luka necesite aclarar la cabeza, creo que es comprensible que venga a Italia si su padre ha tenido un infarto. ¿No te ha pedido que vengas con él?

—Sí..., sí, pero..., yo...

—Es normal que quiera venir —le tranquilizó Victoria—, completamente normal.

Además, las relaciones son complicadas. Tú deberías de saberlo después de tantos años con Luka. Recuerdo que los primeros meses con Lorenzo fueron horribles...

Incluso le dejé —rió Victoria al recordar aquellos momentos, aunque en su día habían resultado dolorosos—. Nosotros estamos en Italia, aunque Lorenzo creo que no tiene ni la menor idea de lo que ha sucedido con su padre.

—¿Estáis allí?, ¿vas a verle?

—¿A Luka?

—Sí.

—No tengo ni idea, Samy. Por ahora, tengo que contarle a mi marido que su padre ha sufrido un infarto...

—Vicky suspiró, aquella llamada se había complicado más de lo imaginado—. Así que supongo que sí.

Escuchó el secador en el baño y supuso que Lorenzo estaba terminando.

—Tengo que colgarte, Samy. Te prometo que hablaré con Luka en cuanto le vea.

—Vale, gracias.

—Estate bien, ¿vale?

—Sí... —murmuró Samara, sin convicción.

—Te llamo mañana. Adiós.

—Adiós.

¿Cómo narices iba a decir a su marido que Filippo había tenido un infarto? Se preparó hondo para darle la noticia y pensó que, seguramente, conllevaría el salir corriendo a un hospital... Adiós luna de miel. Se agachó para recoger los calcetines que había tirado al suelo; una buena parte de ellos, hechos bolita, habían rodado debajo del armario. Estiró la mano para recogerlos y notó algo sólido, metálico, allí abajo. Tiró de aquel objeto para sacarlo. Era un maletín negro de cierres plateados. ¿Por qué tenía Lorenzo un maletín escondido debajo del armario?

Escuchó la puerta del baño cerrarse de un portazo y volvió a esconder el maletín en un gesto de auto-reflejo. Terminó de recoger los calcetines y la ropa, metiendo cada prenda en cualquier parte del armario. Ya se preocuparía por organizar eso después.

Lorenzo apareció en la puerta con una sonrisa traviesa y una toalla blanca enroscada en la cintura.

—¿Te apetece que volvamos a la ducha?

Victoria suspiró.

—Tengo que hablar contigo, cariño.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sorprendido.

—Samara acaba de llamar —le contó, nerviosa—. Tu padre, Filippo, ha tenido un infarto.

Capítulo 11

Lorenzo odiaba los hospitales. Siempre los había odiado. Recordaba de pequeño haber sufrido una amigdalitis aguda que le había llevado a padecer más de cuarenta grados centígrados de fiebre. Antonella, la niñera, le había llevado al hospital y los médicos le habían suministrado antibióticos diversos sin resultado aparente. Recordaba que le habían bañado en agua muy fría y que, aquellos días que había estado ingresado, se había sentido muy solo. Sus hermanos continuaban con su ritmo de vida habitual: colegio, clases particulares... Y sus padres estaban demasiado ocupados.

Apretó el volante entre las manos mientras conducía en silencio. ¿Por qué su madre no le había contando nada hasta entonces?, ¿por qué había tenido que enterarse por mediación de la novia de su hermano?, ¿por qué su familia siempre le ocultaba todo?

Miró a Victoria de reojo, parecía sumergida en sus propios pensamientos y decidió no molestarla. Sabía de sobra que estaba haciendo un gran esfuerzo por él y que debía agradecersele. Pensó que nada más regresar a Madrid se lo compensaría con una buena cena romántica. Desde luego, jamás había imaginado que su viaje a Milán comenzaría de aquella espantosa manera.

Aparcó en el parking privado del hospital, que exceptuando su coche y el monovolumen grisáceo de su madre, estaba vacío. Era de noche y aquel centro hospitalario solo admitía visitas familiares hasta las siete de la tarde. Como siempre,

hacían una excepción por la familia Moretti. Mientras se bajaban del vehículo sacó el teléfono y pulsó la rellamada.

—¿Mamá?

—Lorenzo, ¿estás ya aquí?

—Sí, mamá. Estamos aparcando.

—Habitación 326. Te espero aquí arriba.

Le sorprendió que su madre estuviese allí a aquellas horas de la noche. O bien su padre estaba realmente grave o bien su madre había cambiado por completo su forma de ser en aquel último año que se habían mantenido distanciados. Subieron hasta la habitación en silencio. Vicky parecía consternada. Caminaba sigilosa a su lado sin levantar la mirada del suelo y Lorenzo se preguntó qué sería aquello que se le pasaba por la cabeza a su mujer.

Abrió la puerta de la habitación mientras su madre, preparada, se lanzaba a sus brazos deshecha en un mar de lagrimones.

—¡Oh...! Menos mal que estás aquí...

—¿Por qué no me habías dicho nada antes, mamá?

—No quería preocuparte por teléfono y como sabía que venías...

Alessandra se quedó inmóvil unos segundos mientras inspeccionada de hito a hito a Victoria, que se

mantenía en el umbral de la puerta de la habitación.

—¡Ah! Ella también ha venido...

—Claro que ha venido —respondió de inmediato Lorenzo—. ¿Con quién iba a venir, si no?

Vicky le sostuvo la mirada mientras Alessandra la repasaba de arriba abajo con descaro. Desde luego, quedaba patente que no era bien recibida en aquel lugar.

—Un placer volver a verte, querida —dijo Alessandra, en un finísimo español que no guardaba ningún tipo de acento—. Benvenuto a Italia.

Aunque Lorenzo parecía no haberse dado cuenta, el tono de desprecio no pasó desapercibido. Victoria fingió una sonrisa con sus mejores galas y apartó la mirada lo antes posible. Aquella mujer era totalmente despreciable.

Observó a Filippo, postrado en la cama con una mascarilla de oxígeno en la cara.

Estaba pálido y ojeroso y no tenía el buen aspecto con el que le había conocido en la ceremonia.

—¿Quién se está haciendo cargo de todo aquí? —preguntó su marido—, ¿cuándo ha ocurrido esto?

Su madre suspiró y volvió a echarse sobre los brazos de Lorenzo.

—¡Oh, mi niño! —lloriqueó—, hace solo unos días. Alessia ha venido corriendo para encargarse de todo.

—Tenías que haberme avisado antes, mamá. ¿Cuál es el diagnóstico?

Victoria pensó que era invisible y que sobraba en aquella conversación.

—Ha sufrido un infarto de miocardio. Una parte bastante grande de su músculo cardíaco ha muerto y la otra parte se mantiene bombeando lo necesario para mantenerlo con vida. Dicen que será una recuperación larga y no saben decirnos aún las secuelas que conllevará...

Lorenzo observó a su padre postrado en aquella camilla de hospital. Filippo siempre había sido un elegante hombre de negocios, un hombre de hierro que no se había dejado debilitar por nada en ninguna ocasión. Ni si quiera era capaz de recordarle una sola vez enfermo...

—Os dejaré charlar tranquilos —dijo Victoria, mientras se dirigía hacia la puerta—.

¿Queréis que os traiga un café?

Lorenzo la abrazó por la cintura y la besó con delicadeza en la frente.

—Gracias por todo, cielo —susurró.

—No le daría un café de esa máquina ni a mi peor enemiga... —murmuró con desprecio Alessandra.

Vicky suspiró y salió de la habitación. Cuando cerró la puerta tras ella y se quedó a solas, sintió cómo se liberaba de un enorme peso que la estaba asfixiando. Aquella familia era horrorosa, venenosa. Y lo peor de todo es que Lorenzo no era consciente de hasta qué punto podía llegar a odiarla aquella mujer.

—Necesito que cuides de tu familia ahora, hijo —murmuró, mientras apretaba el musculoso brazo de Lorenzo—, es el momento de que estés aquí, a mi lado. Alessia está haciendo todo lo que puede pero sabes que ella sola no dará abasto. Luka también está de camino, pero lleva tanto tiempo fuera que...

—¿Luka está de camino? —preguntó sorprendido.

Victoria no le había contado nada.

—Sí, estará aquí mañana a primera hora. Creo que es importante que estemos todos juntos, como la familia que somos.

—No voy a marcharme si me necesitas, mamá. Victoria lo entenderá.

Alessandra asintió con la cabeza, lentamente.

—De eso también quería hablarte... ¿Va a quedarse en Milán contigo?

—Claro, mamá.

—Hijo, no sé qué pensará tu mujer de todo esto... Necesito que vuelvas a casa conmigo, me siento sola y destrozada con todo lo que nos está sucediendo...

—Ya te he dicho que me quedaré el tiempo necesario. No voy a marcharme.

—No me refiero a que te quedes en Milán.

Alessandra tomó asiento con la delicadeza propia de aquellos seres humanos que han recibido una educación distintiva. Cruzó las piernas con parsimonia y levantó la barbilla para clavar la mirada en su hijo.

—Me refiero a que vuelvas a casa, a tu hogar. Quiero que estemos todos juntos de nuevo.

Lorenzo perdió la palabra. No podía responder que sí sin antes hablarlo con Victoria, y algo en su interior le decía que no aceptaría aquella proposición de buenas a primeras después de todo lo que había pasado en la boda con ellos.

—Yo no soy tu padre, Lorenzo. Lo sabes bien.

Sí, sabía que su madre tenía un buen corazón, pero intuía que Victoria todavía no había sabido verlo del todo.

Su mujer entró por la puerta con dos cafés en vasos de plástico y le tendió uno a Lorenzo, que había enmudecido y que no sabía muy bien hacia dónde dirigir la conversación.

—¿Todo bien? —preguntó ella, mientras le acariciaba el rostro con la mano libre.

—Sí —respondió de la misma.

—Victoria —dijo Alessandra—. Te llamabas Victoria, ¿verdad?

Ella observó a aquella mujer con rasgos de aguilucho que la observaba, aún estando sentada por debajo de ellos, con superioridad celestial propia de una deidad.

—Sí, eso es. Victoria —respondió cortante.

—Estábamos hablando sobre vuestra estancia en Milán. Tanto Lorenzo como yo pensamos que lo más apropiado sería que os trasladaseis a Gli Angeli una temporada hasta que este asunto esté más calmado...

Victoria miraba a su marido asombrada. ¿Gli Angeli?, ¿qué narices era eso?

Alessandra continuaba hablando pausadamente, con una seguridad innata en su tono de voz, aunque hacia varios segundos que Vicky había dejado de escucharla.

—¿Lorenzo? —preguntó, aturdida.

—En realidad, le estaba diciendo que tendría que consultarlo contigo antes de tomar ninguna decisión.

—¿Qué es Gli Angeli? —repitió, sin poder ocultar la ofensa que sentía.

—Es la casa en la que mis hermanos y yo nos criamos —explicó.

El ambiente comenzaba a tensarse por momentos.

—¿Quieres que pasemos la luna de miel con tu madre? —preguntó consternada.

—Creo que es un momento delicado para ella y que debería estar a su lado.

Capítulo 12

Entró tras él y cerró la puerta con un estrepitoso portazo. Sabía que debía ser comprensiva y procurar entender la situación, pero en su cabeza no entraba el hecho de tener que mudarse con esa mujer. ¿Tan poco importaba ella en la ecuación que lo había decidido en su ausencia?

Suspiró hondo y se dirigió al dormitorio, decidiendo si enfrentarse a su marido o dejarlo estar tal cual. Lorenzo estaba frente al galán de noche desabrochándose la corbata cuidadosamente.

—Vete —pidió Victoria con tono de voz mordaz—, sal de la habitación ahora mismo.

Lorenzo resopló, abatido, mientras colocaba la americana negra del traje con cuidado en el perchero.

—¿Y a dónde quieres que vaya?

—Me da igual. Vete al sofá —replicó—, o a casa de tu madre. Pero lárgate de aquí ahora mismo.

Estaba furiosa; por mucho que hubiese pensado y tratado de contener su ira, había sido imposible de retener. Lorenzo pasó por delante de ella con gesto abatido y cerró la puerta del dormitorio al salir.

Dejó la maleta que había colocado sobre la cama en el suelo y se tumbó con la mirada clavada en el techo beige de la habitación. Pensó que debía de llamar a Samara para contarle lo sucedido y que Luka, con seguridad, llegaría la mañana siguiente a Italia, pero no se vio con fuerzas para llevar a cabo dicha tarea. Su estado anímico estaba peligrosamente hundido y no pensaba que combinarlo con el llanto de Samy fuese a resultar una buena idea. Se tumbó lateralmente, hecha un ovillo y abrazándose el cuerpo con sus propios brazos. Detectó el maletín negro debajo del armario; lo había introducido de vuelta con tanta prisa que una de las esquinas había quedado sobresaliendo al exterior. Se levantó de la cama con sigilo y culpa, como si por sentir curiosidad estuviese traicionando la privacidad de su marido. Lo cogió, se sentó y lo colocó sobre su regazo. Era un maletín con una clave de cuatro dígitos, así que comenzó probando la fecha de nacimiento de su marido, su aniversario, el día en el que se conocieron... Sin éxito. Desesperada, lo intentó con el clásico “1,2,3,4” sin obtener resultados y terminó por resignarse. Quería saber qué era lo que Lorenzo escondía ahí, pero después de la pelea que habían tenido, decidió que mejor era preguntárselo en otro momento.

Se tumbó en la cama y, despejando todos aquellos pensamientos negativos que surcaban su mente, le dio la bienvenida a Morfeo con los brazos abiertos.

Atravesaron el portón principal de los terrenos de Gli Angeri con el monovolumen cargado del equipaje que tenían al completo. No habían dejado ni una sola prenda en el piso, así que Victoria supuso que su marido no había tenido en consideración regresar de nuevo allí. La villa Gli Angeri era impresionante desde la mismísima entrada. Una carretera rodeada de vegetación te daba la bienvenida, seguida de cuatro grandes invernaderos y un pabellón de tamaño considerable. Se sintió tentada de preguntar qué era todo aquello, pero el orgullo le impidió pronunciar palabra alguna en voz alta.

—Gli Angeri fue construida para mis tatarabuelos, que eran señores de gran importancia en la ciudad de Milán. Es una de las construcciones con mayores metros cuadrados en terrenos y ajardinado que existen aquí. Mi padre reformó la estructura principal cuando yo era un niño, manteniendo la fachada enladrillada que tenía en su origen —explicó Lorenzo, sin apartar la vista de la carretera.

Alcanzaron una enorme mansión que, como bien había explicado Lorenzo, contaba con amplias columnas enladrilladas que la dotaban de un estilo arquitectónico más clásico que chocaba con una moderna estructura. Una imponente piscina dividida en dos se introducía en la casa a través de una cristalera que decoraba un lateral completo de la mansión. Sobre una pequeña terraza ornamentada de amplias tumbonas se alzaban unas extraordinarias escaleras que rodeaban la estructura hasta perderse de vista.

—¡Guau! —exclamó Victoria, impresionada.

Lorenzo sonrió ante su reacción.

Vicky alzó la vista y chocó con una figura oscura colocada tras la cristalera del alto de la mansión. Se quedó observándola unos instantes hasta que la mancha oscura desapareció detrás de unas cortinas blanquecinas.

—Ésa es la habitación de mis padres —aclaró, siguiendo la mirada de su mujer— no he vuelto a entrar en ella desde que con seis años mi padre me pilló trasteando entre sus pertenencias y me propinó quince azotes con el cinturón.

Victoria le miró consternada.

—No puedes hablar en serio...

Él asintió, mientras la atraía hacia su cuerpo.

—De eso hace demasiados años, cielo —aclaró.

Suspiró hondo y absorbió el aroma de los cabellos castaños de su mujer. Le encantaba aquel olor a almendras que siempre le caracterizaba.

—Odio estar mal contigo.

Ella le respondió apretando aún más el abrazo en el que se habían envuelto.

—Te prometo que estarás bien aquí y que no será mucho tiempo —dijo con poca convicción.

Ella asintió. También odiaba estar de malas maneras con él.

Mientras sacaban las maletas del monovolumen, Vicky volvió a divisar la silueta en el alto de la mansión, escondida entre las sombras.

—Aquí trabajan, o trabajaban antes por lo menos, dieciocho personas. Cuidan de la casa, de los jardines, se ocupan de la cocina, de la limpieza...

Lorenzo iba enumerando con detalle cada parte del personal.

—La que más tiempo lleva trabajando para mis padres es Antonella, que ahora se encarga de la cocina y antes se dedicaba al cuidado de los niños.

—¿Al cuidado de los niños? —repitió ella.

—Sí. Fue como una madre para nosotros. Nos despertaba cada mañana, nos hacía el desayuno, nos vestía, nos duchaba, nos llevaba al colegio, al parque, nos daba de cenar, nos arropaba por las noches... Prácticamente era a la única que veíamos en el día a día.

—¿Y tus padres?

—Los veíamos en algunas comidas o cenas especiales y en los periodos vacacionales.

Mi madre estaba bastante más presente que mi padre, pero prácticamente no veíamos a ninguno de los dos...

Victoria pensó que aquello era una de las cosas más tristes que podía pasarle a un niño pequeño. Entraron en la mansión por la puerta principal, que daba acceso al enorme salón. Un sofá de tamaño descomunal

atrapaba el ancho completo de la pared. Una pantalla que se acercaba más a un cine que a un televisor flotaba frente a él y entre ambos había colocada una isleta de cristal. El suelo estaba embaldosado y a su izquierda entraba dentro de la vivienda parte de la piscina del exterior, que era separada por la cristalera que había visto nada más llegar.

—Fue un capricho de mi padre... —explicó Lorenzo—, si te gusta, podemos construir una nosotros.

Vicky soltó una carcajada descomunal.

—Por ahora me conformaré con comprar una casa con jardín, ya hablaremos de las piscinas en un futuro...

Él agarró su mano y tiró de ella hacia unas escaleras de caracol que compartían el mismo decorado enladrillado que tenían las columnas del exterior de la casa.

—Deja las maletas aquí —le dijo, mientras subían hacia arriba—, ya le pediré a Matteo que nos las suba a la habitación.

—¿Matteo?

—Es el encargado de mantenimiento y otro de los empleados que más tiempo lleva en este lugar.

Mientras escuchaba aquellas palabras, pensó que jamás podría llegar a acostumbrarse a vivir en un lugar como aquel. Llegaron al dormitorio y Victoria se sorprendió al encontrar un espacio tan impersonal, aunque a su vez elegante, que no parecía pertenecer a nadie. Las paredes mantenían los mismos tonos apagados y clásicos que el resto de la vivienda, la ropa de cama era blanca e impoluta, los armarios empotrados pasaban desapercibidos y el único adorno que podría llegar a contar algo del huésped de aquel lugar era el pequeño piano de pared que sobresalía en una esquina de la habitación.

—Fue el primer piano que me compraron de niño y decidieron conservarlo tras mi marcha —explicó—, el resto de la habitación la reformaron por completo y..., bueno, mis pertenencias se marcharon conmigo, así que no queda nada de mi infancia en este lugar.

Vicky pensó en el dolor y sufrimiento que había sentido al descubrir la frialdad de Lorenzo cuando se conocieron. Su marido en aquel entonces era un hombre de hielo incapaz de amar o sentir o nada por otro ser y, después de descubrir la familia de la que provenía, sintió que de alguna manera estaba totalmente justificada la falta de sentimientos y empatía que tenía entonces.

—Luego quiero que conozcas a Antonella —dijo, por primera vez emocionado desde que habían entrado en aquel lugar—, estoy seguro de que te encantará.

—¿No vamos a saludar a tu madre?

—Ya nos ha visto al llegar, así que supongo que estará con nosotros a la hora de la comida.

Bajaron a la cocina y Lorenzo le presentó a una regordeta y simpática Antonella. A Victoria le sorprendió encontrar en ella la viva imagen de la alegría. La cocina era la típica clásica de baldosas amarillas y blancas y cortinas a juego. Vicky le calculó a la mujer unos cincuenta y muchos muy bien llevados, pues sus kilitos demás le dotaban de un rostro ovalado prácticamente sin arrugas visibles.

—¡Lorenzo! —gritó, nada más entraron en la cocina.

Antonella saltó a los brazos de él y se echó a llorar emocionada sobre su pecho. Era bajita, su cabeza no alcanzaba los hombros de él.

—¿Come non avvisi? —murmuró entre exagerados sollozos.

Victoria supuso que querría decir “¿cómo no has avisado?”.

Lorenzo atrapó su cara entre las yemas de sus dedos y le regaló un beso en la frente. A Vicky no le pasó desapercibido aquel gesto tan cariñoso e íntimo que no había tenido en el hospital cuando vio a su madre.

—Nani, ésta es mi mujer. Victoria.

Vicky se adelantó unos pasos y alargó su mano en forma de saludo, pero la mujer se acercó hasta ella y la estrechó dulcemente entre sus brazos.

—Incantata, Vittoria —le dijo alegremente.

Lorenzo se rió.

—Nani, es Victoria, no Vittoria —corrigió—, y no sabe hablar italiano.

—Perdona, Victoria —se disculpó con un exagerado y marcado acento.

—No pasa nada, Antonella —se apresuró—, puedes llamarme Vittoria si quieres.

La mujer les apremió a sentarse en la redonda mesa de la cocina mientras les preparaba un café. No dejó de hablar ni un solo segundo, cosa que Vicky agradeció enormemente. Por primera vez, en la familia de Lorenzo, alguien la hacía sentirse querida y valorada. Les sirvió el café y se sentó con ellos a tomar una taza caliente de té.

—Gracias por cuidar a mi bambino —le dijo emocionada.

Vicky se preguntó por qué nadie había invitado a aquella encantadora mujer a la boda y decidió anotárselo e investigarlo más adelante. Por alguna razón, sospechaba que a los padres de Lorenzo no les hubiese hecho ninguna gracia. En mitad de la animada tertulia, un joven de unos quince años de edad irrumpió en la cocina; parecía haber llegado hasta allí de una carrera, pues hiperventilada y no podía hablar. Se apoyó en sus rodillas y guardó silencio unos segundos mientras recuperaba el aliento.

—Éste es el nieto de Antonella, Leandro —explicó Lorenzo, permitiéndole al muchacho recuperarse del ejercicio.

—Lorenzo —dijo al fin, con la respiración aún agitada— la señora Alessandra ha pedido hablar con usted, señor.

—¡Leandro! —regañó Antonella poniéndose de pie de un salto—, saluda ahora mismo a la señorita Vittoria y no seas maleducado.

Después de pedir perdón agachando la cabeza, se acercó hasta Vicky y le agarró de la mano.

—Vittoria —dijo, mientras le besaba el dorso de la mano—, un placer conocer a la bella señorita.

Lorenzo saltó en carcajadas y Antonella comenzó a manotear exageradamente en el aire.

—¡Oh, il mio Dio! Este muchacho además de maleducado me salió descarado...

Lorenzo se acercó a su mujer la agarró por la cintura mientras la besaba con dureza en los labios.

—No tardaré en volver —prometió.

Vicky sonrió. Allí, con aquella mujer, se sentía a gusto.

—No te preocupes —le tranquilizó, mientras volvía a sentarse en la mesa de la cocina.

Nada más marcharse Lorenzo, Leandro besó a su abuela y se despidió de Victoria.

—Quédate y come algo, que estás muy delgado y así no puedes trabajar.

—Hoy no puedo quedarme, nonna —respondió él—, el águila no quita ojo de la ventana y si ve que me quedó aquí me volverá a castigar.

—Espérate ahí un segundo —instó Antonella.

Corrió a la nevera y sacó una bolsa de embutido de mortadela. Partió un pan de hogaza y preparó un bocadillo con la destreza y la rapidez de quien lleva demasiados años en la cocina. Lo envolvió en una servilleta de papel y se lo dio a su nieto, que esperaba impaciente en el umbral de la puerta para echar a correr.

—¿El águila? —repitió Vicky, mientras se abanicaba con una revista que había encontrado encima de la mesa.

—Aquí siempre hace calor, bella. Una con los años termina acostumbrándose a estar entre fogones todo el día... —murmuró mientras rebuscaba en un cajón y sacaba un abanico desgastado por el uso—, toma, aquí tienes.

Vicky lo aceptó y agradeció el detalle.

—¿Quién es el águila? —repitió, intrigada.

—La señora Alessandra —le contó Antonella—, aquí todos los trabajadores la llaman así. Se pasa los días asomada en esa ventana, día y noche, vigilando todo y a todos.

Vicky rememoró la imagen de su suegra asomada en lo alto de la cristalera de la mansión.

—¿Por qué ha dicho Leandro que le volverá a castigar?

—La mia bella... Esa mujer tiene el corazón de hielo. Ni si quiera a sus hijos los quiso, ¡cómo imaginar

que tratará al resto de nosotros...!

Victoria agudizó sus sentidos y concentró toda su atención en el mal español de la mujer; pues le costaba entender aquello que quería expresar.

—Hace unos días, mi Leandro fue llamado por Alessandra mientras se encontraba limpiando las cuadras. Llovía muchísimo y el establo no termina de estar cerrado del todo, así que mi bambino se dirigió a la casa hasta arriba de barro. Dejó las botas embarradas y el chubasquero en la entrada y cuando llegó al despacho doña Alessandra estaba reunida con un señor trajeado. Salió corriendo de la habitación agarrando a mi Leandro por la oreja y echándolo a la calle —Antonella, indignada, meneó la cabeza en gesto negativo mientras le relataba lo sucedido—. Le gritó de todo y le dijo que le había avergonzado, que cómo se atrevía a entrar descalzo y embarrado...

—¡Madre mía! —suspiró Vicky—. Esa mujer es peor de lo que imaginaba.

—La cosa no terminó ahí —continuó la mujer—. Leandro regresó para terminar las cuadras de los caballos y la señora llamó a Matteo y le pidió que cerrase con candado todas las puertas externas del establo. Matteo me dijo que le pareció realmente extraño porque cuando la señorita Alessia está en Gli Angeri nunca se deja cerrado el establo para que tenga total disponibilidad a él. Matteo cerró las puertas pensando que nadie quedaba allí y mi Leandro tuvo que dormir en las cuadras... ¡Con la lluvia y el viento que hizo aquella noche! —exclamó, indignada—. No fue hasta entrada la primera hora de la mañana cuando llegué a la casa y comencé a buscarlo. Su madre me había avisado de madrugada de que el muchacho no había regresado, así que sabía que tenía que haber pasado la noche aquí. Lo encontré durmiendo con los caballos.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó, tapándose la boca con la mano para ahogar un grito de horror—. ¡Esa mujer es el diablo!

Antonella asintió.

—No hay nada bueno en ella.

Capítulo 13

Victoria se sentó en el borde de la cama y se apretó el estómago fuertemente con las manos. Escuchó cómo sus intestinos rugían con ferocidad y sintió el tiramisú que Antonella le había preparado de aperitivo subiéndole por la garganta. Procuró controlar la respiración y las náuseas que sentía, pero una serie de arcadas la atacó en el último momento y tuvo que correr hasta el retrete para no vomitar el suelo. Lorenzo entraba en aquel mismo instante en la habitación con un rostro más pálido aún que el de su mujer.

Le agarró el pelo mientras echaba todo el tiramisú en el inodoro y después la llevó hasta la cama.

—¿Qué es lo que te ha dado nani de comer? —bromeó—, ¿cianuro?

Vicky sonrió débilmente. Tenía los ojos enrojecidos del esfuerzo y la frente sudorosa.

—Creo que el tiramisú no me ha sentado bien.

—Le diré a mi madre que mejor dejamos la comida para otro momento.

Ella negó con la cabeza, pero él insistió.

Desapareció unos instantes del dormitorio y después de avisar a Matteo de que no bajarían al comedor, regresó.

—Ahora vamos a preocuparnos por ti —ronroneó, mientras le quitaba los zapatos con voz seductora—, no puedo permitir que mi preciosa mujer enferme y no estar para ocuparme de ella —continuó, mientras tiraba de sus pantalones.

Vicky sonrió tiernamente en el mismo instante en el que otra serie de arcadas y náuseas tomaban el control de su cuerpo. Descalza y en braguitas, corrió al baño y vomitó de nuevo.

—Creo que tendremos que llamar al médico —dijo Lorenzo, preocupado.

Ella negó.

—Es por el cambio de horario y de comida —explicó—, creo que se me pasará.

Corrieron las cortinas y se metieron en la cama. Un poco de sueño tal vez fuese suficiente para recuperarse de tanto viaje y ajeteo. Vicky no tardó más de dos minutos en quedarse dormida hecha un ovillo sobre el pecho de su marido, y Lorenzo, con la cabeza a mil vueltas por segundo, se quedó despierto con la mirada clavada en la oscuridad del techo de la habitación.

Su madre le había enseñado el testamento que su padre había redactado unos meses antes de sufrir el infarto y, para su sorpresa, no solo dejaba la dirección de la empresa a su cargo, si no el porcentaje más alto de acciones e inversiones que tenía a su nombre. Sabía que Luka no había estado demasiado presente los últimos años y que su padre era de la vieja escuela y no iba a dejarle la parte mayoritaria a Alessia, pero aún así, le parecía demasiado pronto para la redacción de un testamento semejante y de la toma de aquellas decisiones tan importantes hacia el futuro. «Ahora que Filippo está enfermo, es tu responsabilidad hacerte cargo y tomar las riendas de todo lo que tenemos», le había dicho su madre, «ya eres lo suficientemente adulto para manejar la situación». Aquello conllevaría, con probabilidad, el tener que trasladarse a Milán a

vivir y sabía de buena mano que Victoria no iba a dejar su querida Madrid de buenas a primeras.

Tardó dos horas en despertarse y para entonces el cielo italiano había cogido un color anaranjado digno de cualquier atardecer de película. Lorenzo, que parecía no haber conseguido conciliar el sueño, se había dedicado a ordenar las maletas y el equipaje.

Le esperaba despierto, sentado junto a ella, con el maletín que había encontrado en el piso de Milán.

—¿De dónde has sacado esto? —preguntó muy serio.

Vicky pensó que aquel era un buen momento para ser tragada por la tierra o abducida por los extraterrestres. Había metido el maletín entre el resto del equipaje para investigarlo un poquito más allá, pero no se había parado a imaginar qué podía contarle a Lorenzo si por casualidad daba con él... Desde luego, parecía estar metida en un grave lío.

—Lo encontré en el piso —explicó— creí que podría ser importante. Tal vez era algo relacionado con el trabajo, así que lo bajé con el resto del equipaje.

—¿Lo encontraste en el piso? —repitió él.

—Exacto.

Lorenzo arqueó las cejas e insistió.

—¿Dónde lo encontraste?

Victoria sintió que si pronunciaba una sola mentira más en voz alta, terminaría desmayándose del malestar. Desde luego, no había nacido para engañar a nadie.

—Bueno, lo encontré por casualidad —se corrigió—, estaba debajo del armario del dormitorio...

—Y pensaste que la mejor idea era sacarlo de allí sin consultarme nada antes —

sentenció con dureza.

—Bueno... —repitió, intentando defenderse—, creí que podría ser algo importante y sentí curiosidad.

Se acercó a Lorenzo y notó como éste, tenso, se apartaba de ella.

—Con todo lo que ha pasado con Filippo pensé que no era el mejor momento para preguntar nada... Teníamos otros asuntos más serios que tratar.

Lorenzo se tapó el rostro con las manos y resopló.

—¿Qué ocurre? —preguntó Victoria, que por segundos estaba más asustada.

¿Qué narices contenía aquel maletín para que su marido hubiese reaccionado de aquella manera?

—Tenía que haberme deshecho de él hace mucho tiempo, pero ni siquiera lo recordaba... No creí que fueras a encontrarlo tú.

Ella le acarició la espalda con ternura.

—¿Me cuentas qué ocurre?

Él negó.

—No es nada.

—¿Qué hay en ese maletín, Lorenzo? —instó.

—No te gustará....

Vicky sintió la angustia apoderarse de su estómago. ¿Qué podía ser tan horrible?

—Cuéntame. No me enfadaré contigo, cariño.

Él introdujo una clave numérica que Victoria no fue capaz de detectar y abrió el maletín. Lo colocó encima de la cama para que ella pudiese inspeccionarlo: esposas, cinta adhesiva, bridas, unas extrañas pinzas, látigos, fustas...

—Es un maletín de juegos. Desde que te conocí no he vuelto a utilizarlo pero...

—¿Qué narices hacías con todo esto? —preguntó, incrédula.

¡Pero qué era todo aquello! Victoria se imaginó a su marido secuestrando gente y torturándola hasta la muerte, en plan asesino en serie. Tuvo que reprimir una risita para no restarle seriedad al asunto.

—Jugar con mujeres —declaró.

Vicky pegó un respingó en la cama, asombrada. Alargó la mano y agarró el mango de una fusta que elevó en el aire con parsimonia.

—Torturar mujeres, querrás decir.

Él negó con un movimiento de cabeza, muy serio.

—¿Entonces ellas te torturaban a ti?

Volvió a negar.

—Jugaba con ellas, y disfrutábamos.

Vicky sintió el nudo de su estómago apretándose cada vez más.

—Disfrutábamos... —repitió ella en un susurro—. ¿Lo hacías con Laila?

Él le miró a los ojos, seguramente preguntándose si debía mentir o no.

—Sí —admitió— pero también con otras muchas mujeres.

Vicky soltó la fusta como si hubiese sentido un calambrazo y observó con desprecio el maletín. Sabía que su marido había probado muchas cosas, pero jamás había llegado a imaginarle como un sádico... Suspiró hondo recordó la escena sexual entre él y Laila que había presenciado en el hotel de Bilbao cuando tan solo se estaban conociendo.

Recordó la dureza con la que le penetraba, la fuerza con la que la sujetaba y tiraba de la barbie asquerosa aquella. Lorenzo jamás se había comportado así con ella en la cama.

—Quiero probarlo —soltó a bocajarro.

Ni siquiera estaba muy segura de querer someterse al maletín de las torturas, pero sentía curiosidad por saber qué era lo que había hecho su marido con aquellas otras mujeres.

—No te gustará, Vicky —advirtió él.

—Entonces haz que me guste —respondió muy seria.

Él la miró fijamente a los ojos, preguntándose si realmente estaba hablando en serio.

—Está bien —dijo, al fin—, si es lo que quieres, lo probaremos.

Se acercó a ella y le besó con delicadeza la frente.

—Pero no te gustará.

Ella sonrió.

—Lo quiero probar ahora —dijo, mientras se quitaba la parte de arriba del pijama para dejar sus pechos al descubierto—, quiero hacerlo ahora.

Él la miró con detenimiento, preguntándose de dónde narices habría salido aquella belleza de mujer y qué era lo que había hecho en la vida para merecerla. Victoria se acercó hasta él y lo rodeó con los brazos

desde atrás, apretando los senos contra los músculos de su espalda. Le dio un húmedo y largo beso en el cuello y le apremió a quitarse la camiseta.

Él le sujeto los brazos y tiró de ella hasta tumbarla en la cama, bocarriba.

—Esto no se juega así —le dijo, completamente excitado—, tienes que estar muy quieta y ser una chica muy buena si no quieres que te castigue...

Ella sonrió, divertida.

—¿Me vas a castigar? —preguntó con voz de niña inocente—. ¿Cómo me vas a castigar?

Él tiró de ella y la colocó boca abajo. Pasó la yema de su dedo por su espalda

desnuda, recorriendo sin prisas su marcada columna vertebral. Se detuvo al alcanzar sus pantaloncitos de pijama y se los arrancó de un tirón. Vicky se sobresaltó, un poco sorprendida por la brusquedad de sus actos, pero se mantuvo inmóvil en la cama.

—Te voy a castigar de muchas maneras si no te portas bien.

Ella soltó una risita juguetona y él le respondió con un seco azote en su nalga. Ahogó un gemido de dolor y evitó llevarse la mano al trasero para masajearle el lugar donde le había propinado el azote. No había sido un golpe ligero, pero tenía que admitir que le había excitado. Lorenzo tiró de su tanga de encaje mientras se tumbaba sobre ella.

—Vas a estar muy calladita —le dijo en un susurro—, y no vas a moverte más que cuando yo te lo diga.

—¿Cómo vas a conseguir que me quede quietecita? —bromeó ella—, ¿para eso son las bridas?

Él sonrió con picardía.

—No tienes ni idea de para qué son las bridas.

Se levantó de la cama y se dirigió al armario empotrado de la habitación. Sacó de uno de los cajones la corbata azul que Victoria le había regalado el mes pasado para desearle suerte en una importante reunión con una empresa japonesa. Se dirigió a la cama mientras tiraba de ella y sonreía pícaramente.

—Ponte de rodillas y estira las manos hacia mí.

Ella obedeció, sumisa.

Lorenzo, con agilidad, procedió a atarle las manos con un veloz nudo de corbata.

Victoria, excitada, pasó sus brazos por encima de su cabeza y los colocó sobre los hombros de su marido.

—Me gusta jugar —le dijo, encantada con la situación.

Él se apartó, retirando sus brazos y tirándola contra el colchón.

—Si no te estás quieta, te ato al cabezal.

Ella sonrió, juguetona.

—Claro, señor Moretti...

Lorenzo se tumbó sobre ella y le pellizcó primero un pezón y después el otro. Observó cómo su mujer gemía y se retorció sobre el colchón y se preguntó si la situación estaba resultando demasiado dolorosa o ruda para ella. La miró con detenimiento; parecía tan excitada como lo estaba él.

Volteó y dobló su cuerpo contra la cama, dejando su trasero alzado y a la vista mientras

que sus pequeños pechos rozaban las sábanas. Apretó con fuerzas su nalga derecha, la masajeó y después la azotó con un golpe fuerte y seco. Vicky tuvo que morder la almohada para ahogar un grito de dolor. Notó la mano de Lorenzo acariciando con apremio su sexo ya húmedo y dispuesto a recibirle y, sin demorarse demasiado, procedió a penetrarla con una enérgica embestida. Sintió cómo el duro y grande miembro de su marido la llenaba por completo hasta hacer temblar sus entrañas. La excitación y el calor que sentía comenzaban a aumentar descontroladamente junto con las feroces embestidas de él. Sintió otro fuerte azote en la misma nalga y no pudo evitar un pequeño aullido. Lorenzo se detuvo en seco y, sin salir de su interior, agarró sus manos y las enganchó en el cabezal. Vicky, arrodillada, sentía cómo todo su cuerpo estaba expuesto a las travesuras de él. Se sintió, por unos instantes, débil y expuesta, hasta que el fuerte ritmo de embestidas se reanudó haciéndola olvidar cualquier pensamiento posible. Lorenzo rodeó con sus manos la espalda de su mujer, apoyando todo el peso de su cuerpo contra ella y apretando fuertemente sus pequeños pechos mientras continuaba entrando y saliendo de ella una y otra vez, una y otra vez, sin detenerse, sintiendo cómo el placer llenaba todo su cuerpo y el éxtasis le invadía.

Vicky dejó que le soltase las muñecas con suavidad y que le masajease la rojez que sentía en su nalga derecha. Su marido la observó con una media sonrisa y aquellos ojos azules capaces de derretir a cualquier mujer.

—¿Te ha gustado? —preguntó él, inseguro.

—Sí —admitió ella—, no ha estado mal.

Él se acercó hasta ella y le besó con dulzura la punta de la nariz.

—Te quiero con locura —confesó, con los ojos azules encharcados.

—Yo también a ti.

Capítulo 14

Pensó que por mucho tiempo que pasase, había cosas que nunca cambiaban ni terminarían de cambiar en aquel lugar. Soltó las maletas en la entrada de la casa, junto a las tumbonas de la piscina, y se dirigió, como si fuese lo más natural, corriendo hasta la cocina.

—¡Nani! —gritó.

Antonella soltó el cazo con el que estaba removiendo el cocido y se giró asombrada.

«¡No podía ser cierto!» , pensó.

—¿Luka? ¿Mi bambino Luka?

Antonella abrazó a su niño pequeño con emoción. Hacía tantísimos años que no le veía que sentía que aquel día un milagro se había obrado en la tierra... Le dio las gracias a Dios por haberlo llevado hasta ella y haber juntado a su familia una vez más. Aunque no compartían la misma sangre, Antonella los había querido y cuidado como si fueran hijos suyos de verdad.

—Te he echado tanto de menos, mi piccolo...

Él sonrió, feliz. También la había echado mucho de menos.

Lorenzo y Victoria, que habían visto el taxi llegar hasta la casa, habían bajado de su habitación para recibirle. Se pararon en la puerta de la cocina, abrazados, sonriendo los dos, contemplando aquella tierna escena que estaba teniendo lugar en aquel instante.

—¡Hermano! —saludó Luka, que parecía tener muy buen aspecto a pesar de las horas de viaje que había tenido que soportar.

Lorenzo le propinó unas palmaditas en la espalda y Victoria se acercó para abrazarle.

—¡Hermanita! —bromeó con cariño Luka.

—Ella es Sarah —dijo Antonella, señalando a una joven que hasta entonces había pasado desapercibida en un rincón de la cocina—. Y la niña bonita que la acompaña se llama Valentina.

Todos los presentes se giraron para inspeccionar a la joven, que había levantado la mano en forma de saludo y se mantenía silenciosa y tímida en una esquina de la cocina.

—Es su primer día aquí—explicó Antonella—. Como veníais todos a la casa la señora la ha contratado para unas semanas.

Vicky sonrió y le guiñó el ojo a la niña pequeña que, supuso, sería la hija de Sarah.

—Encantada de conoceros —dijo, intentando romper el hielo—. ¿Cuántos años tienes, Valentina?

La pequeña estiró la mano y le mostró cuatro dedos.

—¡Guau! —exclamó—. Cuatro años son muchos años...

La niña sonrió divertida y se apretó contra su madre. A Vicky no le pasó desapercibido el gesto de preocupación y de ansiedad que delataba su semblante.

—¿Qué ocurre? —preguntó extrañada.

Tanto Lorenzo como Luka se giraron hacia ella sin comprender la pregunta, pero Antonella resopló y respondió con rapidez:

—La señora ha dejado bien claro que la niña no podía venir aquí —explicó—, pero el trabajo le ha salido tan rápido que Sarah no ha encontrado con quién dejar a la criatura hoy.

—Necesito el dinero y no sé...

—No pasa nada, Sarah —le cortó Luka—, nosotros no diremos una sola palabra.

Ella sonrió, agradecida.

Vicky observó el gesto de terror que expresaba la joven y sintió un punzante odio hacia su suegra. Odiaba estar en aquel lugar y odiaba el menosprecio con el que el águila podía llegar a tratar a los demás.

—Ahora, sentaros todos a la mesa mientras termino de preparar la cena y contarme con detalle todo lo que habéis estado haciendo —pidió Antonella—. Sobre todo, tú, señorito—añadió, señalando con el dedo índice a Luka—, que no has venido a darme un beso en los últimos tres años...

Aquella noche, mientras cenaban con Alessandra en el comedor principal de la casa, Victoria se alegró de ver tan unidos a los dos hermanos. Pero aquella bonanza no era capaz de solapar la angustia que se retorció en su interior. Lorenzo le había dicho que la mañana siguiente tendría que acudir a las oficinas centrales con su hermano para ayudar en la dirección a su hermana Alessia, que también estaba en Milán, y enseñarle las instalaciones a su hermano pequeño. Le había hablado de la herencia que iba a caerle de su padre, aunque no había especificado muy bien en cuánto iba a afectarles a ellos.

Con la incertidumbre del qué iba a ser de ella en aquel lugar, cerró los ojos y se despidió de su primer día en Gli Angeris.

Capítulo 15

Cuando se despertó, las arcadas y las náuseas habían regresado. Algo en su interior no estaba bien y Victoria sintió cómo la enfermedad crecía en ella. Debía de haber cogido algún virus en el avión y al parecer, ya estaba campando a sus anchas y haciendo travesuras en su organismo.

Te voy a echar de menos.

No olvides lo mucho que te quiero,

Lorenzo

Releyó la nota de su marido; ella también iba a echarle mucho de menos. Los últimos meses habían pasado tantísimo tiempo juntos que no estaba acostumbrada a separarse de él. Era algo nuevo, extraño y casi doloroso.

Sintió otra oleada de arcadas todavía peor que la anterior y corrió hasta el baño, sin poder contenerse, para echar lo poco que su estómago contenía en el inodoro. Le gustase o no, tendría que llamar a un médico. Seguramente se tratase de una indigestión, pues era bastante propensa a sufrirlas.

Se dirigió al lavabo para enjuagarse la boca y una sonrisa de oreja a oreja afloró; Lorenzo le había dejado otra nota allí.

Estoy deseando torturarte con todo

lo que hay en el maletín.

Te quiero,

Lorenzo

P.D: me encanta esta corbata. Creo que

me dará buena suerte.

Sonrió al pensar en aquella corbata y las travesuras que habían hecho con ella...

Se sentó en la cama con el estómago hecho un asco y pensó que podía aprovechar aquel momento para llamar a Samara. Sabía que también tenía que hablar con Luka, pero

hasta entonces había sido imposible encontrarle a solas. O había estado pegado a Antonella, o no se había separado de Lorenzo. Pensó que el estilo de conversación que tenía pendiente con él no era apropiado para mantener en presencia de nadie. Marcó el número de la brasileña y pensó en la terrible factura que le estaría por llegar.

—¿Vicky?

Su voz sonaba muchísimo más calmada.

—¡Samy! —exclamó con entusiasmo, intentando contagiarla la alegría—, ¿estás mejor?

Rezó porque así fuera.

—No lo sé —confesó—, si me preguntas si he dejado de llorar, pues sí. Pero no sé si estoy bien.

Vicky escuchó un suspiro lento y supo que se estaba conteniendo.

—Pero le echo de menos y me siento perdida.

Podía entenderla perfectamente. Ella también se había sentido así con Lorenzo y, si debía ser sincera, en aquel instante estaba aguantando todo aquello por no volver a pasar aquel mal trago. Si algo le faltaba a Victoria Román era valentía.

—Tienes que ser fuerte y aguantar, ya verás cómo todo se soluciona.

—No lo sé, Vicky... Algo en mi interior me dice que no...

Se quedó pausada unos instantes y añadió:

—¿Qué tal está Filippo?, ¿mejor?

—Creo que la cosa va para largo. Lo tienen entubado en el hospital y, según nos ha contado Alessandra, aún no hay un diagnóstico definitivo.

Samara se echó a llorar sin poder contener las ganas un solo segundo más.

—Hasta que ese viejo no se recupere o se muera de una vez, Luka no volverá....

—Cálmate y no digas esas cosas, Samy... —le pidió, horrorizada.

No quería ni pensar en algo semejante.

Sopesó aquellas palabras con detenimiento y algo en su interior le dijo que la brasileña estaba totalmente equivocada. Luka ni si quiera había ido a visitar a su padre, seguramente porque el rencor que sentía hacia él aún no había terminado de sanar.

Luka, en realidad, había vuelto a casa. Nada más. Pensar en el motivo de aquel acto podía llegar a parecer incluso absurdo; tal vez porque echaba de menos su tierra, quizás porque había madurado. Tan solo él lo sabría.

Mientras la escuchaba llorar al otro lado de la línea, se preguntó si debía o no

contárselo. Pensó que si ella se encontrase en su situación, le gustaría encontrar a una persona franca y con la verdad por delante; igual que Alessia le había puesto las cartas sobre la mesa cuando conoció a Lorenzo.

—Creo que Luka no ha vuelto a Italia por su padre —confesó.

Guardó silencio para examinar la reacción de Samara. Continuaba llorando desconsoladamente, sin prestarla ninguna atención.

—Samy, llama a alguna amiga y márchate con ella unos días —le aconsejó, mientras escuchaba el sollozo intermitente al otro lado de la línea—, no puedes estar sola en ese estado.

—Le..., les..., les he pedido a mis padres —comenzó a tartamudear— el dinero... el dine, dinero..., para ir a Italia.

Vicky se quedó estupefacta. ¿Qué estaba dispuesta a hacer aquella mujer por Luka? Se notaba que le amaba con todo el corazón.

—Vale, ahora cálmate y piensa las cosas con la cabeza. Tienes que estar calmada si quieres solucionar algo. ¿Crees que vas a mejorar las cosas viniendo hasta aquí? Ni si quiera eres consciente de la situación que hay ahora mismo en Gli Angeri.

—¿Gli Angeri? —repitió la brasileña.

—Samy, solo llevo un día en esta casa y quiero salir corriendo para no volver —le contó—. Alessandra es horrible y los chicos, intuyo, no pasarán mucho tiempo por aquí...

—¿Luka no está allí?

Victoria guardó silencio, consciente de la importancia de las palabras que acababa de pronunciar. Con total seguridad, Samara no conocía los deseos de su novio de reincorporarse en la plantilla de la

empresa.

—Sí, está aquí. Pero ahora mismo ha ido a las oficinas de la sede de Milán con Lorenzo.

—¿Para qué? —preguntó sorprendida.

Victoria pensó que, al menos, había dejado de llorar.

—Se va a incorporar en la empresa. Lorenzo le está enseñando...

—¿Cómo? —repitió, incrédula—. ¡Eso no puede ser! ¡Él odia todo aquello!

—Pues sí, Samy. Parece ser que así es —murmuró en voz baja.

Aquella situación tampoco estaba resultando sencilla para ella.

—Alessia estaba encargándose de todo hasta que hemos llegado, pero alguien tiene que regresar a España y la dirección de Milán no puede quedarse vacía —se explicó Vicky

—. Hemos tenido que suspender nuestra luna de miel, así que, ¡qué puedo decirte yo...!

Lorenzo se ha marchado a trabajar con Luka.

—Luka odia esa empresa —repitió Samara.

A Victoria le pareció que lo decía para sí misma.

—Pues parece que es su deseo regresar...

No quería hacerla sufrir, pero había tomado la decisión de ser sincera con ella y, a pesar de la dureza que podrían implicar sus palabras, sería franca hasta el final.

—Tengo que ir, Victoria —dijo, conmovida—, si no voy a buscarle, creo que éste será el final.

—Samy, escúchame —respondió seriamente—, si pudiese marcharme de aquí, saldría corriendo ahora mismo. Esto es el infierno.

—¿Y por qué no te marchas?

«Buena pregunta», pensó Victoria. ¿Por qué no se marchaba?, ¿por qué no le decía a Lorenzo que no soportaba aquella situación?

—Estoy aguantando esto por él —confesó.

—Te aseguro que si cojo un avión hasta allí, será por él, no por mí.

Colgó el teléfono y se quedó pensativa en la cama. Sentía el estómago, aún, revuelto y las náuseas no se habían detenido. Tenía tantos pensamientos en la cabeza..., que no sabía cómo ordenarlos. Una cosa sí estaba clara: allí no iba a quedarse. No por mucho tiempo, al menos.

Se dio una ducha rápida y se vistió con los vaqueros más cómodos que tenía en el armario. Se había tomado su tiempo en secarse el pelo y arreglarse porque sentía un extraño pánico a abandonar la habitación. ¿Y si se cruzaba con el águila? Aquella no era su casa y la madre de Lorenzo había dejado bien claro que de ninguna manera era bienvenida. Dadas las circunstancias, decidió que lo mejor que podía hacer para pasar el rato era visitar a Antonella.

Bajó las escaleras hacia la cocina en sigilo, procurando no hacer ningún ruido que llamase la atención. Antes si quiera de alcanzar la puerta, el intenso olor a tomate casero inundó sus fosas nasales.

—Buenos días —saludó al entrar.

Efectivamente, Antonella estaba agitando un enorme puchero de tomate mientras la pequeña Valentina dibujaba en la mesa de la cocina.

—¿Come stai, bella? —preguntó alegre— ¿qué desayuas, Vittoria?

Recordó las náuseas y el sabor a vómito de hacía unas horas y negó con la cabeza.

—Creo que no voy a desayunar, pero gracias —dijo, mientras tomaba asiento junto a la niña.

—No puedes quedarte sin desayunar —le reprendió Antonella—, eso no es bueno.

Vicky se masajeó el estómago, pensativa, mientras observaba la casa que la pequeña estaba dibujando. Se parecía bastante a la mansión de Gli Angeris y supuso que de ella había adquirido la inspiración.

—Es preciosa —le dijo con ternura.

La pequeña alzó la mirada del folio y le respondió con una sonrisa.

—Vittoria, tienes que desayunar algo —insistió Antonella.

—Está bien. ¿Una manzanilla? —preguntó, mientras se masajeaba el estómago con un gesto de dolor.

—¿Te duele el estómago?

Ella asintió.

—Los cambios de horario son horribles. Odio el Jet lag.

Antonella soltó la cuchara en el puchero y se colocó tras la espalda de Vittoria.

—¿Seguro que es el jet lag? —preguntó, mientras le masajeaba los hombros cariñosamente.

Vicky dudó.

—Quizás algo que haya comido —supuso—, siempre he tenido un estómago muy delicado y quejica.

Antonella, pensativa, se dirigió a un armario y sacó una bolsita de té que Vittoria supuso que sería manzanilla.

—Recuerdo que en mi primer embarazo no era capaz de pasar cinco horas seguidas sin vomitar —le contó, mientras ponía agua a hervir—, siempre necesitaba estar cerca de un servicio y no aguantaba los olores fuertes ni la carne.

—Tuvo que ser un embarazo horrible —apuntó Vicky.

—Desde luego querida...

Antonella sonrió, se volvió a acercarse hasta ella y le acarició la barriga.

—Ya me contarás —dijo con convicción y una sonrisa lateral.

Victoria soltó una enorme carcajada que distrajo a la pequeña de la pintura.

—No estoy embarazada, Antonella. Simplemente, algo me ha sentado mal.

Ella no respondió.

Sirvió una taza de agua hirviendo, colocó en su interior la bolsita y la dejó frente a ella.

—Estoy segura de que no estoy embarazada —repitió, cada vez menos convencida.

Capítulo 16

Escuchó un murmullo y unos pies arrastrándose en la habitación, pero se sentía tan cansada que fue incapaz de abrir los ojos para comprobar de qué se trataba.

Simplemente, optó por ignorar el sonido, mantenerse en aquella posición tan cómoda y continuar abrazando el sueño. Ignoró un golpe seco, unos pies arrastrándose y el armario cerrándose de golpe. Era Lorenzo, había regresado ya. Observó el despertador de la mesilla y se percató de que eran más de la una de la madrugada. ¿Dónde narices había estado su marido hasta entonces?

Había terminado de desvelarse, pero estaba demasiado enfadada para hablar con él, así que optó por continuar fingiendo estar dormida. Notó su cuerpo hundir el colchón a su derecha y su mano fría pasar por encima de su cadera.

—Cariño, te he echado mucho de menos —susurró en voz baja.

No contestó.

Llevaba todo el día sola, encerrada en aquella horrible habitación. Exceptuando el buen rato que había pasado con Antonella y Valentina por la mañana, no había vuelto a salir del cobijo de aquellas cuatro paredes. Sabía de sobra que el águila había estado al acecho y había decidido evitar cruzarse con ella. Leandro le había llevado un solomillo con patatas y guarnición de verdura a la habitación y se había encargado de llevarse en plato de vuelta más tarde. No había cenado, pues el solomillo también había terminado fuera de su estómago, flotando en el agua del inodoro.

—Vicky... —insistió entre susurros.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó sin girarse.

Lorenzo, complacido, le acarició el cabello.

—Trabajar —respondió de inmediato—, estoy agotado.

—¿Has estado trabajando hasta ahora? —contraatacó—, no sé cómo esperas que me crea eso...

Él le apartó el cabello y le besó con suavidad la nuca. Victoria adoraba aquel tierno gesto; era su beso habitual de “buenas noches” cuando se acomodaban para dormir.

—He estado tomando algo con Luka —le contó—. Necesitaba hablar con alguien y no he sabido decirle que no.

—No me has mandado ni un solo mensaje.

—Creí que aquí estarías bien, así que me he despreocupado.

Victoria suspiró hondo y se giró, enfadada, para poder mirarle aquellos ojos azules.

—Tú ya sabías dónde estaba, pero yo no. No tenía ni idea de dónde estabas ni qué estabas haciendo. Yo sí estaba preocupada.

Lorenzo le besó la nariz juguetonamente.

—¿No vas a disculparte? —instó.

Olía a cerveza rancia y tuvo que concentrarse para retener una arcada y no vomitar de nuevo. Aquel olor era espantoso... ¿Dónde había estado metido su marido? Sintió cómo otro ataque de arcadas ascendía por su garganta y corrió hasta el baño.

Lorenzo encendió las luces de la habitación y se acercó a ella. No sabía qué podía pasarle a su mujer, pero algo estaba mal.

—Tenemos que llamar a un médico —dijo, mientras le sujetaba el cabello y le acariciaba la espalda—, estoy preocupado por ti.

Echó todo lo que su estómago contenía, que era poco más que bilis. Se sentó en la tapa del inodoro procurando recuperar las fuerzas.

—Creo que se me pasará...

—¿Podemos llamar a un médico? —insistió de nuevo con voz exasperada.

Parecía realmente preocupado por ella.

—Por favor —suplicó.

—Está bien —dijo, al final—, pero tienes que meterte en la ducha ahora mismo, cielo.

Hueles fatal...

Él se acercó a ella con una sonrisa traviesa de niño pequeño.

—¿Qué huelo fatal, dices? —preguntó, mientras alzaba uno de sus mechones de pelo

—. Creo que no te has visto.

Vicky agarró el mechón y lo inspeccionó: estaba pegajoso y mojado. Vomitado.

—¡Venga, a la ducha los dos!

Se colocó frente a su mujer y la observó detenidamente. Estaba preocupado por ella, por su estado. Sabía que no quería estar en aquel lugar, que estaba sufriendo con todo lo sucedido y que nadie en su vida había sido capaz de regalarle tal amor incondicional. Estar en Milán le había hecho recordar demasiados sentimientos y sensaciones del pasado, algunos buenos y otros malos. Le había hecho extrañar sus noches de desenfreno y libertad, sus excesos en todo. Pero también le había recordado que Victoria era lo único que merecía la pena y le hacía ser feliz. Y a pesar de todo, aún sabiendo qué opinaba ella de aquel lugar, no podía marcharse. No podía, ni debía, eludir sus responsabilidades.

Le besó la punta de la nariz y le sacó la camiseta de pijama por la cabeza lentamente.

Ella, inmóvil, frente a él, colaboró dejando que sus pantalones de corazoncitos cayeran al suelo. Desnuda, inmersa en sus ojos, en silencio, repitió el gesto de su marido, le quitó la camiseta y bajó sus pantalones, dejándolos caer. El aupó en sus brazos y ella enroscó las piernas en su cadera, mientras una sonrisa tonta afloraba en sus labios.

Lorenzo se metió en la ducha sin soltarla y encendió los grifos.

—¡Ouch! —exclamó Victoria cuando sintió el agua helada recorriéndole la espalda.

Esperaron a que el agua se calentase y se introdujeron bajo el chorro templado. Él la bajó al suelo con suavidad y ella rodeó su cuello con los brazos mientras aprisionaba sus labios en un beso mordaz. Se apartó un paso para poder observar el cuerpo de su mujer que se encogía bajo el agua caliente. Posó las manos en sus pechos y dejó que éstas descendieran suavemente hasta llegar a sus caderas, donde se detuvo para rodearlas y alcanzar sus perfectas nalgas. Apretó ambas con dureza y tiró del cuerpo de ella para acercarlo hasta él. Notó su miembro, duro, y las ansias por penetrarla aumentaron. Se tomó su tiempo, procurando aguantar el impulso por hacerla suya, y descendió la mano hasta su húmedo sexo. Vicky echó la cabeza atrás mientras se mordía los labios y jadeó. Lorenzo aprisionó entre los dedos su clítoris y lo pellizcó, mientras observaba a su mujer gemir excitada. Se agachó lentamente, seduciéndola con una escalera de besos que bajaba hasta su monte de Venus y se detuvo unos segundos para inspeccionar el gesto de placer que su mujer expresaba. Introdujo una mano entre sus muslos y separó sus piernas, dejando hueco para colocarse bajo ella. Deslizó su lengua entre sus húmedos e hinchados labios vaginales mientras escuchaba de fondo el jadeo ronco de su respiración. Atrapó su clítoris, lo succionó y lo mordió suavemente.

Notó las piernas de su mujer tambalearse de placer bajo él. Vicky se agarró con fuerza a los hombros de su marido para no derretirse mientras éste continuaba chupando y lamiendo su humedad, succionando y

tirando de su clítoris para volver a atraparlo, pellizcarlo, y repetir el proceso... una, y otra, y otra vez... Haciéndola enloquecer de placer.

—¡Oh Dios...! —gimió con voz ronca—¡Oh, Lorenzo...!

Él introdujo un dedo dentro de ella, después dos. Estaba tan húmeda... Observó su cuerpo mojado bajo el chorro del agua de la ducha mientras continuaba entrando y saliendo de su humedad, sin detenerse, aumentando el ritmo mientras observaba el éxtasis que reflejaba el rostro de Victoria... Ella se apartó con brusquedad y sin previo aviso.

—No puedo más...

Él sonrió, satisfecho con el resultado.

Subió, para quedarse frente a ella y le agarró del pelo mientras la besaba, en un gesto

salvaje e íntimo que demostraba su desesperación por poseerla. Ella le imitó, moviendo su lengua contra la suya frenéticamente mientras notaba el pequeño choque de sus dientes, de sus labios, que se apretaban los unos contra los otros extasiados. La aupó en sus brazos de nuevo, clavando las uñas en sus nalgas y haciéndola gritar de placer. La penetró de una embestida mientras atrapaba con la boca su pezón y lo aprisionaba entre sus dientes. Vicky, aplastada contra la pared de la ducha, notaba cómo su musculoso y fuerte marido la elevaba y bajaba mientras la embestía más y más rápido... Moviéndola como una muñeca, un títere que manejaba a su antojo...

—No puedo más...

—Aguanta un poco...—suplicó él, ronco de placer.

Quería que aquel instante fuese eterno.

Continuó subiendo y bajando con más fuerza mientras notaba cómo las paredes vaginales de su mujer se contraían y aprisionaban su miembro, haciéndole enloquecer de placer. El orgasmo sacudió sus cuerpos en el mismo instante.

Terminaron de ducharse, enjabonándose el uno al otro, recordándose el cariño y el amor que se procesaban entre tiernas caricias y suaves besos.

Cuando se despertó, Lorenzo ya se había marchado a trabajar y la angustia había regresado. Se sentía tan sola en aquel lugar... Le había dejado un zumo de naranja en la mesilla y una nota apoyada en el vaso.

He llamado al médico de la familia.

Te verá hoy a las 11:15 en Gli Angeris.

Te quiero,

Lorenzo

En cuanto tomó un sorbo del zumo, las arcadas regresaron peor aún y Victoria, por primera vez,

agradeció que Lorenzo se comportase sobreprotectoramente.

Aquella mañana, por alguna razón, se había despertado con una mentalidad diferente y, tras meditar unos minutos, decidió que, dadas las circunstancias y teniendo en cuenta que no iban a marcharse de allí en una larga temporada, lo mejor era acostumbrarse a aquella vida. Tenía que hacerlo, sí o sí, o acabaría sumida en una profunda depresión.

Pensó que debía de mantener una pequeña conversación con su suegra y que ésta no debía demorarse demasiado. No podía andar por la casa con pies de plomo temiendo

constantemente encontrarse al águila y a su mirada acusadora en alguna esquina.

Sintiéndose de súbito asfixiada, abrió la ventana del habitáculo y corroboró que hacía más calor de lo habitual; así que Victoria se vistió unos shorts y una camiseta cómoda de manga corta y bajó a la cocina a saludar a Antonella y a pedirle una de esas ricas manzanillas que preparaba. Decidió que, por primera vez desde que había llegado, no andaría por la casa como un gato. Abrió la puerta de su habitación, suspiró hondo, y armándose de aquel valor que no solía poseer, salió al exterior.

No se había alejado ni dos pasos de la puerta de la habitación, cuando escuchó un par de voces provenir del piso de abajo. Estuvo tentada de darse la vuelta y encerrarse entre aquellas paredes seguras, pero manteniéndose firme en la decisión tomada, bajó las escaleras.

Victoria no podía creer lo que sus ojos estaban viendo. Sintió que el aire le faltaba y que, de pronto, se le había olvidado a su cuerpo cómo respirar. Se sentó en mitad de las escaleras y se quedó plasmada, sin poder decir nada, con una mirada acusadora anclada en el semblante.

—¡Ah! —dijo Alessandra con un tono tan divertido que Victoria casi fue capaz de sentir la puñalada en su espalda— Buon Giorno...

Laila, alias “la barbie asquerosa”, saludó con un gesto de mano y sonrió ampliamente.

Parecía estar disfrutando del regocijo que sentía y de la impresión que le había logrado causar a Victoria.

—¿Qué hace ella aquí, Alessandra? —respondió, histérica.

Su suegra, que continuaba agarrada del brazo de Laila, arqueó las cejas en un gesto de sorpresa e impasividad y respondió, con total calma:

—¿Os conocéis?

Era obvio que el águila estaba al tanto de toda la historia que aquella despiadada mujer y ella habían tenido en un pasado.

—Laila es una vieja amiga de la familia —continuó, mientras se deshacía del brazo de la barbie asquerosa y caminaba unos pasos para plantarse al frente de las escaleras, de manera que le entorpeciera el paso a Victoria si ésta decidiera marcharse de allí—. Se ha enterado del delicado estado de Filippo y ha venido a darme su apoyo.

Vicky, desbastada, sintió cómo la rabia invadía su cuerpo y cómo los ojos se le encharcaban. Contuvo

todos sus sentimientos y, recordándose quién era, respondió:

—¡Quiero que se marche de aquí ahora mismo!

Escuchó la gozosa carcajada de la barbie y Alessandra la acompañó con una sonrisa despiadada:

—No seas grosera con mis invitados...esto... —se detuvo unos segundos, pensativa—, era Victoria, ¿verdad?

Ella no respondió. Las lágrimas habían comenzado a brotar, pero la rabia era aún peor; controlaba su cuerpo por completo haciéndolo temblar. Sentía la cabeza embotellada y experimentó la extraña sensación de que, si no conseguía recuperar el aliento y tomar aire fresco, terminaría por desmayarse en cualquier momento.

—¡Quiero que se marche de esta casa ahora mismo! —gritó descontrolada.

—Victoria —repitió Alessandra con calma y parsimonia—, si no te tranquilizas y guardas un poco de respeto, la que se tendrá que marchar “ahora mismo” —enfaticó—, serás tú, querida.

Observó la risita de regodeo de la barbie asquerosa e, impulsada por la ira, subió hasta su habitación. Rebuscó en su bolso hasta dar con su teléfono móvil. No podía creer lo que estaba pasando. ¿De verdad su suegra acababa de comportarse así?

¿Cómo había sido capaz de menospreciar a la mujer de su hijo de aquella manera tan horrible? Le temblaban las manos y era incapaz de sostener el aparato. Abrió la ventana y sintió un refrescante sople de aire inundar sus pulmones. Pegó un salto asustada cuando, de repente, su iPhone comenzó a sonar en la temblorosa palma de su mano.

—¿Vicky?

La voz de Samara llegaba lejana entre el alboroto de una gran muchedumbre.

—¿Vicky, estás ahí?

—Samy... —musitó, mientras las lágrimas descontroladas inundaban su rostro—

Samy, tengo que salir de aquí ahora mismo.

—¿Dónde estás? —preguntó con preocupación—, acabo de llegar al aeropuerto de Milán.

Victoria condujo hasta el aeropuerto de Malpensa doblando la velocidad permitida. La adrenalina le proporcionaba cierto consuelo a toda aquella ansiedad que reprimida.

Cuando llegó, se lanzó a los brazos de Samy, envolviéndola en un abrazo desesperado y alegrándose, por primera vez en muchísimo tiempo, de no encontrarse sola en aquel lugar.

—No puedo volver a esa casa—le había dicho—, por favor, no me dejes sola.

Samara, que tampoco es que tendría los ánimos por las nubes, decidió que no corría prisa para enfrentarse a su situación personal. Si debía ser sincera, sentía que la esperanza de recuperar a Luka era realmente baja así que, sin pensárselo dos veces, agarró sus maletas y decidió seguir el camino de Victoria hasta tomar una decisión.

Las dos amigas habían tomado la absurda decisión de conducir sin rumbo alguno hasta alcanzar un lugar que les resultase acogedor, donde olvidar a la familia Moretti y todo el daño que ésta les había causado.

—Vas a tener que hablar con Lorenzo y explicarle lo que ha sucedido —le decía Samara, mientras ella, furiosa, apretaba los dientes y conducía en silencio—, tampoco le puedes hacer responsable de las decisiones y los actos de su madre.

—Ha invitado a Laila solo para fastidiarme, Samy...

—Esa mujer siempre se ha salido con la suya. El único que les había plantado cara era Luka y eso ya les repateaba a más no poder. Imagínatelo, un hijo en Brasil, con una brasileña de clase media, y otro en España, con una española de clase media... ¡La mujer debe de estar viviendo su peor pesadilla!

Las dos amigas se echaron a reír a plena carcajada.

—No puedo creer que hayas venido hasta aquí...

—Tengo que intentarlo, Vicky. Si no lo hago, sé que lo perderé para siempre.

Victoria suspiró hondo, procurando concentrarse en las palabras de su amiga y de olvidar a la barbie asquerosa. ¿Ella también debía intentarlo? ¿Debía salvar su matrimonio? Todo había ido viento en popa hasta que habían aterrizado en aquel espantoso lugar. Victoria sabía de sobra lo enamorada que estaba de Lorenzo y lo feliz que éste era capaz de hacerla sentir..., pero, ¿podría el amor con aquella crisis? La familia estaba implicada y representaba un punto de inflexión demasiado importante. Y

una cosa tenía clara, no podía seguir allí. Mejor dicho, no quería seguir allí. Quería recuperar su vida, su apartamento, Madrid, su empleo, olvidarse de todo lo que había sucedido y quedarse con el bonito recuerdo de la luna de miel que había vivido en México. Por un instante, mientras los altos edificios de Milán iban quedando a su paso, pensó en la libertad y la unión que experimentó en el desértico cenote y una sonrisa afloró en sus labios. Amaba a Lorenzo, lo amaba con locura. Sabía que estaban hechos el uno para el otro y que, realmente, podían llegar a tener la vida que tanto habían soñado ambos. Pero no allí. No en Milán. Y no podía continuar siguiendo un camino que no le pertenecía.

—No te merece, lo sabes, ¿verdad? —le dijo Victoria, segura de sí misma.

Y supo de inmediato que ya había tomado una decisión. Tenía que volver a encauzar su vida.

Capítulo 17

Samara aferraba la taza de café caliente entre sus manos, aunque ésta se había quedado fría hacia ya varios minutos. Estaban en una cafetería de Milán y habían decidido hacer noche en uno de los hoteles del centro; necesitaba con urgencia desconectar de Gli Angeris. A Samara, que desde que había pisado suelo italiano tenía los nervios a flor de piel, le pareció una muy buena idea para poder planear cómo abordar a Luka.

¿Reaccionaría bien al verla?, ¿se sorprendería?, ¿la había echado de menos tanto como ella a él?

—Supongo que Lorenzo me llamará en cuanto llegué a casa —dijo Vicky, mientras revolvía su taza de té con la mirada ausente en algún punto del local—, le diré que estoy contigo y que hemos decidido dormir fuera.

Samara asintió.

—¿Crees que se lo dirá a Luka?

—No lo sé —respondió, pensativa—, ¿prefieres que no le diga nada y darle una sorpresa?

La brasileña suspiró hondo y dejó la taza de café sobre la mesa.

—No, díselo. Lorenzo se preocupará menos por ti si sabe que estás acompañada y, además, no creo que me afecte negativamente que se lo cuente. Creo que incluso podría venir bien, ¿no crees?

Victoria se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿En qué estás pensando?

—No creo que sea lícito aparecer sin previo aviso, estoy segura de que él también tendrá que pensarse ciertas cosas y tomar una decisión.

—Y prefieres que lo consulte con la almohada —añadió Vicky, pensativa.

—Exacto.

Ninguna de las dos tenía hambre. Ni siquiera habían sido capaces de ingerir el líquido de las tazas que reposaban sobre la mesa de la cafetería, pero necesitaban sentirse

ocupadas y subir a la habitación del hotel para sentarse sobre la cama y mirar el techo blanco en silencio no parecía una ocupación demasiado productiva. Así que, cada cual absorta en sus propios pensamientos, se levantaron a pedir otras dos tazas, muy caliente, y regresaron a la mesa en la que habían ocupado sillas con anterioridad.

Llevaban diez minutos sumidas en el completo silencio cuando el teléfono de Victoria comenzó a sonar en su bolso.

Se apresuró a buscarlo, con nerviosismo, pues estaba convencida de que sería su marido.

—¿Sí? —respondió.

Efectivamente, era Lorenzo.

—¿Dónde se supone que estás? —preguntó.

Por su elevado tono de voz, Victoria supuso que estaba muy enfadado. Se separó el teléfono móvil de la

oreja para observar la hora que reflejaba la pantalla: eran las diez y media de la noche. Reprimió una risita al pensar que aquel día no llegaba tan tarde a casa, ¡qué ironía!

—Estoy con Samara —respondió con aparente calma.

En realidad, tenía ganas de echarse a llorar. Pero tenía que aguantar sus impulsos y mantenerse firme por una vez. Desde que se habían conocido, había sido ella la que siempre había cedido en todas las situaciones. Había sido ella la que le había perdonado una y otra vez. Había sido la débil de la pareja y la que cedía en todas las ocasiones.

—¿Está Samara aquí?

Notó su timbre más calmado y Victoria supuso que Samara había dado de lleno en el clavo; saber que estaba en su compañía le calmaría un poco los nervios.

—Sí, ha llegado esta misma tarde a Milán —respondió, cortante.

Tenía que ser fría, dura; mantenerse inalterable. Debía aguantar los impulsos de su corazón y pensar con la cabeza. ¿Qué ganaban si ella se lanzaba a sus brazos al de dos segundos? Nada, absolutamente nada.

—Bueno, pues dime dónde estáis que voy ahora mismo a recogeros —gruñó, aliviado.

Vicky expulsó todo el aire que contenía en sus pulmones y observó a Samara, que se mantenía en total silencio intentando captar los matices de la conversación.

—No quiero que nos recojas. Vamos a dormir en un hotel y, sinceramente, Lorenzo, no creo que regrese a Gli Angeris.

Sintió cómo el nudo de su estómago se retorció apretando sus entrañas y tuvo que contener las lágrimas con gran esfuerzo para no derrumbarse.

—¿Qué estás diciendo, Victoria?

—No voy a volver —repitió con convicción—, si quieres saber qué ha sucedido, pregúntaselo a tu madre.

—Victoria, ¡dime ahora mismo dónde estás!

Su voz sonó como un grito ahogado de dolor que la sobresaltó.

Mantenerse firme. No ceder. Inalterable. Inamovible. Seria. Pensar con la cabeza...., mantenerse firme.

—No.

Se hizo el silencio en la línea. Samara apretó la mano de su amiga con gran preocupación; era patente el dolor en su rostro.

—¡Joder, Vicky! ¿Pero qué narices te pasa? —gritó con desesperación—, no me hagas esto, por favor.

No voy a poder pegar ojo si no sé dónde estás..., si esto es una especie de castigo, hablemos las cosas..., no sé... Dime, ¿qué he hecho?

—No has hecho nada, Lorenzo. Pero yo no puedo volver a esa casa —se reafirmó—, no puedo seguir así. Pasaré la noche con Samara y pensaré qué hacer.

—¿Qué hacer? No entiendo nada...

La voz desesperada de su marido le partió el corazón.

—Dime qué ha pasado y lo solucionaremos, pero esta no es la manera. No puedo estar así.

—Voy a colgar —advirtió—, ya te lo he dicho, voy a pasar la noche aquí y tomaré una decisión. Mañana hablamos, te lo prometo. Estaré bien.

—Dime dónde estás, al menos. No me hagas sufrir...

—Adiós, Lorenzo —cortó Vicky.

Colgó la llamada y soltó el teléfono encima de la mesa como si éste le hubiese provocado un repentino calambre. Aquel acto fue suficiente para desatar todos los sentimientos que había procurado mantener reprimidos y, sin siquiera darse cuenta, se echó a llorar desconsoladamente sobre la mesa, mientras se cubría el rostro con las manos para no llamar la atención en el local.

Samara corroboró que los clientes del establecimiento que tenían a su alrededor se mantenían en sus tareas sin fijar su interés en ellas y se acercó a su amiga para poder consolarla.

—Lo solucionaréis, tienes que estar tranquila —susurró en su oreja.

Y en el mismo instante en el que Samy pronunciaba aquellas palabras, Victoria notó cómo el nudo del estómago se deshacía para atacarla con una oleada de arcadas nauseabundas. Tuvo que levantarse de la mesa de un salto, cruzar la cafetería con los ojos enrojecidos e hinchados y empapada, mientras se tapaba la boca con la mano para retener el vómito. Por desgracia, aquella medida no fue suficiente y todo lo que contenía su estómago fue expulsado en la misma puerta de los retretes. Vicky, que tenía todos los ojos del restaurante clavados en ella, se miró las manos cubiertas de aquel líquido asqueroso y pegajoso y se sintió totalmente ridícula y abochornada.

Samara no tardó en aparecer a su lado y le ayudó a entrar en los lavabos para que se asease.

—¡Qué vergüenza! —decía Victoria, deshecha en un mar de lágrimas.

Lo de contener el llanto había terminado por resultar algo imposible.

—No te preocupes, es normal —le tranquilizó Samara—, los nervios pueden jugar malas pasadas.

Mientras se enjuagaba la boca con agua, pensó si realmente aquello eran nervios. ¿A caso no había estado vomitando toda la semana? Y desde luego, no se sentía enferma.

Si hubiese sido resultado de haber comido algo en mal estado, hacía tiempo que lo tendría que haber

expulsado de su interior. Entonces...

—Iré a pedir una fregona —le dijo Samara—, tendremos que avisar a algún camarero para que nos ayude con la faena.

Antes de que pudiese darse la vuelta, Victoria agarró su mano y tiró de ella para retenerla a su lado.

—Samy, creo que estoy embarazada.

Samara la observó ojiplática, procurando procesar con rapidez aquella información.

—¿Segura? —respondió, mientras se tapaba los labios con la mano en un gesto de estupefacción.

—Creo que sí, Samy —Victoria suspiró—, estoy embarazada.

Capítulo 18

Victoria Román se sentó sobre el colchón de su habitación de hotel preguntándose cómo narices había terminado allí. Hacía un año, o dos quizás, jamás hubiese podido adivinar qué era lo que el futuro le depararía... Pero allí estaba; sentaba sobre una cama con colcha de flores verdes y rosadas observando un pulcro e impoluto techo blanco. En aquellos instantes, se sentía realmente perdida y conmocionada y, si hubiese existido, habría necesitado un manual de autoayuda con instrucciones detalladas para enfrentarse a la vida y las decisiones a tomar. La situación era la siguiente: estaba casada y embarazada. ¿Estaba segura de querer todo aquello? ¿Había tomado las decisiones más correctas, o simplemente se había dejado llevar y arrastrar? Ya era esposa, ¿también quería ser madre? Y la pregunta más importante: ¿estaban Lorenzo y ella preparados para ser padres? Después de todo, no podían pasar más de dos semanas sin que ninguna discusión interrumpiera sus buenos momentos. Y sabía de buena mano que criar un niño no era pan comido, ni mucho menos. Era un reto, pero uno de los grandes. Un reto capaz de cambiarte totalmente la vida. ¿Estaba preparada para cambiar total y radicalmente su vida en nueve meses? Se detuvo un instante en aquella pregunta: no. No iba a cambiar su vida en nueve meses, su vida comenzaría a cambiar en aquel instante, cuando los pechos y la barriga comenzasen a aumentar de tamaño, cuando sufriese un altercado con sus hormonas y se echase a llorar desconsoladamente sin motivo aparente, cuando... En definitiva, ¿se veía capaz de pasar por eso? Y si era así, ¿se veía capaz de sufrir y soportar un parto? Sabía que era una de las cosas más dolorosas por las que las mujeres tenían que pasar. Por mucha epidural de la que te hablasen, dar a luz seguía provocándole un miedo atroz. Y luego llegaría él, o ella, y tendría que cuidar de aquella vida cada instante. Victoria dejaría de ser lo importante. Lorenzo dejaría de ser lo importante. Su relación, daría igual.

Todo lo que pasase en su vida se reduciría a la pequeñita o el pequeñín. Todo. ¿Estaba preparada? Y aún con todas, ¿cómo narices pensaba cuidar y criar a un crío, si ni siquiera sabía cuidar de sí misma?

Suspiró hondo. Hacía tan solo unas horas todas sus dudas e inquietudes se habían dirigido a su matrimonio. ¿Estaban bien?, ¿iba a ser capaz de soportar a la familia de Lorenzo?, ¿podría ella seguir aguantando vivir en Milán? Lorenzo la amaba, sí, estaba segura de ello. Pero, ¿la quería tanto como para dejar todo por ella y regresar de vuelta a Madrid? Independientemente del estado de su padre, claro. Y ahora todas esas preguntas habían un vuelco y se les había añadido una ecuación más que valorar y resolver.

¿Y si no estaba embarazada?

Escuchó ligeramente el sonido de unos nudillos golpeando la madera de la puerta de la habitación y Vicky se levantó, aún absorta, para comprobar quién era.

—¿Samy? —se sorprendió al abrir.

Se giró y comprobó que eran las dos de la mañana. Seguramente tendría problemas con el cambio de horario.

—Estabas despierta, ¿verdad? —inquirió en un susurro para evitar desvelar al resto de los huéspedes del hotel—, he visto la luz por debajo de la puerta.

—Sí, tranquila. Con todo esto que está pasando, es imposible conciliar el sueño...

Samara sacó una bolsita blanca del bolsillo y la agitó en el aire.

—¿Salimos de dudas?

—¿Cómo? —preguntó Victoria, sorprendida, mientras su amiga sacaba un paquetito.

Era un test de embarazo. Victoria se sorprendió pensando que, por alguna extraña razón, no había querido hacerse uno. Quizás temía que sus sospechas se confirmasen; y si se confirmaban tendría que enfrentarse a ellas de verdad.

—Háztelo, y saldremos de dudas —insistió Samara.

Victoria suspiró a modo de respuesta.

Ella tenía razón, lo mejor era salir de dudas y enfrentarse de forma adulta al problema.

Vicky se sentó sobre la taza del inodoro y comenzó a leer las instrucciones del aparatito en voz alta y de manera superficial.

—¿De verdad no sabes cómo funciona un test de embarazo? —le preguntó su amiga brasileña, con una ceja arqueada.

—No, de verdad de la buena, que no tengo ni la menor idea —respondió con una sonrisa.

—Es fácil —continuó Samy, mientras le quitaba el aparatito— tienes que agarrarlo de esta manera, después quitas la capucha, ¿ves? Haces pis en la puntita y lo vuelves a

tapar. Luego tienes que dejarlo reposar unos minutos en la encimera y aparecerán las rayitas

Vicky asintió y realizó los pasos explicados con sumo cuidado y delicadeza. Después colocó la tira sobre el lavabo y se sentó en la esquina de la bañera, junto a su amiga.

Se agarraron las manos y, con los nervios a flor de piel, observaron el aparato.

Ninguna raya..., nada..., vacío..., sin rayitas...

—¡UNA RAYA! —gritó Victoria, al mismo tiempo que agarraba la caja en busca de las instrucciones que había visto al sacar la tira.

Los dibujos lo dejaban bien claro; una raya, no embarazo. Dos rayas, había embarazo.

Entonces, ¿no estaba embarazada? Sonrió, mientras se lanzaba a los brazos de su amiga, repleta de felicidad. Realmente, se alegraba en su totalidad del resultado, porque, siendo sinceros, ¿cómo iba ella a cuidar de otra criatura?

—¿Ni siquiera te apenas un poco? —preguntó la brasileña, que parecía feliz por la reacción de su amiga, pero triste por el resultado.

—No, ni un poco. Creo que no estábamos preparados —añadió Vicky, mientras que, aliviada, se colocaba el pelo sudoroso detrás de la oreja—. Creo que tengo suficiente por salvar mi matrimonio, y las cosas por separado siempre se hacen mejor.

Samara no respondió. Vicky la observó; de repente, parecía haber adquirido un tono blanquecino y tenía los ojos abiertos como platillos.

—¿Samy? —preguntó, preocupada.

No respondió. Había enmudecido totalmente.

Clavó la mirada en Victoria sin mediar palabra.

—¿Samara, estás bien? Me estás asustando...

—Creo que..., creo que... —repitió, indecisa—, creo...

—Samy, ¿qué pasa?

La brasileña, aparentemente en shock, se levantó de la bañera para coger de nuevo la tira del lavabo y mostrársela a Victoria.

—Creo que sí estás embarazada.

Vicky la sostuvo y la contempló estupefacta. Ahora mostraba dos claras y marcadas rayas de color rosado.

—Sí —dijo, pensativa—, creo que sí estoy embarazada.

Capítulo 19

Antes de marchar de Gli Angeris, se había llevado con ella una pequeña maleta con provisiones de ropa. Victoria, por alguna extraña razón, sintió la necesidad de plantarse los tacones más altos que tenía allí y de tomarse mucho, muchísimo tiempo en maquillarse. Samara la esperaba sentada sobre la cama en la que las dos habían compartido una noche de lágrimas y alguna que otra risa. Victoria, necesitaba sentirse

guapa, necesitaba verse atractiva. Pensó que, con seguridad, dentro de unos meses tan solo luciría una enorme barriga, unos pies hinchados y una cara regordeta. Todo eso si decidía continuar con el embarazo adelante... Aunque, ¿tenía más opciones? No se veía del todo capaz de pasar por un aborto. Desde luego, le parecía una buena opción para aquellas personas que no estaban preparadas, pero..., ¿podría ella, o estaba dispuesta ella, a sufrir un aborto? No. No se veía capaz.

Terminó con el maquillaje y, vestida con un traje granate con encajes blancos y unos tacones de infarto, salió del lavabo.

—¡Guau! Desde luego, más le vale a Lorenzo suplicar de rodillas... —se rió Samara.

Habían tomado la decisión de plantarse a primera hora en las oficinas de la empresa y enfrentarse a sus respectivas parejas. Había sido una larga noche para tomar decisiones y, tanto una como la otra, parecían tenerlas muy claras. Victoria había decidido que tenía que resolver la situación con su marido. Tenían que dialogar y arreglar todo, y ella estaba dispuesta a ceder. Si él necesitaba quedarse, temporalmente, en Milán, ella se quedaría a su lado el tiempo que fuera necesario. Eso sí, quedaba descartada en su totalidad la opción de continuar en Gli Angeris.

Necesitaba salir de allí y no quería volver a ver a Alessandra, su suegra, en la vida. Si él la quería, también estaría dispuesto a ceder. Samara había tomado la decisión de plantarse ahí y ser sincera. ¿Luka quería formalizarse?, ¿llevar una vida más tranquila?

Bien, lo harían. Pero no allí, en Italia. Podían empezar de cero en cualquier lugar del mundo. Si bien, Victoria sabía perfectamente que las únicas razones por la que Samara quería huir de Italia tenían nombre: Alessandra y Filippo.

Viajaban en el coche en total silencio, mientras la robótica voz del GPS les iba indicando el camino a tomar. Las dos, absortas en sus propios pensamientos y preocupaciones, observaban los edificios del exterior y el nublado día con el que los cielos italianos habían amanecido. A Victoria siempre le había gustado que el tiempo acompañase sus sentimientos y emociones y, aquel día, sintió que se encontraba tan revuelto como sus entrañas.

Aparcaron dentro del parking de la empresa y, hechas un flan, con las piernas temblorosas por los nervios, se dirigieron al interior. Las oficinas centrales de Innova Original Agency eran enormes, dotadas de unas elegantes características que a Victoria le recordaban la sede de Madrid. Los suelos abaldosados y las paredes grises le daban un aspecto serio, mientras que las enormes lámparas de araña que cubrían los techos le aportaban cierto glamur.

Una joven rubia de ojos azules, que desde luego no parecía nacional, les atendió en el mostrador con un perfecto español.

—¿En qué puedo ayudarles?

Vicky se pensó unos segundos qué responder.

—¿Podría indicarme dónde encontrar el despacho de los señores Moretti?

La joven frunció el ceño y observó a las dos amigas con detenimiento, de hito a hito.

—Lo siento mucho, pero el señor Filippo Moretti se encuentra ahora mismo en...

—Querríamos hablar con Lorenzo y Luka —atajó Victoria, con seriedad.

La recepcionista, descolocada, las miraba con inquietud. Seguramente, preguntándose qué hacer.

—Lo siento mucho —repitió, al fin—, pero ambos se encuentran reunidos y no pueden atender visitas. Si quieres concertar una cita...

—No —interrumpió Vicky con los nervios crispados—. Soy Victoria Román, la esposa de Lorenzo. Y si he acudido hasta las oficinas, es porque debo de tratar un asunto de grave importancia con él —Victoria clavó la mirada en ella con total seriedad—. Le aconsejo que me ayude con este incidente si espera mantener su puesto de trabajo en tiempos venideros.

Con las manos temblorosas, la joven rubia agarró un bolígrafo y comenzó a escribir...

—Si me dan unos segundos...

—No. Le repito que es un asunto importante que debo tratar sin demora con mi marido.

—Pero es que... —hizo una pausa—. Déjeme hacer una llamada a su despacho, por favor.

Vicky asintió, poco convencida. ¿Tan difícil resultaba dar un par de indicaciones?,

¿pero qué narices se creía la gente en aquella empresa?

Samara se mantenía inmóvil a su lado. Pensó que su amiga se las estaba apañando bastante bien y que no precisaba ayuda alguna para resolver la situación.

—El señor Lorenzo aún no ha..., no ha llegado a su despacho.... —tartamudeó—.

Puede que continúe en la cafetería de la primera planta. Le he visto cuando entraba...

Vicky suspiró.

—Está bien, gracias por la ayuda.

Cuando las dos chicas se dieron la vuelta, la recepcionista, aliviada, soltó el bolígrafo y se enganchó al teléfono. Seguramente, intentaría avisar a Lorenzo o a Luka de la presencia de ambas para asegurarse de haber cumplido con la responsabilidad de su trabajo. A Vicky no le costó demasiado desenvolverse por aquel edificio, al fin y al cabo, era bastante similar en estructura a su sede de Madrid. Mientras caminaban hacia la cafetería, un centenar de personas trajeadas de cruzaban con ellas a su paso y no pudo evitar preguntarse cuántos empleados trabajarían allí. Pensó que, con total seguridad, doblaría la cifra de Madrid, pues el edificio también le doblaba en número de plantas y despachos disponibles.

—¿Estarán en la cafetería o nos habrá engañado para poder asegurarse mejor de que somos quien decimos ser? —preguntó Samara, mientras observaba las mesas abarrotadas de gente tras el cristal.

La cafetería estaba a rebosar y no cabía ni un solo alfiler más allí.

—No creo, parecía nerviosa y desconcertada —expuso Victoria, que también buscaba los ojos azules de su marido entre la muchedumbre—, supongo que habrá dicho la verdad.

Decidieron entrar para continuar la búsqueda, pues entre tanto movimiento les resultaba imposible inspeccionar todas las mesas. La cafetería, para sorpresa de ambas, era inmensa. Mucho más de lo que aparentaba ser desde el exterior. Tenía siete enormes barras de desayuno con sus respectivos taburetes esparcidos tanto a su derecha como a su izquierda. En las esquinas, se repartían las mesas redondas con pequeño silloncitos que parecían de lo más cómodo. La barra de pinchos y cafés se extendía a lo largo de pared y media, y todo el personal de la empresa parecía haberse

puesto de acuerdo para tomar el café a la misma hora de la mañana.

—¡Vámonos! —gritó Samara, bastante más alto de lo que había pretendido.

Vicky sintió la mano de su amiga aprisionando su muñeca y tirando de ella hacia afuera.

—¿Qué pasa?

—No están —repitió con nerviosismo—, así que vámonos...

Notó la tensión en sus gestos y se plantó en seco. No quería ser el centro de atención de la cafetería, así que evitó alzar la voz.

—¿Pero qué te pasa, Samy?

Ella no respondió; se limitó a señalar la salida de la cafetería con nerviosismo.

Victoria decidió salir con ella, ya le explicaría en otro instante qué era lo que la había puesto tan nerviosa. Cuando cruzaban la puerta, Vicky se percató de que la mirada de Samara volada fugazmente en cada instante al mismo punto del bar.

—No puede ser... —murmuró Victoria, impactada.

—Déjalo, no es el lugar —repitió Samara—, vamos a esperarles en su despacho.

Vicky sintió que se mareaba por la falta de oxígeno y Samara tuvo que sostenerla con firmeza cuando le flaquearon las rodillas.

—¿Qué lo deje? —repitió, impactada por lo que veían sus ojos—. ¿Cómo lo voy a dejar, Samy? ¿Cómo?

Vicky se zafó de la mano de su amiga y corrió al interior de la cafetería con paso firme y decidido. Allí estaban los tres. Luka, Lorenzo... y..., y... Laila. ¿Qué narices hacía la barbie asquerosa con su esposo? No podía creer que aquello fuese real. Después de todo lo que habían pasado por ella, después de todo el sufrimiento que habían soportado... Los veía, frente a ella, sentados en una de las mesas lateral redondeadas.

Se había quedado, por alguna razón, plantada en mitad del bullicio, con los pies anclados al suelo de tal manera que parecía estar allí colocada, atornillada y expuesta al personal. No podía moverse. No podía creer que aquello fuese real... ¡Estaban casados! ¡Estaba embarazada! Y él..., él estaba ahí, con ella.

Con la persona que tanto daño les había causado. La mujer que había intentado romper su relación en repetidas ocasiones hasta consumir a Victoria y hacerla replantearse todo. De pronto, su mirada chocó con los ojos azules que tantísimo tiempo había amado y adorado y algo, algo pequeño, se rompió en su interior. Notó cómo estallaba, quizás, parte de su amor hacia él, y fue suficiente para echar a correr de vuelta a los brazos de Samara.

—¡Vámonos! —gritó Victoria— ¡Necesito salir de aquí!

Mientras regresaban al parking, Vicky soportó la angustia y evitó llorar. Siempre había presentado que las cosas no iban a ser así de sencillas. Después de todo, la lucha de Laila por recuperar a Lorenzo no iba a cesar tan fácilmente y de la noche a la mañana.

Y creía en Lorenzo, confiaba plenamente en él y en el amor mutuo que se procesaban pero... la había engañado. Una vez más, había caído en la red de sus mentiras. ¿Por qué no le había contado que Laila y él habían retomado el contacto? Sí, desde luego, jamás hubiese procesado bien aquella noticia, pero... ¿cómo había sido capaz de ocultarle algo así? ¿Cómo era capaz de perdonarle a aquella barbie asquerosa todo el daño que les había causado? No. No estaba dispuesta a seguir manteniendo aquella farsa, a luchar por alguien que no quería luchar por ella.

Se detuvieron frente al monovolumen negro, meditando si huir de allí o no.

—Toma —le dijo Victoria, mientras le tendía las llaves del vehículo—, voy a pedir un taxi.

—¿Por qué? ¿Me vas a dejar aquí tirada?

Vicky, abatida, suspiró.

—Esto me supera. Me superó hace tiempo y vuelve a hacerlo. No estoy preparada para vivir un culebrón de mentiras y verdades. No soy capaz de llevar esta vida.

Samara la miraba muy preocupada, sin comprender qué era lo que quería decir en realidad.

—Me marcho a Madrid, Samy —anunció Victoria, mientras realizaba un gran esfuerzo para no echarse a llorar en los brazos de su amiga—, no tengo nada más que pensar.

Samara la estrechó entre sus brazos con fuerza.

—Vete a buscar a Luka y habla con él —murmuró—, mucha suerte.

—Vale, gracias. Lo haré.

Victoria se dio la vuelta y comenzó a caminar por el parking. No quería hablar más, no quería estar con nadie. Quería estar sola y llorar y si se quedaba un solo minuto más en compañía de la brasileña, terminaría totalmente deshecha.

—¡Vicky! —gritó, mientras observaba la espalda de su amiga alejarse— ¡Llámame en cuanto llegues a Madrid!

Victoria levantó la mano en señal de conformidad.

Las lágrimas ya habían comenzado a deslizarse sin control sobre su semblante.

Capítulo 20

Una punzada de felicidad le atravesó el pecho cuando pisó suelo español. Por fin estaba en casa, en su ciudad, en su lugar. Pensó, mientras esperaba un taxi en el aeropuerto, si debía llamar a su oficina de Madrid e incorporarse inmediatamente en sus tareas laborales. Desechó la idea al pensar que, con seguridad, su marido habría avisado hace tiempo de la ausencia temporal de Victoria en su puesto.

En Madrid llovía y hacía un frío helador. Vicky agradeció el aire helado que se colaba por sus orificios nasales provocándole cierta sensación de estar viva. Lo agradecía porque, si debía ser sincera, estaba asustada y se sentía sola. ¿De verdad había sido capaz de abandonar a Lorenzo? Sospechaba que aquella no había sido la decisión más correcta. Tenían que haber hablado, haber solucionado las cosas. Pero, ¿cómo? No se sentía capaz de perdonarle semejante traición. Sí, aquella era la palabra adecuada para la situación: traición. El taxi paró frente a ella y Victoria se introdujo en él. Tan solo llevaba consigo una pequeña maletita de mano que metió en parte trasera del vehículo.

Debía de llamar a Samy y pedirle que solucionase el asunto de su equipaje; necesitaba tener su ropa de vuelta en Madrid.

Se encontró su pequeño apartamento, sito junto al parque del retiro, sumido en la más absoluta oscuridad. Las persianas llevaban mucho tiempo cerradas y el olor a polvo campaba a sus anchas. Vicky, abrió la casa entera para ventilarla y se metió en la ducha.

Mientras el agua caliente se deslizaba por su cuerpo enjabonado, Victoria sopesó si realmente se sentía cómoda en aquel apartamento. Al fin y al cabo, aquel lugar lo había alquilado después de su ruptura con Alex y el único hombre que había entrado en él había sido Lorenzo. Habían construido toda su relación y su vida en aquellos metros cuadrados y, por mucho dinero que tuviesen, lo habían mantenido y habían evitado mudarse a una casa más grande por el cariño que le procesaban a aquel espacio acogedor que juntos habían terminado de construir. No, no quería estar ahí. En

realidad, no quería estar en ninguna parte. ¿Qué había hecho para lograr descarrilar su vida de tal manera? Si no hubiese aparecido Lorenzo con aquel cochazo para atropellarla y enamorarla, ahora mismo su vida sería diferente. Estaría soltera, con un trabajo que siempre le había gustado y ninguna preocupación más allá de a qué lugar salir de cañas el fin de semana. Pero le gustase o no, Lorenzo había aparecido para arrebatarse todo, para arrasar con su corazón, con sus sentimientos. Sí, ¿y todo lo que éste le había dado? Victoria no era estúpida, sabía que lo amaba. Y lo amaba con todo su corazón. Lo quería tanto que, en aquel mismo instante, sentada en la ducha bajo el chorro de agua caliente cayendo sobre sus hombros, se sentía más sola y perdida que nunca. Sentía que sin él, la vida no merecía la pena en absoluto.

Por la tarde, se despejó paseando en el parque del retiro y observando a las felices parejas enamoradas que habían alquilado una pequeña embarcación para disfrutar de la tarde. Lorenzo la había llamado un millar de veces, pero Vicky se había negado a responderle el teléfono.

No estaba preparada para hablar con él. No estaba preparada para volver a humillarse.

No estaba preparada para volver a perdonar.

¿Perdonar? ¿Acaso podría llegar a perdonarle algún día? Mientras su propia cabeza le respondía que no, que aquella desconfianza se había anclado demasiado al fondo, sintió la ansiedad oprimiéndole el pecho y la angustia creando el nudo de su estómago que tan bien conocía desde hacía tiempo. Una cosa tenía clara, no iba a viajar a Milán.

Cuando regresó al apartamento y observó su iPhone, se sorprendió al comprobar que tenía cinco llamadas perdidas de Mónica, su mejor amiga. Mónica y ella siempre habían sido inseparables, pero, por circunstancias de la vida, aquella última temporada se habían distanciado más... Cada una había encontrado su lugar en la vida, o eso había querido pensar Victoria. Se sentó en el sofá y encargó a una empresa de comida rápida una pizza familiar de cuatro quesos y una tarrina de helado de chocolate.

Necesitaba ahogar penas y, además, estaba antojosa («¡cosas del embarazo!», pensó, lo que le hizo preguntarse cómo iba a criar un bebé ella sola).

Cuando terminó de devorar la pizza y media tarrina de helado, Victoria se acurrucó hecha un ovillo en el sofá y, con “El diario de Bridget Jones” sonando de fondo en la televisión, se quedó dormida por el cansancio en mitad de un profundo y doloroso llanto.

Capítulo 21

—¿No me puedo creer que estés viviendo en esta pocilga, cuchufleta! —le regañó su amiga, mientras iba retirando los envases de comida rápida en una bolsa de basura que había rescatado de la sucia cocina.

Había pasado una semana desde su regreso y no había logrado levantar cabeza.

Victoria sentía que el mundo se había hundido a sus pies.

—¿Sabes que no es sano alimentarte de estas porquerías, no? —continuó Mónica, aparentemente enfadada—. Vas a terminar enferma...

En realidad, Victoria sabía perfectamente que todo era una pantomima; Mónica no tenía capacidad de enfadarse con nadie, al igual que ella.

—Si ese cerdo que tienes por marido quiere seguir así, pues él sabrá...

Victoria había dejado de escucharla y se había vuelto a acurrucar en el sofá. Quería dormir. No quería hablar de Lorenzo ni pensar en el bebé que crecía cada día más en su interior.

—Pero tienes que darle una lección, Vicky, una en condiciones. Tienes que dejarle clarito que no puede hacer lo que le dé la real gana y que tú estarás detrás.

—No estoy detrás —murmuró, mientras se tapaba la cabeza con la manta.

Mónica había elevado las persianas y el sol le hacía daño en los ojos.

—Pues entonces, levántate de ahí, date una ducha y vamos a limpiar esta ciénaga...

Victoria no respondió. No quería limpiar la casa, ni comer sano; lo único que deseaba era estar sola.

—¡Por Dios, cuchufleta! —exclamó molesta—. ¿Cómo tengo que decirte que no puedes seguir así?

Mónica esperó unos segundos y, al comprobar que no obtenía respuesta, tiró de la manta y la destapó.

—¡Quiero dormir! ¡Quiero estar sola!

Suspiró y procuró armarse de paciencia antes de continuar.

—¿Habéis vuelto a hablar? —inquirió.

Vicky se sentó, abrazó sus rodillas que estaban dobladas sobre su pecho y hundió la cabeza. Mónica se horrorizó al comprobar las ojeras y los ojos hinchados que lucía el rostro de su amiga.

—Sí.

—Vale, ¿cuándo?

Suspiró y aspiró, sopesando cuánto debía contar para poder terminar lo antes posible con aquella conversación. Hablar de Lorenzo era una tortura.

—Ayer, por la tarde.

—¿Y qué? —insistió Mónica, que no iba a darse por vencida con facilidad.

—Nada.

—¿Nada? —repitió—. ¡Vicky, por Dios! Habla conmigo, por favor...

Victoria se sentó en el sofá y observó a su amiga mientras notaba cómo las lágrimas regresaban amenazantes.

—No va a volver. Tiene que quedarse en Milán.

—Cuéntamelo todo, ¿te ha pedido perdón por lo de Laila?, ¿qué explicación ha dado al respecto?

Su amiga suspiró resignada y negó con la cabeza, incapaz de continuar con aquella conversación. Mónica, que jamás la había visto tan hundida hasta entonces, se acercó a ella y la abrazó en silencio.

—Tienes que desahogarte y contármelo, cuchufleta. Te sentirás mejor después...

Victoria ni siquiera sabía por dónde empezar a contarle todo. No le había dicho a nadie que estaba embarazada y por ahora, la única persona en el planeta que conocía su secreto era Samara.

—Es todo culpa de Alessandra, la madre de Lorenzo. Laila fue a su casa y le pidió trabajo, le dijo que quería regresar y le hizo un breve resumen de lo que había sucedido entre nosotras —guardó silencio unos segundos, procurando ordenar bien

todos los acontecimientos que habían tenido lugar—. Así que entró a trabajar al día siguiente y fue a la

cafetería para pedirles perdón y sentirse aceptada.

Hizo una larga pausa.

—O eso dice ella.

—Pero tú no te lo crees —puntualizó Mónica.

—No. Desde luego que no.

—¿Lorenzo si le cree? —quiso saber.

Vicky comenzó a llorar. No, no quería hablar de él. No podía hablar de él.

Su amiga se levantó en busca de un paquete de pañuelos y regresó a su lado para calmarla.

—Venga, cuéntamelo... Ibas muy bien.

Se sonó los mocos y, haciendo un gran esfuerzo, continuó:

—No sé si le cree o no. Él me ha dicho que no se acercará a ella si es lo que quiero, que Laila no le importa.

—¿Entonces cuál es el problema?

Mónica no entendía nada. Hacía tiempo que mantenía una relación estable con Alberto (su primera relación estable, para ser precisos) y las cosas habían resultado mucho más simples entre ellos. Aunque habían tenido un inicio muy difícil y tormentoso, con el tiempo, habían dejado de discutir.

—No quiere regresar a Madrid. Dice que no puede, que su padre está enfermo..., que no puede cargar todo el peso en su familia —hizo una pausa para sonarse la nariz y secarse las lágrimas—, y que me estoy comportando de una manera egoísta por no ser capaz de comprender la difícil situación que están pasando.

—¿Y por qué no vuelves a Milán, pero con la condición de no vivir en la casa de tus suegros?

Vicky negó con la cabeza, moviéndola de un lado a otro con lentitud, como si sopesase la tontería que su amiga acababa de soltar.

—Yo no pienso volver a Milán. Ya he aguantado bastante y no quiero vivir sabiendo que la barbie ésa, Laila, está allí todos los días. No me gusta Milán. No me han tratado bien —Victoria rompió a llorar y añadió—, y no pienso volver.

Mónica la abrazó con fuerza y dejó que su amiga se tranquilizase entre sus brazos.

Aquella situación era mucho más complicada de lo que le había parecido en un principio. Mientras la estrechaba, notó los marcados huesos de la cadera de Victoria y

se sobresaltó.

—¡Pero qué narices! —exclamó, soltándola de golpe y porrazo.

Vicky la miró extrañada, sin comprender a qué se refería.

—¡Levántate! —ordenó Mónica, que tenía el espanto grabado en el semblante.

Su amiga obedeció y, en cuanto se dio cuenta de su real estado, tuvo que ahogar un grito de estupefacción. Victoria había adelgazado, al menos, seis kilos desde que la había visto por última vez. Si no era más, claro...

—¡Estás en los huesos!

Vicky se sentó de nuevo en el sofá y agradeció que el pijama que llevaba puesto desde hacía días fuese tan ancho. Si Mónica la vería desnuda, entonces sí que se asustaría...

—Llevo unas semanas complicadas, ya lo sabes.

—¡Pero estás delgadísima! —continuó, impresionada—. ¿Dónde narices has metido toda esa comida basura? —preguntó, mientras señalaba la bolsa de envases que había recogido.

—La he vomitado, últimamente no retengo nada en mi interior.

Su amiga levantó las cejas, extrañada, y Victoria pensó que aquel parecía un buen momento para soltar la noticia.

—Estoy embarazada.

Mónica se había tomado la noticia del embarazo con sorpresa y alegría. De repente, parecía que la persona que esperaba un bebé era su amiga y no ella. Mientras Victoria se duchaba, ella le esperaba sentada en la taza del inodoro mientras planeaba el día que tenían por delante. Había decidido que limpiar el piso era una prioridad, acudir al médico también era otra prioridad y salir a despejarse, otra más. Mónica no podía creer que todavía no hubiese ido a hacerse una analítica..., además, había perdido muchísimo peso y no podría ser sano toda esa comida basura.

—Tendrás que hablar con Lorenzo y contárselo —le dijo, mientras se secaba el pelo

—, no puedes guardarte un secreto así. No es justo y, además, el tiene el mismo derecho que tú a saberlo. También es su hijo.

Victoria sabía perfectamente que su amiga tenía razón, pero había evitado darle la noticia porque no quería que el bebé influenciara en su decisión. ¿Iba a volver a Madrid por el simple hecho de que su esposa se había convertido en una carga? No tenía sentido. Necesitaba que las cosas se enfriasen y pensar con claridad para poder decírselo.

—Y tienes que volver al trabajo. Dile a Lorenzo que, le guste o no, te vas a reincorporar en la oficina. Necesitas mantenerte ocupada, Vicky.

Ella asintió. Como siempre, Mónica tenía razón.

Por primera vez desde hacia muchísimo tiempo, Victoria pasó una tarde medianamente agradable. Sentía que, más o menos, había logrado organizar un poquito su vida: había pedido cita con la matrona, le había escrito a Lorenzo para avisarle que se reincorporaría en el trabajo y tenía la casa limpia y recogida. Quizás, después de todo, podría seguir adelante...

Lorenzo recibió el mensaje de texto de Victoria y fue capaz de sentir cómo se le partía el alma. La echaba de menos y sabía que aquella situación no era justa. Había planeado con tanto esmero el viaje de la luna de miel..., que le costaba asimilar que había terminado de aquella manera tan horrible. Pero también sabía que su mujer podía llegar a ser muy infantil y caprichosa y que, en aquellos instantes, no estaba siendo coherente.

Entendía a la perfección que hubiera podido sentirse traicionada al verlo con Laila, pero ya había tenido una explicación y la falta de confianza que le demostraba resultaba dolorosa para él. Además, no podía marcharse y ahí no había nada que discutir. ¿Cómo iba a marcharse con su padre entubado en una camilla y su hermano poniéndose al día de los quehaceres empresariales después de tanto tiempo? Sí, definitivamente, Victoria se estaba comportando de una manera un tanto caprichosa y tarde o temprano tendría que ceder y regresar. Si algo le consolaba es que sabía que aquella situación terminaría por arreglarse... No era como las anteriores broncas que habían vivido en el pasado, no. Aquella era diferente y la situación entre ellos era completamente distinta: estaban casados y la pareja consolidada. Lorenzo sabía de sobra que eran muy capaces de superar cualquier bache, pero la echaba tanto de menos... ¿Cuánto tiempo pasarían separados?

Pulsó el botón que le bajaba a los garajes con aquellos pensamientos rondándole en la cabeza. Observó su reloj y comprobó que ya habían pasado las diez de la noche.

Seguramente, sería el último en abandonar las oficinas, como siempre. Se preguntó si debía llamar a Victoria o no. ¿Qué resultaría mejor? Dejarle su espacio para que meditase, hacerse el duro hasta que regresase a Milán... ¿Qué debía hacer? Mientras caminaba a hacia su monovolumen, un sonido extraño, parecido a pequeños golpes de amortiguación, le distrajo de sus pensamientos. Había alguien más en el parking.

Caminó deprisa y una vez dentro del vehículo inspeccionó su alrededor. El sonido provenía del todoterreno de su hermano Luka. Lorenzo reprimió una risita y una sonrisa de oreja a oreja afloró en sus labios cuando comprendió qué era lo que ocurría. Divisó una mano sudorosa recorrer el cristal desempañando una buena parte y la excitación

recorrió su cuerpo. Llevaba tanto tiempo sin mantener relaciones sexuales... y lo peor era que, desde que Samara y su hermano habían hecho las paces, se pasaban el día y las horas haciéndose arrumacos y recordándoles al mundo lo felices que estaban.

Lorenzo divisó los enormes senos de la novia brasileña de su hermano subiendo y bajando a un ritmo compensado... Otra mano, ansiosa, recorrió el cristal y supuso que sería la de Luka. Sabía que no era correcto lo que estaba haciendo: espiarles. Pero, al fin y al cabo, los que estaban haciendo el amor en un lugar público eran ellos, ¿no?

¿Acaso no tenía derecho de estar allí? Escuchó los gemidos de placer de Samara atravesando los cristales de los coches y notó cómo su erección se endurecía de golpe.

Aquello le excitaba mucho, era innegable. Les observó cómo se movían y se desplazaban a los asientos traseros, y Lorenzo supuso que se encontraban cambiando de postura. La imagen dio un giro, de manera que, desde la ventana trasera que quedaba a la vista, tan solo podía observar los senos y el rostro de Samara, que parecía encontrarse en la postura del perrito, agitándose hacia adelante y hacia atrás mientras su rostro dibujaba un gesto de placer.

Lorenzo despejó la cabeza, moviéndola de un lado a otro, y arrancó el coche. Decidió abandonar el parking por el lado contrario para no molestar a su hermanito..., al menos, uno de los dos podía pasárselo bien. Condujo hasta Gli Angeri sumido en el silencio y concentrado en la carretera; ni siquiera se molestó en poner la radio.

Mientras la excitación por la escena sexual quedaba en un segundo plano y volvía a subirle la sangre hasta la cabeza, Lorenzo, una vez más, se preguntó cuánto tiempo duraría aquella situación.

Aún no había aparcado el coche en el garaje cuando recibió un mensaje de texto de su hermano en el móvil: mañana por la mañana tenemos que hablar. Es importante.

Al parecer, le habían “cazado” por fisgón.

Capítulo 22

Victoria se sentía muchísimo más liberada después de la tarde que había pasado junto a su amiga. Además, después de todo, el sol brillaba en Madrid y las ganas por salir de su apartamento y disfrutar del exterior habían aumentado un poco.

«Todo saldrá bien», pensó, mientras decidía qué momento era el más indicado para llamar a Lorenzo y darle la noticia. Una cosa tenía clara y era inamovible: no regresaría a Milán. Nunca, jamás. Y la segunda cosa que tenía clara era que no iba a renunciar a su bebé. Sabía que podía llegar a ser duro y una enorme responsabilidad, pero algo en su interior había cambiado y le decía que estaba preparada para enfrentarse a ello y dar ese importante salto en la vida. Estaba preparada para ser madre.

Aquella mañana, después de abandonar la consulta del médico, había salido a pasear y se había detenido en cada tiendita de ropa de bebés que había encontrado en la gran vía. Pensó que podía comprar un montón de patucos y peleles y cargárselos todos a la tarjeta de Lorenzo. Soltó una enorme carcajada que captó la atención de los transeúntes que pasaban a su alrededor, mientras Victoria se imaginaba la cara de Lorenzo al

comprobar aquellos cargos bancarios. Le pareció una buena manera de dar la noticia y poder evitar una discusión que, con seguridad, no le haría ningún bien ni a ella ni al bebé. La matrona le había dicho que las pequeñas pérdidas de sangre que había sufrido no eran para nada normales y que, seguramente, se debieran al estrés. También se había preocupado por la falta de peso que tenía y, para su sorpresa, le había informado que ya llevaba dos meses de embarazo. También tenía que darles la noticia a sus padres, pero aquello no la incomodaba en exceso. Sabía que, desde hacía años, su madre soñaba con ser abuela; estaba jubilada y tenía demasiado tiempo libre que no sabía a qué dedicar. Un nieto que maleducar y mimar era lo mejor que podría pasarle.

Compró un bucito de color rosa que le había entrado por los ojos desde un primer momento e, instintivamente, se llevó la mano a la barriga. Algo en su interior le decía que iba a ser una niña.

Regresó al apartamento cansada del ajetreo, pero feliz por haber sido capaz de salir de allí y continuar con su vida. Observó la lucecita roja que parpadeaba en su teléfono, indicándole que tenía mensajes y llamadas perdidas pendientes. Lo había dejado cargando toda la mañana y se había olvidado por completo de él, cosa que agradeció enormemente. Desde que había regresado a Madrid, había sido incapaz de soltar el teléfono. Se había pasado día y noche con el aparato en la mano esperando recibir una llamada de disculpa de él. Pero la llamada, que llegaba espaciada y sin demasiados ánimos, no había sido de disculpa en ningún momento. Lorenzo estaba convencido de que, muy a su pesar, actuaba correctamente y debía quedarse donde estaba. Se acercó hasta el aparato y desbloqueó la pantalla. Tenía, nada más y nada menos, que setenta y siete llamadas perdidas... ¡setenta y siete! ¡Y todas eran de Lorenzo! ¿Y si le había pasado algo? Pulsó el botón de rellamada al último número y espero al otro lado de la línea con los nervios a flor de piel. ¿Por qué le había llamado tantísimas veces?, ¿qué podía haber sucedido? En un principio, pensó que, quizás, Filippo hubiese fallecido.

Podría ser, pero... ¿Y si le había sucedido algo grave a Lorenzo?

Intentó borrar aquellos pensamientos de su cabeza mientras volvía a llamar de nuevo.

No respondía nadie. Desistió y colgó, decidiendo que lo mejor era dejarle un mensaje de texto y esperar que éste contestara cuando pudiera. Se metió en la aplicación y se sorprendió al comprobar que también tenía un mensaje de Lorenzo que había pasado desapercibido entre tanta llamada perdida: creo que tenemos que hablar, ¿no? Samara me lo ha contado. Llámame.

Vicky suspiró hondo, agobiada. ¿Samara le había contado lo de su embarazo? Aquello era imposible, no podía creerlo. ¿Cómo había sido capaz de darle una noticia tan importante así?

Soltó el teléfono, asegurándose previamente que éste se encontrase en sonido y se dispuso a hacer la comida con la cabeza funcionándole a mil vueltas por segundo. ¿Qué iba a decirle? “Lo siento, Lorenzo, pero he decidido no contártelo hasta ahora

porque...” Ninguna excusa ni razón era lo suficientemente buena, lo sabía de sobra. No le quedaría más remedio que asumir las consecuencias y enfrentarse a los hechos.

Lorenzo abrió las cortinas y se sentó sobre el colchón. Aquella mañana había decidido no ir a trabajar y quedarse dando vueltas en la cama; no se sentía con demasiadas fuerzas. Le había llamado repetidas veces a Victoria pero ésta no le había contestado.

Iban a ser padres, y aquella frase no dejaba de repetírsele en el subconsciente una y otra vez, una y otra vez. ¿Cómo había sido su mujer capaz de ocultarle una noticia semejante?

Había decidido que, si ella no regresaba, tendría que ser él quien viajase a Madrid para solucionar la situación, pues parecía que se estaba desmadrando más de lo que podía haber imaginado en un principio. Se lavó los dientes y se metió en la ducha.

Padres; papá y mamá. Iban a tener un bebé, y eso implicaba una necesidad coherente de estar unidos y juntos en todo momento. Iban a traer una vida al mundo; una vida que cuidar y proteger de todos los peligros patentes. Sabía que tendría que ir y volver lo antes posible, que le necesitaban en la empresa. Así que cuando se propuso hacer el equipaje, no metió nada más que un par de vaqueros y camisetas para pasar el fin de semana y se dispuso a bajar a la cocina para desayunar. Le sorprendió no encontrar en ella

ni a Antonella, ni a Sarah, ni a la pequeña Valentina. ¿Dónde se había metido todo el mundo?, ¿por qué habían desaparecido? Se preguntó si sufría algún tipo de “cambio de horario” y había pasado por alto alguna festividad o similar... No, era miércoles, día laborable.

Se dispuso a prepararse un vaso de leche él mismo cuando la sombra de Leandro pasó de prisa por delante de la puerta que daba al exterior. Lorenzo salió corriendo y le siguió.

—¿Leandro! —gritó, mientras observaba cómo el muchacho frenaba en seco y se giraba hacia él—. Entra aquí un momento que tengo que hablar contigo.

—Sí, señor Lorenzo.

El muchacho entró de prisa; no tenía buena cara y parecía preocupado.

—¿Qué te pasa, Leandro?

Él negó con la cabeza.

—No me pasa nada, estoy bien, señor.

Lorenzo suspiró, si no quería contárselo tampoco iba a obligarle.

—¿Y Antonella? ¿Dónde se ha metido todo el mundo? —inquirió, mientras tomaba un sorbo del vaso de leche.

—La señora Alessandra les ha echado, señor. Creí que lo sabía. Esta mañana ha encontrado a Valentina en las cocinas y...

—¿Perdona? —interrumpió, anonadado—. ¿Cómo que les ha echado? ¿A dónde?

—Las ha despedido, a las dos. Con efecto inmediato.

Lorenzo se quedó mudo sopesando aquella información.

—He de volver al trabajo. La señora Alessandra está vigilándonos hoy más que nunca y si no...

—Tranquilo, Leandro. Vete tranquilo, yo hablaré con mi madre.

¿De verdad había sido capaz de despedir a Antonella? ¿Después de todo lo que aquella mujer había hecho por la familia? ¿Después de haberle criado a él y a sus hermanos?

Llevaba toda la vida trabajando para ellos y jamás había cometido ni un solo error.

Jamás había faltado por enfermedad ni había dejado de cumplir con sus quehaceres.

Lorenzo subió hasta la habitación de su madre con pasos decididos. Estaba muy enfadado con ella, no solo por haber echado a Antonella, si no por el encuentro que había provocado entre su mujer y Laila. Por mucho que le jurase y perjurase que había sido fortuito y sin maldad, a Lorenzo le costaba creer en sus palabras. Tocó la puerta dos veces seguidas y sin esperar respuesta pasó al interior. Su madre, como

siempre, estaba de pie junto al ventanal observando todo aquello que ocurría en Gli Angeri, controlando a cada trabajador que iba y venía.

—¿Has despedido a Antonella? —preguntó sin rodeos.

Ella se giró con parsimonia y le observó, preguntándose qué era lo que debía responder.

—Dejé muy claro que no iba a admitir a la niña en mi cocina.

Lorenzo la observó de hito a hito y se preguntó de dónde podría salir tantísima maldad en alguien que poseía todo en la vida.

—Vuelvo a Madrid, mamá.

Capítulo 23

Lorenzo la había llamado, pero Victoria había sido incapaz de comprender por completo lo que había querido decirle en aquella conversación. «Estoy en el aeropuerto, vuelvo a Madrid. Pero tenemos que hablar, creo que tenemos un grave problema con el futuro», le había dicho. Ella no había sido capaz de contestarle. ¿Iba a dejarla? ¿Se refería a eso? Es cierto que también se había planteado si merecía la pena seguir adelante o no, pero sabía de sobra que no era capaz de vivir sin él. No habría podido dejarle. Lo único que había pretendido había sido mantenerse firme en su decisión y no ceder. ¿A caso no merecía que, de vez en cuando, él también cediera por ella? ¿A caso no merecía que fuese él quien acudía detrás? No quería perderle, y desde que le había escuchado pronunciar aquellas palabras, se sentía muy asustada. Lorenzo le había dicho que llegaría sobre las nueve o diez de la noche, así que, se le había ocurrido (para poder así suavizar la situación) preparar una cena romántica. Además,

quizás cocinar lograra mantenerla lo suficiente ocupada para evitar la recaída y el malestar.

Sacó el librito de cocinas y se dispuso a preparar una buena cena, con velas y todo.

Le dolía el estómago, los ánimos habían recaído y, además, había perdido las ganas de todo después de la conversación telefónica. Aún con todas, Victoria escogió una receta de champiñones, cebolla pochada y espárragos trigueros con una cama de tomate frito casero cubierto con queso mozzarella. Sabía que aquel plato era uno de los favoritos de Lorenzo y pensó que, después de tanto tiempo sin verse, se ablandaría un poco después de percibir el esfuerzo y la dedicación que le había prestado.

Mientras troceaba las cebollas, las náuseas y el malestar aumentaron desmesuradamente. No sentía la necesidad de vomitar (las anteriores veces había sido imposible controlar aquellos impulsos) pero algo en su interior iba mal. Le dolía la barriga demasiado, comparándolo con los últimos días.

Recordó las palabras que le había dicho el médico aquella mañana y, un poco más tranquila, se dispuso a continuar. Había logrado, con éxito, pochar la cebolla y se encontraba triturando los tomates fritos en el mismo instante en el que las punzadas de dolor comenzaron. Victoria soltó la batidora y se sentó en el suelo, con una capa de sudor frío en la frente y un dolor punzante a la altura del vientre. Respiró y aspiró hondo, intentando calmarse y que la cabeza no le jugase una mala pasada. Pero era imposible; el dolor iba en aumento. Soltó un aullido, incapaz de contenerse, y se arrastró encogida hasta llegar a su bolso. Estaba empapada en sudor y le temblaba todo el cuerpo. Marcó el teléfono de Mónica y contuvo la

respiración mientras los tonos se sucedían uno detrás del otro.

—¿Mónica? —preguntó nada más escuchar que descolgaba el teléfono.

—Sí, ¿qué pasa? —respondió ella, que no había tardado demasiado en detectar el tono de angustia que timbraba la voz de su amiga—. ¿Estás bien?

—Ven a casa, por favor —respondió Vicky mientras hacía un esfuerzo por incorporarse y levantarse del suelo—. No me encuentro bien...

Su voz sonaba temblorosa.

—Voy enseguida —respondió Mónica, acongojada.

Aquello no sonaba nada bien.

Las punzadas aumentaron, tornándose un verdadero calvario, y Vicky tuvo que contenerse para no gritar de dolor.

—No me cuelgues el teléfono, Moni —suplicó—, estoy asustada.

Algo iba mal, lo sabía. El médico ya le había advertido de una posible amenaza de aborto y...

—Seguro que no es nada, tú tranquila —respondió su amiga, como si le hubiese leído los pensamientos—, no voy a colgar, pero cálmate.

Guardaron silencio unos instantes.

Vicky escuchó a través de la línea cómo su amiga cerraba la puerta de su casa y el eco de sus pasos mientras ascendía hasta el portal.

—Estoy llegando al coche —le dijo, intentando aparentar estar calmada—. ¿Quieres que llame una ambulancia?

Victoria lo sopesó. No, no quería una ambulancia y no quería estar sola.

—Ven tú, por favor, Moni. Te necesito.

En realidad, necesitaba a Lorenzo. Necesitaba su abrazo y su cariño, su mano paseándose por su espalda. Recordó aquella pequeña estancia en México y sonrió; había sido el mejor viaje de su vida. Y ahora todo estaba mal y parecía no tener solución... ¿O sí? ¿Qué habría querido decir con eso del futuro? ¿No quería a la niña?

Porque era una niña, de eso estaba segura. Lo sentía en sus entrañas.

—Estoy llegando a tu calle —dijo Mónica, distrayéndola de sus pensamientos—.

¿Puedes bajar al portal?

Se lo pensó unos segundos. Seguía tirada en el suelo y el dolor no había cesado ni un solo segundo... ¿Podía levantarse del suelo?

—No, no puedo yo sola —murmuró con el rostro bañado en sudor—. No puedo moverme, Moni.

—Tranquila, ahora subo a buscarte.

Aminoró la marcha cuando divisó el portal de Victoria. La calle estaba abarrotada de coches y ni siquiera había quedado libre el pequeño hueco de carga y descarga que solía encontrar para emergencias. Pero aquello sí era una emergencia, una verdadera, además. Y no podía permitirse el lujo de andar dando vueltas por Madrid buscando sitio. Redujo hasta primera y tiró del freno en cuanto alcanzó la altura del portal. Era una calle de único sentido y, si dejaba el coche ahí, nadie más podría atravesarla.

Pensó que, dadas las circunstancias, aquello era lo de menos.

Corrió hasta el portal y mientras rebuscaba en su bolso las llaves de emergencia del piso de Vicky, observó al primer vehículo que se quedaba atrapado tras su destartado Renault Megane. El conductor, nervioso, miró a ambos lados en busca del propietario,

pero no encontró a nadie a quien llamar la atención. Mientras subía a toda prisa las escaleras, escuchó el sonido de al menos dos bocinas protestar.

Abrió la puerta del apartamento, agotada por la carrera, y observó su alrededor.

—¿Vicky?

No hubo respuesta. Entró corriendo y dejó las cosas en el salón. La casa estaba en calma y la habitación de ella vacía. Escuchó el sonido de un puchero chisporrotear y se acercó a la cocina: ahí estaba, inconsciente, tendida en el suelo con las piernas ensangrentadas. Mónica ahogó un chillido tapándose la boca y se acercó hasta su amiga.

Eran las doce de la noche y aún no le habían dado una respuesta. Estaba impaciente y realmente preocupada por saber el estado de su amiga, pero, por mucho que insistiese, nadie le decía nada.

—Por favor, siéntese y espere pacientemente —le dijo, malhumorada, la recepcionista

—. No hace nada molestando al personal, señorita. En cuanto se sepa algo, el médico acudirá para avisarles.

—Pero...—insistió.

—El médico le llamará —cortó, hastiada—. Ahora, siéntese, por favor.

Mónica obedeció. Estaba tan nerviosa, que se había devorado las uñas por completo.

No le quedaba ni un solo pedacito de ninguna que morder. Observó el reloj y se preguntó cuánto tardaría Alberto en llegar hasta allí; hacía ya cuarenta minutos que le había localizado y contado lo sucedido. Alberto, el novio de Mónica, había sido un gran amigo de Victoria. Es más, antes de que ellos consolidasen su relación, Alberto había estado detrás de Victoria una larga temporada. Moni sabía muy

bien que a su novio le importaba tanto como a ella que se encontrase bien. Comenzó a dar vueltas sin sentido por la sala de esperar, impacientándose cada vez más. ¿Habría perdido Victoria el bebé?

Lorenzo entró en el apartamento y se encontró la vivienda bajo la penumbra. Excepto la luz de la cocina, todo estaba apagado. Pensó que, quizás, Victoria habría tenido que salir corriendo a hacer algún recado y se la había dejado encendida. Daba igual, tomaría una copa de vino para calmar los nervios y la esperaría relajándose en la sala.

Escogió una botella de vino tinto y una pequeña copa del mueble del salón y se sentó en el sofá. «Bueno», pensó, «ahora tengo tiempo para pensar qué le voy a decir exactamente».

Pero cuando ya llevaba más de dos horas esperándola, comenzó a impacientarse.

¿Dónde estaba? Le había dicho que llegaría para la cena y aquello no era muy propio de su mujer. Por muy enfadados que estuviesen, le resultaba realmente extraño que se habría marchado de súbito. Además, ¿Victoria dejándose una luz encendida? Miraba con mucho ojo tanto a las compañías telefónicas como a las de electricidad y luz. Sacó su teléfono y decidió que ya era hora de llamarla. La característica melodía del móvil de Victoria resonó en la cocina y Lorenzo, extrañado, se levantó del sofá. Encendió la luz y rebuscó la procedencia; estaba tirado en el suelo junto a su bolso. Por un instante, se quedó helado y perdió la respiración. ¿Aquello que había en el suelo, junto al bolso, era sangre?

Agarró el aparato con la mano temblorosa... No, no podía ser cierto... Si le había pasado algo, jamás se lo perdonaría. Rebuscó en las últimas llamadas y comprobó que había una de Mónica a las ocho y media pasadas. Pulsó el botón de rellamada.

Mónica escuchó su teléfono vibrar y respondió sin siquiera mirar la pantalla, pensando que sería Alberto:

—¡Dónde estás, joder!

Lorenzo sopesó unos instantes qué responder.

—Mónica, soy Lorenzo...

—¡Oh, Lorenzo!

Y sin decir nada más, se echó a llorar. Lorenzo procuró guardar la calma, pero cada vez estaba más nervioso. ¿Qué estaba pasando?, ¿dónde estaba Vicky?

—Mónica cálmate y dime dónde está mi mujer, por favor.

Capítulo 24

No sabía ni siquiera cómo había llegado hasta allí. ¿Había conducido él?, ¿había llamado a un taxi? Sentado en aquella fría sala de espera del hospital, pensó que nada tenía sentido ni merecía la pena sin ella. Nada, absolutamente nada. Por un instante, recordó cada una de las discusiones que habían sufrido y la mirada, herida, traicionada, de Victoria cuando le había encontrado con Laila en la cafetería y se había marchado de Milán. Se preguntó cómo era posible que hubiese dejado pasar tantísimo tiempo así, sin arreglar la situación.

Él la quería, y la iba a querer toda la vida. Miró a los amigos de su mujer, que estaban sentados a su lado. Mónica hundía su cabeza en el pecho de Alberto mientras gimoteaba. La pobre no había parado de llorar en todo ese tiempo y parecía agotada con la situación.

Observó su reloj y comprobó que ya eran las tres de la mañana. La sala de espera estaba semivacía (al menos aquella) y se alegró de la intimidad que emanaban las paredes blanquecinas del habitáculo. Se entretuvo leyendo los carteles de “Fumar mata” y “¿Quiere perder peso? Consulte a su médico de cabecera” mientras imitaba a Mónica y se trituraba las uñas. Jamás había tenido la fea costumbre de mordérselas, pero debía admitir que resultaba relajante en situaciones de alto estrés.

—¿Familia de Victoria Román?

Un médico de bata blanca apareció en la entrada de la salita. Los tres se levantaron de golpe y se dirigieron hasta él.

—Doctor, soy Lorenzo Moretti, su marido —saludó, mientras le tendía la mano con impaciencia—, ¿podría decirnos cómo está mi mujer?

Él médico les observó de hito a hito y frunció el ceño.

—Está estable, que no es poco. Pero su situación es muy delicada, ha estado a punto de perder al bebé.

Lorenzo sentía tal inquietud que no era capaz de procesar la frase y su significado.

Situación delicada..., perder al bebé... ¿No había perdido a su hijo? Al ver la sangre en el suelo de la cocina y al escucharle lo sucedido a Mónica, había dado por hecho que así era. Una pequeña sonrisa de esperanza afloró en sus labios.

—Entonces... —dudó—. ¿Ella y el bebé están bien?

El médico carraspeó.

—Decir que están bien es decir mucho, pero sí. Lo estarán cuando Victoria termine de estabilizarse. Este tipo de pérdidas son causadas por situaciones de estrés extremo y malos hábitos, así que de aquí en adelante tendrá que cuidarse mucho.

—Descuide, doctor. Yo me encargaré —respondió con rapidez.

El médico, un señor de unos cincuenta años y pelo canoso, le sostuvo la mirada unos segundos a Lorenzo, sin saber si creerle o no.

—Bueno, ya la han trasladado a planta y pueden verla si lo desean —anunció—, pero de uno en uno, por favor, y sin alterar a la paciente.

Los tres amigos asintieron con la cabeza, solemnes.

Encontró a una Victoria pálida y delgaducha tendida en una camilla con un gotero hasta su brazo izquierdo. Ella le vio y sonrió, y los dos se miraron sin mediar palabra, sabiendo que, a pesar de todo, por fin estaban juntos.

—No pienso volver a dejar que salgas de casa en los próximos siete meses, señora Moretti.

Ella sonrió con un gesto tierno y apagado. Lorenzo se acercó y le besó la punta de la nariz.

—¿Eso significa que ya no estás enfadado?

Él negó con la cabeza.

—No, no lo estoy.

—¿También significa que quieres al bebé? —dijo, mientras se acariciaba la barriguita.

—Sí, y no te dejaré volver a ponerle en peligro.

Ella sonrió de nuevo.

—¿Y también significa que te quedarás en Madrid conmigo?

—También —suspiró él—, pero no es tan fácil...

El rostro de Victoria se ensombreció y a Lorenzo le preocupó de inmediato; aquel tema no era apropiado para la situación... Quizás lo mejor era dejarlo aparcado hasta otro momento.

—No —replicó Vicky, leyéndole el pensamiento—. ¿Qué no es tan fácil?

Él suspiró y aspiró hondo, liberándose de todo el aire que contenían sus pulmones.

—Mi madre me ha desheredado —soltó a bocajarro. De todas maneras, no sabía cómo suavizar aquella noticia—, y te ha despedido.

Vicky le observó estupefacta.

—¿Me ha despedido? —repitió.

—Sí, te ha despedido. Y lo peor es que a mí también.

Lorenzo la observó con preocupación; no sabía cómo iba a afectarle aquella noticia.

Pero Vicky, de repente, comprendió las palabras de su marido con exactitud y se echó a reír como una loca. Él la examinó, sin entender aquel repentino ataque de alegría.

—¿Qué ocurre, Vicky?

Ella, aún entre risitas, respondió:

—Es usted un desempleado, señor Moretti. Me encantará verle hacer cola en el paro.

Lorenzo ensanchó la mejor de las sonrisas, se sentó junto a Victoria y la besó con pasión. A su lado todo en la vida tenía solución.

Epílogo

Lucia correteaba de un lado al otro de la casa con el triciclo que Lorenzo le había comprado por navidad. Victoria odiaba aquel trasto y se preguntaba cuándo llegaría el momento en el que la niña creciera y le quedase pequeño para poder tirarlo a la basura de una vez.

Se colocó los pendientes y se pintó los labios de un granate intenso. Antes de abandonar la habitación, echó un rápido vistazo a su imagen en general y le gustó el resultado. Sí, todavía le quedaban un par de kilitos que no había podido perder del embarazo, pero no estaba nada mal en comparación con otras mamás primerizas. Lucia acababa de cumplir dos años de edad y, aunque Lorenzo jamás lo fuera a admitir, era la niña mimada de la casa.

—¡Mami! ¡Mami!

Su hija había aparecido en el umbral de la puerta del dormitorio con el vestido azulado que su padre le había comprado para la ocasión especial y con el triciclo bajo ella.

—¡Mami! —gritó, impaciente, mientras daba pequeños saltitos presa del nerviosismo

—. ¿Has visto la trenza que me ha hecho nonna?

Victoria sonrió en el mismo instante en el que aparecía Antonella.

—Nonna hace las trenzas más bonitas que he visto jamás, sí —dijo, mientras le guiñaba el ojo a la mujer.

Antonella llevaba en Madrid desde antes de que su hija naciera, y no podía haberse adaptado de mejor manera; se alegraba de haber podido escapar de Gli Angeris.

Victoria, no había tardado demasiado en cogerle muchísimo cariño. Antonella era la suegra que no había tenido nunca.

—¿A qué hora es la inauguración, Vittoria? —preguntó con su marcado acento italiano, mientras aupaba en brazos a la pequeña Lucia—. Mónica ha llamado para avisar de que ya están de camino.

Vicky miró su reloj de muñeca. Iban a llegar tarde.

—En quince minutos...

Efectivamente, había acertado por completo. Cuando llegaron al edificio, la presentación de las oficinas había terminado y la gente se había lanzado a devorar el lunch. Encontró a Lorenzo y a Luka charlando animadamente con uno de sus socios y, aprovechando que su hija corría para abrazar a la tía Samara, se acercó a saludarles.

—Siento llegar tarde... —musitó en un susurro—, tu hija no quería salir de casa sin el odioso triciclo.

Él la abrazó por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—¿Ha ido todo bien? —se preocupó Victoria.

Sabía de primera mano que aquel día era muy especial para su marido.

—¿Cómo no iba a ir bien? —respondió Lorenzo, sonriente— , llevo la corbata de la suerte.

Llevaba la corbata azul que le había regalado hacía años para una reunión importante que había tenido en la empresa de su padre. Una sonrisa afloró en su semblante; era la misma que había formado parte de todos sus secretos de dormitorio.

Lorenzo sintió, mientras agarraba la mano de su preciosa mujer, que la vida le había

compensado con un sueño hecho realidad. Alzó la vista para contemplar todo lo que había construido junto a su familia. Victoria le había dado el regalo más importante de todos: a su pequeña. Y junto a Luka, había conseguido escapar del imperio Moretti y abrir su propia empresa de publicidad. Le apenaba que Alessia, su hermana, hubiera tomado la decisión de quedarse en Milán atendiendo los negocios de su padre (que aún no había terminado de recuperarse) y cuidando de la compañía de su madre... La echaba de menos. Pero pensó que cada cual era dueño de sus decisiones.

—¡Papi!

Su pequeña apareció corriendo y se lanzó a sus brazos.

—¡Tío Luka! —gritó, al ver a su tío junto a ellos.

Luka agarró a la pequeña y le besó la frente.

—¿Quién es mi princesa? —le preguntó, mientras rozaba su nariz con la de la pequeña.

—¡Yo, yo, yo!

Lorenzo se echó a reír divertido, observando con ternura la estampa.

—¡Y yo que pensaba que eras solo mía!

FIN

¡Gracias por tu apoyo!

Si lo has disfrutado, por favor deja tu opinión en Amazon.

Estaré muy agradecido de poder leerla.

Si quieres contactar conmigo puedes hacerlo a través del email

:

chmartinsweight@gmail.com

Sobre el autor

Christian Martins es un autor español que nació hace más de

treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar.

Se considera un chico trabajador y social al que, entre otras cosas, le encanta la gastronomía y viajar.

“Solo tuya” es su segunda novela, continuación de “Seré solo para ti”.

¡Puedes encontrarle en Facebook!

Document Outline

- [Solo Tuya](#)
- [Edición abril 2017](#)
- [Copyright © 2017 christian martins](#)
- [Capítulo 1](#)
- [Capítulo 2](#)
- [Capítulo 3](#)
- [Capítulo 4](#)
- [Capítulo 5](#)
- [Capítulo 6](#)
- [Capítulo 7](#)
- [Capítulo 8](#)
- [Capítulo 9](#)
- [Capítulo 10](#)
- [Capítulo 11](#)
- [Capítulo 12](#)
- [Capítulo 13](#)
- [Capítulo 14](#)
- [Capítulo 15](#)
- [Capítulo 16](#)
- [Capítulo 17](#)
- [Capítulo 18](#)
- [Capítulo 19](#)
- [Capítulo 20](#)
- [Capítulo 21](#)
- [Capítulo 22](#)
- [Capítulo 23](#)
- [Capítulo 24](#)
- [Epílogo](#)
- [FIN](#)
- [¡Gracias por tu apoyo!](#)
- [Si quieres contactar conmigo puedes hacerlo a través del email :](#)
- [Sobre el autor](#)
- [¡Puedes encontrarle en Facebook!](#)